



SHERLOCK
HOLMES

EL
VALLE DEL
TERROR



SIR ARTHUR
CONAN DOYLE

Lectulandia

El valle del terror es una novela protagonizada por Sherlock Holmes y escrita por Sir Arthur Conan Doyle. Esta novela fue publicada por primera vez en el *Strand Magazine* entre septiembre de 1914 y mayo de 1915. La primera edición en formato libro fue publicado en Nueva York el 27 de febrero de 1915.

La historia tiene lugar en 1888, con un *flashback* basado en el libro de Allan Pinkerton sobre los Molly Maguires en las minas de carbón de Pensilvania, en 1875. La novela está dividida en dos partes bien diferenciadas. En la primera parte, Sherlock Holmes, utilizando sus técnicas habituales, descubre la identidad de un homicida. Una vez detenido el asesino, la historia vuelve hacia atrás en el tiempo, y narra en tercera persona los antecedentes del asesino y la víctima. Esta narración está basada en los Molly Maguires, una organización que existió realmente en Estados Unidos. Al final se cuenta brevemente como se llegó a la situación inicial y los motivos del asesinato, enlazando ambas historias. En este sentido, *El valle del terror*, la última novela de Sherlock Holmes, imita la estructura entonces Conan Doyle sea el primero de varios escritores que ignora el hecho, narrado en *El problema final*, de que el doctor Watson oyó hablar de Moriarty poco antes de su muerte, sin existir ninguna aventura en común.

El nombre de *El valle del terror* es una traducción del nombre de un valle en el sur de Francia. Durante la época de las cruzadas este valle fue popularizado por los cátaros, y algunos creen que el Santo Grial llegó hasta allí desde Tierra Santa. Es clara la influencia de esta obra en una posterior del escrito norteamericano Dashiell Hammet, titulada *Cosecha roja*. Muchos consideran que *El valle del terror* anticipa a la novela negra como género.

Lectulandia

Arthur Conan Doyle

El valle del terror (Ed. ilustrada)

Canon Sherlock Holmes ilustrado - 7

ePub r1.0

Titivillus 29.06.2017

Título original: *The Valley of Fear*

Arthur Conan Doyle, 1915

Traducción: Amando Lázaro Ros

Publicada originalmente en EE. UU. en el *New York Tribune* y otros periódicos entre el 20 de septiembre y el 22 de noviembre de 1914

Publicada originalmente en Inglaterra en *The Strand Magazine* entre septiembre de 1914 y mayo de 1915

Primera edición en volumen en Inglaterra: Smith, Elder & Co., Londres, 3 de junio de 1915

Primera edición en volumen en EE. UU.: George H. Doran Co., Nueva York, 27 de febrero de 1915

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

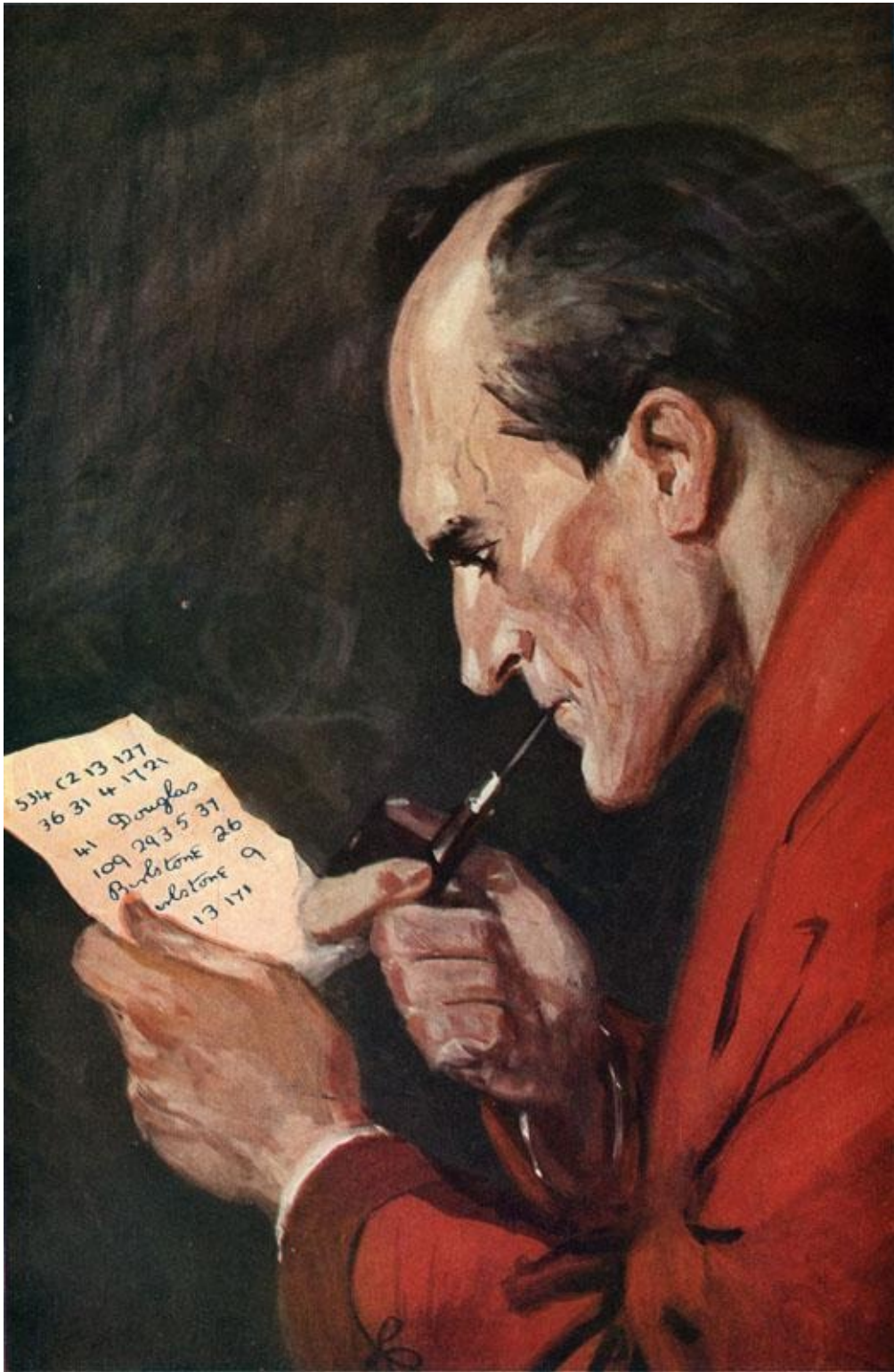
Nota preliminar

En 2014 se cumplieron los cien años de la publicación por entregas de *El Valle del Terror*. Se editó en formato de libro al año siguiente, en 1915, y fue la cuarta y última de las novelas de Sherlock Holmes, una obra que en sus dos partes encubre lo que en realidad son dos novelas cortas conectadas por un epílogo, dos relatos unidos en esa estructura bipartita, como en *Estudio en Escarlata*.

Ocupa aquí un lugar central la maléfica figura del maquinador Moriarty, profesor de matemáticas y ciencias del joven Holmes y ahora encarnación del mal, urdidor de crímenes y enemigo del detective.

La articulación de las dos partes de la novela, como en otras de la serie, responde a dos esquemas narrativos y temporales muy diferentes. Si el primero —*La tragedia de Birlstone*— es un relato detectivesco clásico narrado por Watson y con el enigma de un misterioso crimen cuyas claves desvela Holmes con su penetrante método deductivo, el segundo —*Los camorrones*— es un *flashback* narrado en tercera persona y centrado en la figura del muerto y en los antecedentes que explican el relato de la primera parte.

Y es precisamente la segunda parte la que es una pequeña obra maestra sobre una banda de gánsteres, un relato que ejerció una notable influencia sobre Dashiell Hammet en *Cosecha roja* y se tiene como una obra precursora de la novela negra.



EL VALLE DEL TERROR

Arthur Conan Doyle.

PRIMERA PARTE

LA TRAGEDIA DE BIRLSTONE

Capítulo I

El aviso

—Estoy tentado de pensar... —dije.
—Yo debería hacer lo mismo. —Sherlock Holmes observó impacientemente.

Pienso que soy uno de los más pacientes de entre los mortales; pero admito que me molestó esa burlona interrupción.

—De verdad, Holmes —dije con severidad— resulta usted un poco irritante en ciertas ocasiones.

Holmes estaba ensimismado en sus propios pensamientos para dar una respuesta inmediata a mi réplica. Se recostó sobre su mano, con su desayuno intacto ante él, y clavó su mirada en el trozo de papel que acababa de sacar de su sobre. Luego tomó el mismo sobre, tendiéndolo contra la luz y estudiándolo cuidadosamente, tanto el exterior como la cubierta.

—Es la letra de Porlock —dijo pensativo—. Me quedan pocas dudas de que sea su letra, aunque la haya visto sólo dos veces anteriormente. La *e* griega con el peculiar adorno arriba es muy distintiva. Pero si es Porlock, entonces debe ser algo de primerísima importancia.

Hablaba más consigo mismo que conmigo; pero mi incomodidad desapareció para dar lugar al interés que despertaron aquellas palabras.

—¿Quién es ese Porlock? —pregunté.

—Porlock, Watson, es un *nom-de-plume*, una simple señal de identificación; pero detrás de ella se esconde una personalidad deshonesta y evasiva. En una carta formal me informó francamente que aquel nombre no era suyo, y me desafió incluso a seguir su rastro entre los millones de personas de esta gran ciudad. Porlock es importante, no por sí mismo, sino por el gran hombre con quien se mantiene en contacto. Imagínese usted al pez piloto con el tiburón, al chacal con el león, cualquier cosa que sea insignificante en compañía de lo que es formidable: no sólo formidable, Watson, pero siniestro, en el más alto nivel de lo siniestro. Allí es cuando entra en lo que le estoy diciendo. ¿Me ha oído usted hablar del profesor Moriarty?

—El famoso científico criminal, tan famoso entre los delincuentes como...

—¡Por mi vida, Watson! —murmuró Holmes en tono desaprobatorio.

—Estaba a punto de decir, «como desconocido para el público».

—¡Buen golpe, muy buen golpe! —exclamó Holmes—. Está desarrollando un

inesperado pero cierto sentido agudo del humor, Watson, contra el que debo aprender a cuidarme. Pero al llamar criminal a Moriarty está expresando una difamación ante los ojos de la ley. ¡Y es precisamente allí donde yace la gloria y maravilla de esto! El más grande maquinador de todos los tiempos, el organizador de cada maldad, el cerebro que controla el submundo, un cerebro que puede haber construido o destruido el destino de las naciones, ése es nuestro hombre. Pero tan lejos está de sospechas, tan inmune a la crítica, tan admirable en sus manejos y sus «actuaciones», que por esas palabras que acaba de pronunciar, lo podría llevar a la corte y hacerse con su pensión anual como una reparación a su personalidad ofendida. ¿No es él el aclamado autor de *Las Dinámicas de un Asteroide*, un libro que asciende a tan raras cuestiones de matemática pura, que se dice que no hay individuo en la prensa científica capaz de criticarlo? ¿Es éste un hombre que delinque? ¡Doctor mal hablado y profesor calumniado, éstos serían sus respectivos roles! Eso es ser un genio, Watson. Pero si soy eximido por gente de menor inteligencia, nuestro día seguramente vendrá.

—¡Espero estar ahí para verlo! —exclamé con devoción—. Pero estábamos hablando de este hombre, Porlock.

—Ah, sí, el así llamado Porlock es un eslabón en la cadena a poco camino de su gran obsesión. Entre nosotros, Porlock no es un eslabón real. Es el único defecto en esa cadena hasta donde he podido observarla.

—Pero ninguna cadena es más fuerte que su enlace más débil.

—¡Exacto, mi querido Watson! Aquí está la extrema importancia de Porlock. Guiado por aspiraciones rudimentarias hacia el derecho, y estimulado por un ocasional cheque por diez libras enviado para él a través de métodos indirectos, me ha dado una o dos veces información avanzada que ha sido de valor, del más grande valor, puesto que anticipa y previene más que vengar el crimen. No puedo dudar de ello, si tuviéramos la clave, encontraríamos que esta comunicación es de la naturaleza que digo.

Otra vez Holmes aplastó el papel contra su plato intacto. Yo me levanté e, inclinándome hacia él, observé detenidamente la curiosa inscripción, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE
26 BIRLSTONE 9 47 171

—¿Qué saca de esto Holmes?

—Es obviamente un intento de transmitir información secreta.

—¿Pero para qué sirve un mensaje cifrado cuya clave no se tiene?

—En este caso, para nada.

—¿Qué quiere decir con «en este caso»?

—Porque son muchos los escritores en clave que yo soy capaz de leer con la

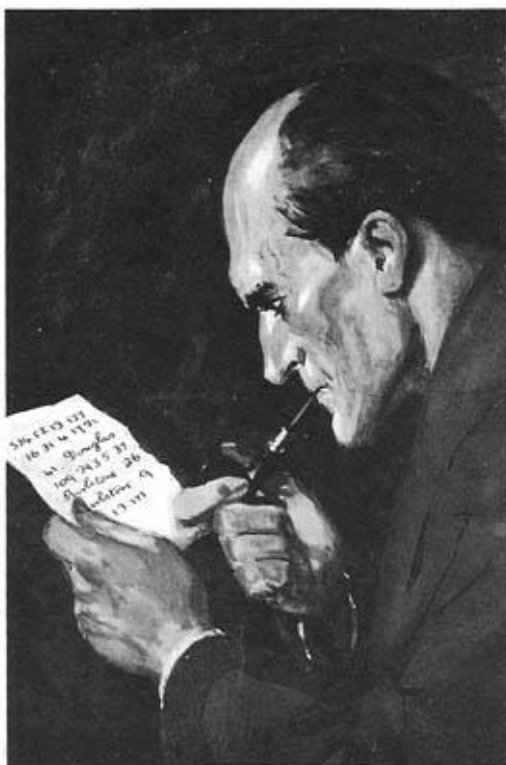
misma facilidad con que leo lo apócrifo en la columna de anuncios. Recursos tan elementales sirven de distracción a la inteligencia, sin cansarla. Pero esto es distinto. Se ve claramente que hace referencias al texto de una página determinada de algún libro. Mientras no se me comunique cuál es esa página estoy desarmado.

—¿Pero por qué *Douglas y Birlstone*?

—Obviamente porque dichas palabras no están en la página en cuestión.

—¿Entonces por qué no ha indicado el libro?

—Su agudeza innata, mi querido Watson, esa astucia que es el deleite de sus amigos, lo prevendría de colocar la clave y el mensaje en el mismo sobre. En caso que se extravíe, estaría incompleto. Por ello, ambos deben ir por distintos rumbos antes que algún peligro los amenace. Nuestra segunda pista está atrasada, y estaría sorprendido si no nos trae o una explicación más detallada de la carta, o, lo que es más probable, el mismo volumen a lo que estos números se refieren.



Los cálculos de Holmes se realizaron en pocos minutos con la aparición de Billy, el botones, con la carta que estábamos esperando.

—La misma letra, —me indicó Holmes, al abrir el sobre— y esta vez está firmada —añadió con interés mientras abría la epístola—. Vamos, vamos progresando, Watson. —Sin embargo, frunció el ceño al fijarse en el contenido.

—¡Por Dios!, esto es muy decepcionante. Me temo, Watson, que todas nuestras expectativas queden reducidas a la nada. Confío en que este hombre, Porlock, saldrá sin problemas de esto.

«*Estimado Mr. Holmes [decía]:*

No iré más lejos en el asunto. Es demasiado peligroso, el sospecha de mí.

Puedo ver que él sospecha de mí. Vino inesperadamente luego de que escribiese la dirección en el sobre con la intención de enviarle la clave del cifrado. Fui capaz de esconderla. Si la hubiera visto, me hubiera ido realmente mal. Pero puedo leer la desconfianza en sus ojos. Por favor queme el mensaje en cifras, que ahora ya no puede ser útil para usted».

«*FRED PORLOCK*»

Holmes permaneció algunos momentos retorciendo la carta entre sus dedos y frunciendo el ceño, al mismo tiempo que tenía la vista clavada en el fuego. Por último, dijo:

—Después de todo, quizá no tengan realidad sus temores y se trate sólo de su

conciencia culpable. Tal vez, reconociendo su propia traición, haya leído la acusación en los ojos del otro.

—Supongo que el otro será el profesor Moriarty.

—Ni más ni menos. Cuando alguno de los de esta cuartilla habla de *él*, puede usted sobrentender de quién hablan. Para todos ellos existe un *él* preponderante.

—Pero ¿qué es lo que él puede hacer?

—¡Hum! Ésa es una pregunta de mucho alcance. Las posibilidades son infinitas cuando se tiene de adversario a uno de los primeros cerebros de Europa, respaldado por todos los poderes de las tinieblas. En todo caso, es evidente que el pánico ha hecho perder la cabeza al amigo Porlock. Tenga usted la bondad de comparar la letra de la carta con la del sobre que, según nos dice, fue escrito antes de aquella visita de mal agüero. La de éste es clara y firme; la de aquélla es apenas legible.

—¿Y por qué la escribió? ¿Por qué no se limitó a dejar a un lado el asunto?

—Porque temió que, de haber optado por esto último, hiciese yo algunas averiguaciones a su respecto, ocasionándole posibles dificultades.

—Sin duda que es eso —dije yo con el mensaje original cifrado en mi mano e inclinando sobre el mismo mi frente ceñuda—. La verdad es que resulta exasperante hasta la locura pensar que pueda haber un secreto importante en esta hoja de papel y que no hay facultad humana capaz de descifrarlo.

Sherlock Holmes había apartado de sí el desayuno intacto y encendido su maloliente pipa, compañera de sus meditaciones más profundas. Se recostó en el respaldo y clavó su vista en el cielo raso, diciendo:

—Bueno, la verdad es que quizás existan algunos detalles que han escapado a su maquiavélica inteligencia. Estudiemos el problema a la luz de la pura razón. Este hombre hace referencia a un libro. Ése debe ser nuestro punto de partida.

—Algo vago resulta.

—Veamos si conseguimos reducir el campo de posibilidades. Conforme concentro en el mismo mi atención, lo veo menos impenetrable. ¿Qué indicaciones se nos dan acerca de ese libro?

—Ninguna.

—Bueno, bueno, seguramente que el asunto no se presenta tan desastroso. El mensaje cifrado empieza con una cantidad en números voluminosos, ¿no es cierto? Tomemos como hipótesis de trabajo que ese quinientos treinta y cuatro es la página concreta a que se refiere el mensaje cifrado. Tendremos entonces que se trata de un libro voluminoso, y ya con esto llevamos algo adelantado. ¿Qué otras indicaciones tenemos acerca de la índole de este libro? El signo siguiente es C2. ¿Qué le sugiere a usted, Watson?

—Capítulo segundo, desde luego.

—Es difícil, Watson. Convendrá usted conmigo en que, una vez dado el número de la página, huelga dar el del capítulo. Y también en que, si el capítulo segundo llega a la página quinientas treinta y cuatro, la extensión del primero habrá resultado

intolerable.

—¡Columna! —exclamé.

—Magnífico, Watson. Esta mañana está usted relampagueante. Debe de significar columna, o yo estoy muy equivocado. Fíjese, pues, en que empezamos a representamos un libro muy voluminoso, impreso a doble columna, de gran altura, ya que una de las palabras del documento está iniciada con el número doscientos noventa y tres. ¿Hemos llegado con esto a los límites de lo que puede proporcionarnos el razonamiento?

—Me temo que sí.

—No se hace usted justicia a sí mismo. Ea, Watson, un detalle más. Wnga otra onda cerebral. Si se hubiese tratado de un libro extraordinario, me lo hubiera enviado seguramente. En lugar de eso, y antes que sus planes se malograsen, tuvo el propósito de enviarme la clave bajo sobre. Lo dice en su carta. Esto parece dar a entender que se traía de un libro que él creyó que no me resultaría difícil encontrar. En una palabra, Watson: que se trata de una obra muy corriente.

—Eso que usted dice suena a cosa verosímil.

—Hemos reducido, pues, el campo de nuestras investigaciones a un libro grande y voluminoso, impreso a dos columnas y de uso corriente.

—¡La Biblia! —exclamé yo con tono de triunfo.

—¡Bien, Watson, bien! Pero quizá no lo suficientemente bien. Aun en el caso de que yo diese por bueno el cumplido que eso supondría para mí, es difícil citar otro libro que sea menos probable que lo tenga al alcance de la mano un asociado de Moriarty que la Biblia. Además las ediciones de la Sagrada Escritura son tan numerosas, que difícilmente podía él suponer la existencia de dos ejemplares con la misma compaginación. El libro de que aquí se trata tiene que ser de un solo tipo. Ese hombre sabe de cierto que su página quinientas treinta y cuatro coincidirá exactamente con mi página quinientas treinta y cuatro.

—Son muy pocos los libros en que eso ocurre.

—Exactamente, y en eso estriba nuestra salvación. Nuestra búsqueda se ha estrechado hasta quedar reducida a ciertos libros de idéntico tipo y que se supone que están en las manos de cualquiera.

—¡El *Bradshaw*!

—Existen varias dificultades, Watson. El vocabulario del *Bradshaw* es conciso y nervioso, pero limitado. Difícilmente se prestaría a que se seleccionen en el mismo palabras como para enviar mensaje de tipo general. Eliminaremos el *Bradshaw*. Por idéntica razón creo que es también inadmisibile el diccionario. ¿Qué nos queda, pues?

—Un almanaque.

—¡Muy bien dicho, Watson! O mucho me equivoco, o ha dado usted en el clavo. ¡Un almanaque! Veamos qué razones pueden militar en favor del Almanaque Whitaker. Es de uso general. Tiene el número de páginas requerido. Está impreso a dos columnas. Si bien es cierto que en los comienzos de ese libro su vocabulario es



limitado, adopta, si mal no recuerdo, hacia el final un estilo verboso. —Holmes echó mano al volumen que estaba encima de su mesa—. Aquí está la página quinientas treinta y cuatro, columna dos, que forma un macizo bloque de letras de imprenta, que trata, según veo, de las industrias y de los recursos de la India Británica. Copie las palabras en un papel, Watson. La número trece es *Mahratta*. No es muy prometedora para empezar, creo yo. La número ciento veintisiete es Gobierno, que tiene por lo menos sentido junto con la anterior, aunque ninguna relación tenga con el profesor Moriarty y con nosotros. Vamos con otra. ¿Qué hace este Gobierno de Mahratta? ¡Malo! La palabra siguiente es *cerdas*. ¡Aquí morimos, mi

querido Watson! Se acabó.

Holmes se expresaba en tono de broma, pero la contracción de sus cejas tupidas delataba desengaño e irritación. Yo permanecía sentado, mirando al fuego con un sentimiento de desamparo y desolación. El largo compás de silencio fue roto por una repentina exclamación de Holmes, que se precipitó hacia un armario, del que salió con otro volumen de cubiertas amarillas en la mano.

—Sufrimos, Watson, el castigo de vivir demasiado al día —exclamó—. Nos adelantamos a nuestro tiempo y lo pagamos con el castigo corriente. Como estamos en el día siete de enero, hemos buscado, como era lógico, en el nuevo almanaque. Es más que probable que Porlock tomó su mensaje del viejo. Nos lo habría dicho si hubiese llegado a escribir la carta explicativa. Veamos ahora qué es lo que nos reserva la página quinientas treinta y cuatro. La palabra número trece es *Un*, que resulta más prometedora. El número ciento veintisiete es *peligro... Un peligro...* —Los ojos de Holmes centelleaban de excitación, y sus dedos delgados y nerviosos temblaban mientras iba contando las palabras— *puede*. ¡Ajajá! ¡Magnífico! Escríbalo, Watson. «Un peligro puede... sobrevenir... muy... pronto... cierto...». Ahora viene la palabra «Douglas»..., «rico... provincias... vive... ahora... Birlstone... House... Birlstone... confianza... es... apremiante». ¡Ya lo tenemos Watson! ¿Qué me dice usted ahora del puro razonar y de sus frutos? Si el verdulero vendiese coronas de laurel, mandarí a Billy a comprar una.

Yo no quitaba la vista del sorprendente mensaje que había garrapateado en una hoja de folio sobre mi rodilla a medida que Holmes lo iba descifrando.

—¡Qué manera más curiosa e imperfecta de dar a entender lo que quiere! —dije yo.

—Al contrario, lo ha hecho extraordinariamente bien —dijo Holmes—. Si usted sólo dispone de una columna para sacar de ella palabras con que expresar lo que se

propone, es difícil que encuentre todas las que necesita. Tiene forzosamente que dejar algo a la inteligencia del corresponsal suyo. La finalidad está perfectamente clara. Alguna maldad se trama contra cierto míster Douglas, sea éste quien sea, que reside en tal sitio y que es un caballero rico de provincias. Ahí tenemos nuestro resultado, que podemos calificar de pequeño análisis muy hábil.

Holmes sentíase poseído del gozo sin egoísmo del verdadero artista en las obras que le salían perfectas, del mismo modo que se entristecía profundamente cuando quedaba por debajo del alto nivel al que aspiraba. Aún seguía gorgoriteando suavemente por su éxito, cuando Billy abrió de par en par la puerta, haciendo pasar al inspector McDonald, de Scotland Yard.

Esto ocurría a finales del decenio ochenta y tantos, cuando Alee McDonald tenía que andar aún mucho para alcanzar la celebridad nacional de que actualmente goza. Era un miembro joven, pero merecedor de confianza del detectivismo oficial, que se había distinguido en varios casos que le habían sido encomendados. Su figura alta y huesuda delataba fuerza física excepcional, mientras que su cráneo voluminoso y sus ojos hundidos y brillantes proclamaban, con no menor claridad, la viva inteligencia que se proyectaba desde detrás de sus pobladas cejas. Era hombre callado y exacto, obstinado y con fuerte acento del norte de Escocia. Por dos veces le había ayudado ya Holmes en su carrera para conseguir el éxito, considerándose él mismo premiado con el gozo intelectual del problema. Por esta razón sentía el escocés un afecto y un respeto profundos hacia su colega aficionado, y se los demostraba con su franqueza en acudir a Holmes en las dificultades. Los hombres mediocres no reconocen a nadie por encima de ellos, pero los de talento reconocen en seguida al hombre genial. McDonald tenía talento suficiente como profesional para comprender que no existía humillación alguna en buscar la ayuda de quien era ya una personalidad única en Europa, tanto por su talento como por su experiencia. Holmes no era hombre inclinado a la amistad, pero era tolerante con el grandullón escocés, y sonrió al verlo.

—Es usted pájaro madrugador, míster Mac —le dijo—. Le deseo suerte para atrapar su gusano. Supongo que esto quiere decir que algo malo ha ocurrido.

—Si en vez de decir *supongo*, hubiera usted dicho *espero*, creo, míster Holmes, que habría andado usted más cerca de la verdad —contestó el inspector con una sonrisa comprensiva—. Bien, quizás un trago serviría para echar fuera el crudo frío de la mañana. No; fumar, no, gracias. Tendré que seguir rápidamente mi camino, porque las primeras horas de un caso resultan preciosas, como nadie mejor que usted sabe. Pero..., pero...

El inspector se calló de pronto y clavó su vista, atónito, en una hoja de papel que había encima de la mesa. Era la misma en que yo había garrapateado el enigmático mensaje.

—¡Douglas! —tartamudeó—. ¡Birlstone! ¿Qué significa esto, míster Holmes? ¡Por vida mía, que esto es cosa de brujería! Por todo lo más sagrado, ¿de dónde sacó usted esos nombres?



—Es un mensaje cifrado que el doctor Watson y yo hemos tenido ocasión de solucionar. Pero ¿qué de malo les ocurre a esos nombres?

El inspector nos miró primero al uno y luego al otro con asombro desconcertado, y dijo:

—Nada más que esto: m^íster Douglas, de la casa solariega de Birlstone, ha sido horriblemente asesinado esta mañana.

Capítulo II

Sherlock Holmes razona

Fue aquél uno de los momentos dramáticos para los que vivía mi amigo. Sería exagerar decir que aquella asombrosa noticia le produjo sorpresa dolorosa ni siquiera agitación. Sin que en su singular temperamento entrase ni siquiera un matiz de crueldad, su largo vivir en un constante sobreestímulo había endurecido sin duda su sensibilidad. Pero si sus emociones estaban amortiguadas, sus percepciones intelectuales eran extraordinariamente activas. No aparecía en Holmes ni un vestigio del horror que a mí me había producido aquella concisa manifestación de McDonald, pero su rostro mostraba la tranquila e interesada compostura del químico que contempla cómo los cristales de una solución sobresaturada caen al fondo.

—¡Es notable! ¡Es notable! —dijo.

—No parece que le cause sorpresa.

—Me interesa, Mac, pero no llega a sorprenderme. ¿Por qué habría de sorprenderme? Recibo una comunicación anónima de una procedencia que me consta que es importante previniéndome del peligro que amenaza a determinada persona. Una hora después me entero de que ese peligro se ha convertido en realidad y que esa persona ha muerto. Me interesa, pero, como usted ve, no me sorprende.

Holmes explicó en breves frases al inspector todo lo referente a la carta y al mensaje cifrado. McDonald le escuchaba con la barbilla apoyada en las manos y con sus grandes cejas rubias apretadas en amarilla maraña.

—Yo me marchaba esta mañana a Birlstone —dijo—, y había venido para preguntarle si tenían inconveniente en acompañarme usted y su amigo. Pero, por lo que usted me dice, quizá trabajaríamos con mayor utilidad en Londres.

—No lo creo —dijo Holmes.

—¡Al diablo todo, Holmes! —exclamó el inspector—. Dentro de un par de días los periódicos vendrán llenos de relatos del misterio de Birlstone; pero ¿dónde está el misterio si hay en Londres una persona que anunció el crimen antes que ocurriese? No tenemos que hacer sino echarle el guante a ese hombre, y lo demás vendrá por sí mismo.

—Sin duda, Mac; pero ¿de qué manera se propone usted echarle el guante al llamado Porlock?

McDonald examinó la carta que Holmes le había entregado.

—Echada al correo en Camberwell; con eso no adelantamos mucho. Dice usted que se trata de un nombre supuesto. Tampoco es gran cosa como punto de arranque. ¿No dijo usted que le había enviado dinero?

—En dos ocasiones.

—¿De qué manera?

—En cartas dirigidas a la oficina de Correos de Camberwell.

—¿Se tomó usted alguna vez la molestia de ver quién las retiraba?

—No.

El inspector pareció sorprendido y algo molesto.

—¿Por qué no?

—Porque yo siempre soy leal a mi palabra. La vez primera que me escribió le prometí que no intentaría seguirle la pista.

—¿Cree usted que hay alguien detrás de él?

—Sé que hay alguien.

—¿Quizá ese profesor del que le he oído hablar?

—Exactamente.

El inspector McDonald sonrió y parpadeó al volver a mirar del lado mío.

—No le ocultaré, Holmes, que en el D. I. C.^[1] opinamos que tiene usted un poquitín de chifladura con el profesor. Yo mismo hice algunas pesquisas sobre este asunto. Parece que se trata de un hombre por demás respetable, docto y de talento.

—Me felicito de que haya llegado usted hasta el punto de reconocer el talento del profesor Moriarty.

—No tuve más remedio. Después de oírle expresarse a usted me creí en el deber de ir a visitarlo. Charlamos un rato de eclipses (sin que yo me explique cómo la conversación se desvió por ese camino), y él sacó una linterna de foco y una esfera y me lo aclaró todo en un minuto. Me prestó un libro, pero no tengo inconveniente en declarar que lo encontré algo por encima de mi cerebro, a pesar de que tengo recibida una buena educación en Aberdeen. Ese hombre habría podido ser un estupendo ministro, con su rostro enjuto, sus cabellos grises y su solemnidad al hablar. Al despedimos me puso la mano sobre el hombro, igual que un padre que bendice a su hijo antes que éste salga a vivir entre el mundo frío y cruel.

Holmes gorgoriteó de risa y se frotó las manos, diciendo:

—Estupendo. Estupendo. Dígame, amigo McDonald: esa entrevista tan grata y conmovedora, ¿tuvo lugar en el estudio del profesor?

—Así es.

—Hermosa habitación, ¿verdad?

—Hermosísima, hermosísima de veras, Holmes.

—¿Estuvo usted sentado delante de su mesa-escritorio?

—Precisamente.

—¿Dándole a usted el sol en los ojos y él con la cara a la sombra?

—Bueno, la entrevista se celebró ya oscurecido, pero recuerdo que la luz de la

lámpara se proyectaba sobre mi cara.

—Naturalmente. ¿Y no se fijó usted en un cuadro colocado por encima de la cabeza del profesor?

—No son muchas las cosas que se me escapan, Holmes. Quizá lo haya aprendido de usted. Sí, vi el cuadro, que representaba a una mujer joven con la cabeza apoyada en las manos, mirando de soslayo.

—Es un cuadro pintado por Jean Baptiste Greuze.

El inspector se esforzó por parecer interesado.

—Jean Baptiste Greuze —prosiguió Holmes, juntando las yemas de los dedos y apoyándose en el respaldo de su asiento— es un artista francés que floreció entre los años mil setecientos cincuenta a mil ochocientos. Me refiero, como es natural, a los años en que desarrolló sus actividades de artista. La crítica moderna ha ratificado hasta con exceso la elevada opinión que de él tuvieron sus contemporáneos.

La mirada del inspector pareció ensimismarse, y dijo:

—¿No haríamos mejor en...?

—Lo estamos haciendo —le interrumpió Holmes—. Todo esto que hablo tiene una relación directa y vital con lo que usted ha llamado el misterio de Birlstone. A decir verdad, y en cierto sentido, podría decirse que es el centro mismo de ese misterio.

McDonald sonrió débilmente y me dirigió una mirada suplicante.

—Holmes, su pensamiento se mueve con rapidez un poco excesiva para mí. Deja usted fuera uno o dos eslabones, y yo no puedo saltar ese boquete. ¿Qué relación puede existir en todo el ancho mundo entre aquel pintor ya fallecido y este asunto de Birlstone?

—Todos los conocimientos le son útiles al detective —contestó Holmes—. Hasta el detalle insignificante de que el año mil ochocientos sesenta y cinco se pagó una suma no inferior a cuatro mil libras por un cuadro de Greuze titulado *La jeune filie á l'agneau* en la subasta de Portalis; hasta ese detalle, digo, puede servir de punto de arranque en su imaginación a todo un cortejo de reflexiones.

Fue evidente que sirvió, porque el inspector pareció honradamente interesado.

—Pudiera recordarle que el sueldo del profesor puede comprobarse recurriendo a varios libros seguros de consulta. Es de setecientas libras al año.

—¿Cómo, entonces, pudo comprar...?

—Efectivamente, ¿cómo?

—¡Sí que es cosa notable! —exclamó el inspector, pensativo—. Siga hablando, Holmes. Le estoy tomando gusto. Está muy bien.

Holmes sonrió. Cualquier expresión admirativa sincera era recibida por él con profundo agrado, rasgo característico del artista genuino.

—¿Qué me dice de Birlstone? —preguntó.

—Aún nos queda tiempo —dijo el inspector, consultando su reloj—. Tengo un coche esperando a la puerta y no invertiremos más de veinte minutos hasta la estación

Victoria, pero, a propósito de ese cuadro, yo creo haberle oído decir, Holmes, que no había hablado usted nunca con el profesor Moriarty.

—Y es cierto.

—¿Cómo, pues, conoce usted sus habitaciones?

—Ése es asunto distinto. Tres veces he estado en ellas; en dos ocasiones estuve esperándole con distintos pretextos y me marché antes que él llegase. Una de las veces...; pero esto no debería yo contarle a un detective oficial. Fue durante mi última visita cuando me tomé la libertad de registrar sus papeles, con los más sorprendentes resultados.

—¿Descubrió usted alguna cosa comprometedora?

—Nada en absoluto. Eso fue lo que me dejó atónito. Sin embargo, ahora ya conoce usted ese detalle del cuadro. Demuestra que es hombre muy rico. ¿Cómo adquirió su riqueza? Es soltero. Tiene un hermano más joven, que es jefe de estación en el oeste de Inglaterra. Su cátedra le produce setecientas libras al año. Y posee un Greuze.

—¿Qué hay con eso?

—Salta a la vista.

—¿Usted quiere decir, verdad, que tiene grandes ingresos y que éstos no pueden ser de procedencia legal?

—Exactamente. Eso sin contar con que tengo otras razones para pensarlo; docenas de tenues hilos que conducen de una manera vaga hacia el centro de la tela de araña en que acecha el venenoso animal. Si he traído a cuento lo del Greuze ha sido para situar el tema dentro del alcance de la propia visión de usted.

—Pues bien, Holmes: reconozco que eso que dice resulta interesante. Más que interesante: asombroso. Pero veamos si puede usted concretar un poco más el asunto. ¿Falsificador, monedero falso, ladrón de casas? ¿De dónde procede el dinero?

—¿No ha leído usted nada referente a Jonatham Wild?

—El nombre me suena. Algún personaje de novela, ¿verdad? A mí me interesan poco los detectives de las novelas. Son hombres que hacen las cosas sin permitir ver a uno cómo se las arreglan para hacerlas. Eso es inspiración, no cosa profesional.

—Jonatham Wild no era detective y tampoco es personaje de novela. Era un consumado criminal que vivió en el siglo pasado, allá por el año mil setecientos cincuenta.

—No me sirve entonces. Yo soy hombre de sentido práctico.

—Mac, la cosa más práctica que usted podría hacer durante toda su vida sería encerrarse por espacio de tres meses para leer durante doce horas al día los anales del crimen. Todas las cosas se producen en ciclos, hasta el profesor Moriarty. Jonatham Wild era la fuerza oculta de los criminales de Londres, a los que vendía su talento y su organización, cobrándose una comisión del quince por ciento. La vieja rueda gira y vuelve a aparecer en alto el mismo radio. Todo ha sido hecho antes y todo se repetirá después. Voy a decirle una o dos cosas acerca de Moriarty que quizá le interesen.

—Con seguridad que sí.

—Da la casualidad de que yo conozco el primer eslabón de la cadena, una cadena en uno de cuyos extremos se encuentra este Napoleón maleado, mientras que en el otro nos encontramos con un centenar de luchadores desconectados, carteristas, chantajistas, fulleros y demás, abarcando toda la gama del crimen. El jefe de estado mayor es el coronel Sebastián Morán; tan aislado, bien defendido e inaccesible a la justicia como el propio profesor. ¿Cuánto cree usted que éste le paga?

—Me gustaría saberlo.

—Seis mil al año. Con ello le paga por su cerebro, ¿me comprende? Es el principio de negocios de los norteamericanos. Me enteré de ese detalle por casualidad. Cobra más que el primer ministro. Eso le dará a usted una idea de las ganancias que tiene Moriarty y de la escala en que opera. Otro detalle. No hace mucho me propuse seguir la pista a algunos de los cheques de Moriarty; todos ellos cheques inocentes, con los que paga las facturas de su casa. Habían sido girados contra seis Bancos diferentes. ¿No le produce esto ninguna impresión?

—Es curioso, desde luego. Pero ¿qué consecuencia saca usted?

—Que él no quiere que se hable de su riqueza. No debe existir nadie que sepa el total de lo que posee. No me cabe duda de que tiene abiertas por lo menos una veintena de cuentas bancarias, con el grueso de su fortuna colocado en el extranjero, muy posiblemente en el Deutsche Bank o en el Crédit Lyonnais. Por si dispone usted alguna vez de uno o dos años libres, le recomiendo que los dedique al estudio del profesor Moriarty.

A medida que avanzaba la conversación, el inspector McDonald se iba interesando cada vez más en el tema, hasta el punto de absorberse en el mismo. Pero su inteligencia práctica de escocés, le hizo retroceder de golpe al problema que tenía entre manos.

—En todo caso, puede esperar —dijo—. Nos ha sacado usted de nuestro camino con sus interesantes anécdotas, Holmes. Lo que tiene verdadera importancia en este momento es que el profesor tiene alguna relación con el crimen de ahora, lo que se deduce del aviso que usted recibió del tal Porlock. ¿Podemos pasar de ahí para nuestras necesidades prácticas actuales?

—Podemos formarnos alguna idea acerca de los móviles del crimen. Juzgado por sus primeras observaciones, deduzco que se trata de un crimen inexplicable o, por lo menos, inexplicado. Pues bien: dando por supuesto que la fuente de que procede el crimen es la que sospechamos, los móviles pueden ser dos. Le diré para empezar que Moriarty gobierna a su gente con vara de hierro. La disciplina que impone es tremenda. Su código sólo admite un castigo: la muerte. Pues bien: podemos suponer que este hombre asesinado (este Douglas, cuya muerte inminente era conocida por uno de los subordinados del archicriminal) haya traicionado al jefe de un modo u otro. Se siguió el castigo en forma que llegase a conocimiento de todos, aunque sólo fuese para inspirarles el miedo a morir.

—Bien: ya tenemos ahí una de las dos sugerencias, Holmes.

—La otra es que se trata de un crimen organizado por Moriarty como uno de tantos a que le obliga su negocio. ¿Hubo robo?

—Que yo sepa, no.

—Si lo ha habido, ello hablaría en contra de la primera hipótesis y en favor de la segunda. Pudo Moriarty prepararlo con la promesa de un tanto por ciento en el producto del negocio, o quizá le abonaron una suma concreta por llevarlo a cabo. Ambas cosas son posibles. Pero sea la que sea, o aunque se trate de otra combinación distinta, es en Birlstone donde debemos buscar la solución. Conozco demasiado bien a mi hombre para suponer que ha dejado aquí pista alguna que pueda llevarnos hasta él.

—Entonces, a Birlstone debemos ir —exclamó McDonald, saltando de su silla—. ¡Por vida mía, que es más tarde de lo que yo creí! Caballeros, sólo puedo darles cinco minutos para prepararse.

—Para nosotros resulta suficiente —dijo Holmes, poniéndose en pie rápidamente y cambiando el batín por la chaqueta—. Mac, ya le pediré durante el trayecto que tenga la amabilidad de contármelo todo.

Aquel *todo* resultó un casi nada desilusionador, aunque fue suficiente para darnos la seguridad de que el caso que teníamos ante nosotros era digno de la más atenta investigación del especialista. A medida que escuchaba los escasos, pero extraordinarios detalles, Holmes se frotaba las manos y la expresión de su rostro se iba iluminando. Dejábamos a nuestras espaldas una larga serie de semanas estériles, y se presentaba aquí, por fin, un objetivo adecuado para aquellas dotes extraordinarias, que, como toda facultad especial, resultan molestas para su poseedor cuando no las ejerce. La inacción embotaba y ponía herrumbroso a aquel cerebro, fino como navaja de afeitar.

Cuando escuchaba el toque llamándole al trabajo, los ojos de Sherlock Holmes brillaban, sus mejillas adquirían un color más vivo y sus facciones se encendían con una luz interior. Con el busto echado hacia adelante dentro del coche, Holmes escuchaba con gran atención el esbozo que hacía McDonald del problema que nos esperaba en Sussex. El inspector había adquirido sus informes, según nos dijo, de un relato escrito que le llegó por el tren de la leche, que entra en Londres a primeras horas de la mañana. White Mason, el funcionario local, era amigo personal de McDonald, y por eso éste fue informado con mucha mayor rapidez de lo que es



corriente en Scotland Yard cuando se solicita su ayuda desde provincias. Por regla general, el husmillo de la pista está ya muy frío para cuando se lanza por ella al especialista londinense.

«Querido inspector McDonald —decía la carta que él nos leyó—, en sobre aparte va la petición oficial de sus servicios. Esta carta es para que la lea usted solo. Telegráfieme en qué tren de la mañana puede venir a Birlstone, y yo saldré a recibirle o enviaré a otra persona si mis ocupaciones me lo impiden. Este caso será sonado. No pierda un momento en entrar en acción. Si le es posible conseguir que le acompañe míster Holmes, hágalo, porque se encontrará con algo que parece hecho a la medida de sus gustos. Si en medio de todo no nos encontrásemos con un hombre muerto, se diría que todo se dispuso calculando con producir un efecto teatral. ¡Palabra que será un caso sonado!».

—Por lo que veo, su amigo no es ningún tonto —dijo Holmes.

—No, señor, si yo sirvo para juzgar a los hombres, White Mason es hombre muy despierto.

—¿Tiene usted algo más que contamos?

—Únicamente que él nos dará todos los detalles cuando salga a recibimos.

—Pero bueno; ahí no habla de míster Douglas ni de que había sido horriblemente asesinado.

—Todo eso venía en el informe oficial que acompañaba a la carta. Tampoco lo calificaba de «horrible». En el léxico oficial no está aceptada semejante palabra. Mencionaba el nombre de John Douglas y decía que había sido herido en la cabeza por el disparo de una escopeta. Mencionaba también la hora en que se dio la alarma, que fue muy cerca de la medianoche pasada. Agregaba que se había cometido sin duda un asesinato, pero que no se había realizado ninguna detención y que el caso ofrecía circunstancias extraordinarias y que acusaban gran perplejidad. Eso es todo lo que ahora sabemos, Holmes.

—Pues, entonces, Mac, dejaremos ahí las cosas, si usted me lo permite. La tentación de formar hipótesis prematuras, partiendo de datos insuficientes, es el veneno de nuestra profesión. Hasta ahora sólo dos cosas tengo por ciertas: que hay en Londres un gran cerebro y que hay en Sussex un hombre muerto. Lo que ahora vamos a tratar de establecer es la cadena que une estas dos realidades.

Capítulo III

La tragedia de Birlstone

Voy a pedir ahora permiso para dejar a un lado por un momento mi propia e insignificante persona, a fin de descubrir los acontecimientos que ocurrieron antes que nosotros llegásemos al escenario de los mismos. Lo haré a la luz de datos que nos llegaron con posterioridad. Únicamente de esta manera conseguiré que el lector se forme idea cabal de las personas que en ellos intervinieron y del extraño marco dentro del cual se encuadró su destino.

La aldea de Birlstone está formada por una agrupación pequeña y muy antigua de casitas construidas, en parte, de madera y que están situadas junto a la frontera norte del condado de Sussex. La aldea permaneció durante siglos sin modificación alguna; pero su aspecto pintoresco y su situación han atraído en los últimos años a cierto número de residentes ricos, cuyos chalés asoman por entre los bosques de los alrededores. Suele calificarse a estos bosques de borde extremo de la gran selva de Weald, que se va relajando poco a poco hasta que llega a las tierras bajas y calizas del Norte. Para atender a las necesidades de la creciente población han surgido algunas pequeñas tiendas, todo lo cual parece dar a entender que Birlstone puede llegar pronto a transformarse de aldea antigua en población moderna. Constituye el punto central de una extensa región campesina, ya que Tunbridge Wells, la más cercana población de importancia, se halla a veinte o veintidós kilómetros hacia el Este, pasados ya los límites del condado de Kent.

A costa de un kilómetro de la población y en el centro de un antiguo parque, célebre por sus hayas corpulentas, se alza la antigua casa señorial de Birlstone. Una parte de este venerable edificio data de los tiempos de la primera cruzada, época en la que Hugo de Capus levantó una fortaleza en el centro de las posesiones que le habían sido otorgadas por el Rey Rojo. Esa fortaleza fue destruida por el fuego el año 1543; algunas de sus piedras angulares ennegrecidas por el humo fueron empleadas cuando, en la época jacobea, se levantó una casa de campo construida de ladrillo sobre las ruinas del castillo feudal. La casa solariega, con sus múltiples tejadillos triangulares y sus ventanas pequeñas y de paneles en forma de diamante, seguía estando, más o menos, tal cual la dejó el constructor en las primeras décadas del siglo XVII. De los dobles fosos que habían servido de defensa a su predecesor más guerrero, el exterior llegó a cegarse, desempeñando la humilde función de huerto. Aún subsistía el interior rodeando toda la casa con una anchura de doce metros, aunque sólo tenía ahora una

profundidad de muy pocos. Un arroyo pequeño alimentaba el foso y después proseguía su curso; por eso aquella capa de agua, aunque turbia, no ofrecía nunca el aspecto de una ciénaga ni resultaba dañosa para la salud. Las ventanas de la planta baja distaban menos de treinta centímetros de la superficie del agua. La única vía de acceso a la casa era un puente levadizo, cuyas cadenas y cabrestantes llevaban muchísimo tiempo rotos y tomados de la herrumbre. Sin embargo, los últimos habitantes de la casa solariega, dando pruebas de una energía elocuente, arreglaron esto último; en su consecuencia, no sólo era posible en la actualidad levantar el puente levadizo, sino que, en realidad, era levantado todas las tardes y bajado todas las mañanas. De esa manera, resucitando las costumbres de los viejos tiempos feudales, la casa señorial quedaba por la noche convertida en una isla. Este hecho ejerció influencia muy directa en el misterio que muy pronto habría de atraer la atención de toda Inglaterra.

Llevaba la casa varios años deshabitada, amenazando convertirse poco a poco en una ruina pintoresca, cuando los Douglas tomaron posesión de la misma. La familia Douglas se componía únicamente de dos individuos, a saber: John Douglas y su esposa. Era el marido hombre extraordinario, tanto por su aspecto físico como por su carácter: andaría por los cincuenta años de edad; su cara era arrugada y de fuertes mandíbulas, con bigote canoso, ojos grises, sumamente penetrantes, y el cuerpo seco y vigoroso, que no había perdido nada de su energía y actividad juveniles. Se mostraba con todos acogedor y simpático, aunque era algo extravagante en sus maneras. Producía la impresión de que su vida hubiese transcurrido en capas sociales de horizontes mucho más bajos que el de la sociedad provinciana de Sussex. Sin embargo, aunque sus convecinos, gente más culta, lo miraban con cierta curiosidad y reserva, no tardó en adquirir gran popularidad entre la gente de la aldea, porque se suscribía con generosas cantidades a todos los proyectos locales y porque nunca faltaba a los conciertos para fumadores y a otras fiestas sociales, en las que siempre se mostraba dispuesto a complacer a la concurrencia con alguna canción excelente, pues poseía una bien timbrada voz de tenor. Parecía disponer de dinero en abundancia, y se decía que lo había ganado en los campos de oro de California, siendo evidente, a juzgar por lo que él decía y por las palabras de su esposa, que habían pasado una parte de su vida en Norteamérica. La buena impresión que había producido con su generosidad y con sus maneras democráticas, aumentó con la fama, que no tardó en adquirir, de que era hombre que despreciaba el peligro. A pesar de ser mal jinete, acudía a todos los concursos, dándose los más asombrosos porrazos para no ceder en su resolución de mantenerse a la altura del mejor. También durante un incendio en el edificio de la vicaría se distinguió por la temeridad con que entró una y otra vez en el edificio en llamas con objeto de poner a salvo las cosas de valor, cuando ya la brigada local de bomberos había renunciado a ello por imposible. Así fue como John Douglas, habitante de una casa solariega, se hizo en menos de cinco años célebre en Birlstone.

También su esposa se hizo popular entre quienes la trataban, aunque, de acuerdo con las costumbres de Inglaterra, eran pocos, y sus visitas muy espaciadas, los que trataban a una familia forastera, que se había establecido en el condado sin pretensiones de ninguna clase. Esto le importaba poco a ella, porque era mujer de temperamento retirado y, según todas las apariencias, vivía completamente entregada al cuidado de su esposo y al cumplimiento de sus obligaciones domésticas. Sabíase que era una dama inglesa que había conocido en Londres a míster Douglas cuando éste era viudo. Era hermosa, alta, morena, esbelta, unos veinte años más joven que su esposo, aunque esta diferencia no parecía obstáculo para la felicidad de su vida de familia. Sin embargo, las personas que más los trataban fijábanse a veces en que no parecía existir entre ellos una confianza plena, ya que, o bien la esposa se mostraba muy reservada acerca de la vida anterior de su esposo, o, lo que parecía más probable, la conocía de manera imperfecta. También habían observado y comentado, algunas personas atentas a todo, que había ocasiones en que *mistress* Douglas parecía algo nerviosa y que mostraba gran desasosiego siempre que su marido ausente retrasaba por la noche el regreso a casa. Esta debilidad de la señora de la casa solariega no pasó inadvertida en una tranquila región campesina, donde toda cháchara es bien acogida; y cuando tuvieron lugar sucesos en los que ese desasosiego adquirió sentido muy elocuente, el hecho tomó caracteres de mayor relieve todavía en la memoria de las gentes.

Existía también otro individuo cuya residencia bajo aquel techo era tan sólo intermitente, es cierto, pero cuya presencia en el momento en que ocurrieron los extraños sucesos que ahora voy a narrar atrajo con gran relieve la atención del público sobre su nombre. Ese individuo era Cecil James Barker, de Hales Lodge, Hampstead. La figura alta y desgarbada de Cecil Barker era familiar en la calle principal de la aldea de Birlstone, porque se trataba de una visita frecuente y cordial de la casa solariega. Su presencia adquiría mayor relieve por tratarse de la única persona cuya amistad databa de la época anterior de la vida de míster Douglas, siendo, además, la única de cuantas habían aparecido en éste su nuevo ambiente de Inglaterra. Barker era, sin duda alguna, inglés, pero deducíase de sus palabras que donde conoció a Douglas fue en Norteamérica, y que allí vivieron en términos de la mayor intimidad. Parecía un hombre de considerables riquezas, y llevaba fama de soltero. Era bastante más joven que Douglas; tendría quizá los cuarenta y cinco años, y era alto, tieso, de gran anchura de pecho, cara completamente afeitada, de luchador profesional, cejas pobladas, fuertes y negras y un par de ojos negros dominadores, capaces de abrirle camino por entre una multitud hostil, aun sin recurrir al empleo de sus muy eficaces manos. No montaba a caballo ni era tirador, pero se pasaba los días vagabundeando por la vieja aldea con la pipa en la boca o paseándose en coche con su anfitrión (y cuando éste se hallaba ausente, con su señora) por los campos de aquella hermosa región. «Es un caballero espléndido y muy llano», decía Ames, el despensero. «Pero ¡por vida mía!, que no me agradaría ser yo quien se le atravesase

en su camino». Su trato con Douglas era cordial e íntimo, y no era menos amistoso el que mantenía con la señora. Esta amistad pareció irritar en más de una ocasión al marido, de manera que incluso la servidumbre se dio cuenta de aquella molestia de su amo. Tal era la tercera persona que compartía la vida de la familia cuando ocurrió la catástrofe. Por lo que respecta a los demás habitantes del viejo edificio, bastará entresacar de la numerosa servidumbre al relamido, respetable y capaz Ames y a *mistress Allen*, mujer frescachona y simpática, que descargaba a la señora de algunas de sus preocupaciones caseras. Los otros seis criados de la casa no guardan relación alguna con los acontecimientos ocurridos en la noche del día 6 del mes de enero.



La primera alarma llegó a las once y cuarenta y cinco minutos a la pequeña comisaría local de Policía, que estaba a cargo del sargento Wilson, del cuerpo de guardias del condado de Sussex. Míster Cecil Barker, presa de gran excitación, había llegado corriendo a la puerta, haciendo sonar furiosamente la campanilla de llamada. En la casa solariega había ocurrido una terrible tragedia, y míster John Douglas había sido asesinado. Eso fue lo sustancial de su mensaje jadeante. Regresó dicho señor a toda prisa a la casa, y el sargento de Policía llegó tras él a los pocos minutos al escenario del crimen, después de haber adoptado rápidas medidas para avisar a las autoridades del condado de que algo grave ocurría. Llegó un poco después de las doce de la

noche.

El sargento encontró el puente levadizo bajado, las ventanas iluminadas y a todos los habitantes de la casa en un estado de confusión y alarma desatinados. Los criados, con los rostros lívidos, se apretujaban en el vestíbulo, mientras que el aterrado despensero se retorció las manos en el umbral de la puerta. Únicamente Cecil Barker parecía ejercer el control de sí mismo y de sus emociones. Abrió la puerta más próxima a la entrada e indicó al sargento que le siguiese. En ese instante llegó el doctor Wood, médico general del pueblo y hombre activo y capaz. Los tres hombres penetraron juntos en la habitación siniestra, y el horrorizado despensero fue tras ellos, cerrando la puerta, a fin de que las mujeres de la servidumbre no viesen la terrible escena.

El cadáver se hallaba tendido de espaldas en el centro de la habitación, con los miembros extendidos. No llevaba otra ropa, sobre la de noche, que un batín de color rosa. Tenía puestas zapatillas de fieltro sobre los pies desnudos. El doctor se arrodilló a su lado, y agarrando la lámpara portátil que estaba encima de la mesa, la bajó para proyectar la luz sobre el cadáver. Bastó una ojeada para hacer comprender al médico

que estaba allí de más. Las heridas eran espantosas. Atravesada encima de su pecho había un arma extraña, a saber: una escopeta con el cañón aserrado a distancia de treinta centímetros de los gatillos. Era evidente que había sido disparada a bocajarro sobre la cara del muerto, haciéndole casi pedazos la cabeza. Los gatillos estaban unidos por un alambre para que la descarga de los dos cañones fuese simultánea y de efectos más devastadores.

El policía del condado sentíase abatido y desconcertado por la responsabilidad tremenda que de pronto había caído sobre él.

—No se tocará nada hasta que lleguen mis superiores —dijo, cuchicheando, con la vista horrorizada fija en la espantable cabeza.

—Nada se ha tocado hasta ahora —le dijo Cecil Barker—. Respondo de ello. Las cosas están exactamente tal y como yo las encontré.

—¿Cuándo ocurrió?

El sargento había sacado su cuaderno de notas.

—Eran exactamente las once y media. Yo no había empezado todavía a desvestirme, y estaba junto al fuego en mi dormitorio cuando oí el disparo. No fue muy estrepitoso, sino más bien ahogado. Bajé corriendo. Creo que no tardé ni treinta segundos en entrar en el cuarto.

—¿Se hallaba la puerta abierta?

—Sí; abierta estaba. El pobre Douglas yacía tal y como lo está usted viendo. Encima de la mesa ardía la vela de su palmatoria. Fui yo quien minutos después encendió la lámpara.

—¿No vio usted a nadie?

—No. Oí que *mistress* Douglas venía escalera abajo detrás de mí, y salí corriendo para impedir que viese el tremendo espectáculo. Acudió *mistress* Allen, ama de llaves, y se la llevó. También llegó Ames, y los dos corrimos de nuevo a la habitación.

—He oído decir que el puente levadizo permanece levantado durante la noche.

—Y lo estaba hasta que yo lo bajé.

—¿Cómo pudo entonces huir el asesino? Eso es totalmente imposible. Por consiguiente, míster Douglas se hirió a sí mismo.

—Ése fue nuestro primer pensamiento. Pero vea esto. —Barker descorrió la cortina, y entonces se vio que la ventana de paneles en forma de diamante hallábase abierta de par en par—. ¡Y vea esto! —Acercó la lámpara portátil y alumbró una mancha de sangre, que parecía tener la forma de la suela de una bota, sobre el marco de madera de la ventana—. Alguien puso aquí el pie para salir fuera.

—¿Quiere usted decirme que alguien vadeó el foso?

—Eso mismo.

—Pues entonces, si usted se encontraba aquí a los treinta segundos de cometido el crimen, el criminal tenía que encontrarse en el agua.

—No me cabe la menor duda. ¡Pluguiera a Dios que me hubiese precipitado hacia

la ventana! Pero la cortina la ocultaba, como puede usted ver, y no se me ocurrió semejante idea. Oí después los pasos de *Mistress Douglas*, y yo no podía dejar que entrase aquí. Habría sido demasiado horrible.

—¡Ya lo creo que es horrible! —dijo el doctor, contemplando la cabeza destrozada y las terribles señales qué tenía impresas—. Desde el choque ferroviario de Birlstone no he visto heridas tan atroces.

—Pero, dígame —hizo notar el sargento de Policía, cuyo buen sentido, lento y sencillo, seguía meditando en la ventana abierta—. Está muy bien decir que un hombre escapó vadeando el foso, pero lo que yo le pregunto es esto: ¿cómo pudo meterse en la casa si el puente estaba levantado?

—¡Ahí está el problema! —dijo Barker.

—¿A qué hora fue levantado?

—Serían cerca de las seis —contestó Ames, el despensero.

—Yo tenía oído que de ordinario lo alzaban a la puesta del sol, y en esta época del año eso ocurre más cerca de las cuatro y media que de las seis.

—*Mistress Douglas* tuvo visitas que tomaron el té —dijo Ames—. No me era posible levantar el puente hasta que las visitas se retirasen. Cuando se marcharon, yo mismo hice girar el cabrestante.

—Pues entonces, la cosa se reduce a esto —dijo el sargento—. Si alguien de fuera entró (digo, si entró) tuvo que cruzar el puente antes de las seis, permaneciendo escondido desde entonces hasta que *míster Douglas* entró aquí, después de las once.

—Así es. Todas las noches *míster Douglas* recorría la casa antes de retirarse a descansar. Lo hacía como última tarea, para ver si las luces estaban como debían. Eso fue lo que lo trajo aquí. El asesino estaba al acecho y disparó contra él. Después huyó por la ventana y se dejó aquí la escopeta. Así es como yo veo la cosa, porque sólo así se explican todos los hechos.

El sargento echó mano a una tarjeta que había junto al muerto en el suelo.

—¿Qué es esto? —dijo, examinándola.

Barker la contempló con curiosidad, y dijo:

—No la he visto hasta ahora. Con seguridad que se la dejó el asesino.

—V. V. trescientos cuarenta y uno. No se me ocurre qué puede querer decir.

El sargento siguió dándole vueltas entre sus dedos.

—¿Qué son estas V. V.? Quizá las iniciales de alguien. ¿Qué es eso que tiene usted en la mano, doctor Wood?

Era un martillo de regulares dimensiones que estaba sobre la alfombra, delante de la chimenea; un martillo sólido, como de obrero. Cecil Barker apuntó entonces hacia una caja de clavos de cabeza de bronce que había encima de la repisa de la chimenea, y dijo:

—*Míster Douglas* estuvo ocupado ayer en cambiar los cuadros de sitio. Yo mismo le vi encaramado en esa silla, clavando ese gran cuadro que hay encima. Eso explica la existencia del martillo.

—Lo mejor que podemos hacer es volverlo a colocar tal como estaba encima de la alfombra —dijo el sargento, rascándose la cabeza lleno de perplejidad—. Harán falta los mejores cerebros del Cuerpo de Policía para llegar hasta el fondo de esto. Pasará a manos de los de Londres antes que lleguemos al final —alzó la lámpara portátil y se paseó lentamente por la habitación—. ¡Hola! —exclamó, muy excitado, recorriendo a un lado la cortina de la ventana—. ¿A qué hora se corrieron estas cortinas?

—En el momento en que se encendieron las lámparas —dijo el despensero—. Serían muy poco más de las cuatro.

—Alguien estuvo oculto aquí, no cabe duda —bajó la lámpara y en uno de los rincones aparecieron muy visibles las señales de unas botas manchadas de barro—. No tengo más remedio que decir, Barker, que esto parece sostener su teoría. Da la impresión de que un hombre penetró en la casa después de las cuatro, cuando ya las cortinas estaban corridas, pero antes de las seis horas, en que el puente había sido alzado. Se metió furtivamente en esta habitación porque fue la primera que descubrió. No encontrando otro lugar donde esconderse, se metió detrás de esta cortina. Hasta aquí todo parece bastante claro. Es verosímil que su idea principal fuese la del robo, pero míster Douglas se presentó casualmente y él lo asesinó y se escapó.

—Así es como yo lo comprendo —dijo Barker—. Pero escúcheme: ¿no estamos perdiendo un tiempo precioso? ¿No podríamos lanzarnos a explorar los alrededores antes que ese individuo consiga alejarse?

El sargento meditó un instante.

—No hay ningún tren antes de las seis de la mañana, de modo que no se podrá escapar por ferrocarril. Si camina por la carretera con las piernas chorreando agua, es más probable que alguien repare en su persona. De todos modos, yo no puedo ausentarme de aquí mientras no sea relevado. Pero opino que ninguno de ustedes debería ausentarse hasta que veamos con más claridad la posición de cada uno de nosotros.

El doctor había cogido la lámpara y examinaba minuciosamente el cadáver.

—¿Qué señal es ésta? —preguntó—. ¿Puede quizá tener esto alguna relación con el crimen?

El brazo derecho del difunto salía fuera de la manga de su batín, mostrándose desnudo hasta el codo. A mitad del antebrazo, y destacándose con vivo relieve de la piel morena, se veía un extraño dibujo de color marrón, consistente en un triángulo dentro de un círculo.

—No se trata de un tatuaje —dijo el doctor, examinándolo con sus gafas—. Nunca vi cosa que se le pareciese. Este hombre fue marcado alguna vez de la misma manera que se marca al ganado vacuno. ¿Qué puede significar esto?

—Yo no puedo jactarme de conocer el sentido que tiene, aunque en los últimos diez años le vi en todo momento a Douglas esa marca —dijo Cecil Barker.

—Y yo también —dijo el despensero—. Muchísimas veces me he fijado en esa

misma señal cuando mi señor se remangaba la camisa. Y también muchas veces me pregunté qué podría significar.

—Pues entonces —dijo el sargento— no tiene nada que ver con el crimen. Pero, con todo ello, no deja de ser una cosa rara. Todo en este caso resulta raro. ¿Algo más todavía?

El dispensero dejó escapar una exclamación de asombro, apuntó con el dedo hacia la mano extendida del muerto y jadeó:

—¡Le han quitado su anillo de boda!

—¿Qué?

—Sí, su anillo de boda. El amo llevaba siempre su anillo de boda de oro liso en el dedo meñique de su mano izquierda. Ese otro anillo de la pepita de oro en bruto lo llevaba encima del de la boda, y el anillo de la serpiente enroscada lo llevaba en el dedo tercero. Vean ustedes el anillo de la pepita y el anillo de la serpiente, pero el de boda ha desaparecido.

—Tiene razón —dijo Barker.

—¿De modo que ese anillo de boda lo llevaba debajo del otro?

—Siempre.

—Pues entonces el asesino, o quien fuese, empezó por sacar del dedo ese anillo que ustedes llaman de la pepita en bruto, luego le quitó el de boda y después volvió a colocar en su sitio el de la pepita en bruto.

—Así es.

El digno guardia del condado movió repetidas veces la cabeza, y dijo:

—Estoy pensando que cuanto antes pase yo este caso a Londres, mejor será. White Mason es hombre inteligente. Nunca hubo para White Mason asunto de alcance local demasiado difícil. No tardará ya mucho en venir en auxilio nuestro. Pero creo que tendremos que esperar la acción de Londres para cuando consigamos llegar al final. De todos modos, yo no me avergüenzo de decir que es mucha complicación para personas como yo.

Capítulo IV

Oscuridad

El detective en jefe del condado de Sussex, obedeciendo a la llamada urgente del sargento Wilson, de Birlstone, llegó a las tres de la madrugada desde las oficinas generales en un cochecito tirado por un trotón jadeante. Por el tren de las cinco cuarenta de la mañana había enviado su mensaje a Scotland Yard, y a las doce se hallaba en la estación de Birlstone para damos la bienvenida. Era míster White Mason persona tranquila, de apariencia desahogada, con traje amplio de mezclilla, cara rubicunda completamente afeitada, cuerpo tirando a voluminoso y piernas muy arqueadas en las que lucía polainas. Daba la impresión de un pequeño granjero, de un guardacaza retirado o de cualquier cosa en el mundo, menos la de un ejemplar muy favorable del agente de Policía criminal de provincias.

—Míster McDonald, éste es un caso de los que sonarán pero que muchísimo —repetía una y otra vez—. En cuanto se enteren los de los periódicos, caerán por aquí como una nube de moscas. Confío en que habremos terminado nosotros con nuestra tarea antes que ellos metan por todas partes sus narices y formen un lío con todas las pistas. Yo no recuerdo otro caso parecido a éste. Míster Holmes, o yo estoy equivocado, o hay detalles que le van a impresionar a usted. Y también a usted, doctor Watson, porque los médicos tendrán que hablar antes que lleguemos al final de este asunto. Tienen ustedes reservada habitación en El Escudo de Westville. No hay otro sitio en que hospedarse, pero me han dicho que es lugar limpio y bien atendido. Este hombre llevará sus maletas. Por aquí, caballeros, por favor.

Era persona muy activa y simpática aquel detective de Sussex. En diez minutos estábamos ya cada cual en nuestra habitación. En otros diez nos encontrábamos sentados en el salón de la posada, y se nos servía un boceto rápido de todos los hechos que hemos descrito rápidamente en el capítulo anterior. McDonald tomaba, de cuando en cuando, alguna nota, mientras que Holmes escuchaba sentado y absorto, con la expresión admirativa de sorpresa y reverencia con que un botánico contempla una flor rara y preciosa.

—¡Extraordinario! —exclamó, una vez terminado el relato—. ¡De lo más extraordinario! ¡De lo más extraordinario! No recuerdo casi ningún suceso que haya presentado rasgos más especiales.

—Eso me pareció, míster Holmes —contestó White Mason, muy satisfecho—. En Sussex vivimos bastante a la par de los tiempos. Le acabo de explicar cómo estaban

los asuntos en el momento en que yo me hice cargo de ellos tomándolos de las manos del sargento Wilson, entre las tres y las cuatro de esta mañana. ¡Por vida mía, que le hice trotar a la vieja yegua! Pero no tenía necesidad, según luego resultó, de haberme dado tanta prisa, porque nada pude hacer de inmediato. El sargento Wilson estaba en posesión de todos los hechos. Yo los comprobé y medité sobre ellos, y quizá los completé con algunos de mi propia cosecha.

—¿Cuáles fueron estos últimos? —preguntó Holmes, anhelante.

—Pues verás: en primer lugar, examiné el martillo, tarea en la que conté con la ayuda del doctor Wood. No descubrimos en el mismo señales de violencia. Yo esperaba que, si míster Douglas se había defendido con el martillo, quizá hubiese dejado alguna señal en el cuerpo del asesino antes que lo soltase en la esterilla. Pero no tenía ninguna mancha.

—Bueno, ya comprenderá que eso no prueba nada —comentó el inspector McDonald—. Se han cometido muchos crímenes con martillo sin que en éste quedase rastro alguno.

—Así es. Eso no demuestra que no se hubiese empleado el martillo. Pero podían haber quedado manchas, y tal detalle nos habría servido de ayuda. Pero la verdad es que no tenía ninguna. Examiné luego la escopeta. Los cartuchos eran de posta gruesa, y, según ya el sargento Wilson ha hecho notar, los gatillos estaban conectados por medio de un alambre, de manera que al tirar del de atrás se descargaban los dos cañones. El que hizo aquello iba muy resuelto a no correr el riesgo de fallar el tiro. La escopeta aserrada no medía más de sesenta centímetros de largura. Se podía llevar fácilmente debajo de la chaqueta. El nombre del fabricante estaba incompleto en el acanalado que separa los dos cañones, porque se leían las letras *Pen*, habiendo sido cortado el resto del nombre al serrar los cañones.

—Una *P* con un adornito encima..., y luego una *E* y una *N* más pequeñas —dijo Holmes.

—Exactamente.

—Pensilvania Small Arms Company..., una firma norteamericana muy conocida —afirmó mi amigo.

White Mason miró a Holmes lo mismo que el pobre médico de aldea mira al especialista de Harley Street que resuelve con una sola frase las dificultades que a él lo desconciertan.

—Míster Holmes, eso resulta utilísimo. Sin duda que está usted en lo cierto. ¡Admirable! ¿Lleva usted acaso en su memoria los nombres de todos los fabricantes de armas del mundo?

Holmes hizo a un lado la pregunta con un vaivén de mano, y White Mason siguió diciendo:

—Sin duda que se trata de una escopeta de fabricación norteamericana. Creo recordar haber leído que en algunas partes de Norteamérica está en uso la escopeta con los cañones recortados. Esa idea ya se me había ocurrido con independencia de

que estuviese o no en los cañones el nombre del fabricante. Existen, por consiguiente, pruebas de que él individuo que penetró en la casa y mató al dueño de la misma era norteamericano.

McDonald movió negativamente la cabeza, diciendo:

—Amigo, usted viaja sin duda a excesiva velocidad; hasta ahora no he escuchado nada que demuestre que estuvo en esa casa ningún hombre ajeno a ella.

—La ventana abierta, la sangre en el marco, la extraña tarjeta, huellas de botas en el rincón, el arma.

—Nada, en absoluto, que no haya podido ser dispuesto deliberadamente. Míster Douglas era norteamericano o había vivido mucho tiempo en Norteamérica; lo mismo ocurre con míster Barker. No se necesita traer de fuera de la casa ningún norteamericano para explicar detalles al estilo norteamericano.

—Ames, el dispensero...

—¿Qué hay de ese hombre? ¿Es digno de confianza?

—Estuvo sirviendo diez años a *sir* Charles Chandos; es un hombre sólido como una roca. Ha permanecido con Douglas desde que se hizo cargo de la casa solariega hace cinco años. No vio nunca dentro de la casa un arma como aquélla.

—Se trata de una escopeta preparada para tenerla oculta. Por esa razón le fueron aserrados los cañones. Cabe dentro de cualquier maleta. ¿Cómo es posible que él afirme bajo juramento que esa arma no estaba en casa?

—Bueno, en todo caso, él no la había visto nunca.

McDonald siguió negando con movimientos de su obstinada cabeza de escocés, y dijo:

—Todavía no estoy convencido de que haya entrado nadie en la casa. Yo les pido que recapaciten...

A medida que se lanzaba a explicar su razonamiento, McDonald hablaba con un acento más marcadamente de Aberdeen.

—... les pido a ustedes que recapaciten todas las consecuencias que se derivan de dar por supuesto que esta escopeta fue traída de fuera de la casa y que todas estas cosas raras han sido obra de una persona venida desde el exterior. ¡Les digo que eso es inconcebible! Eso va contra el sentido común, y si no, conteste usted, Holmes, juzgando por lo que hasta ahora hemos oído.

—Bien, Mac: exponga usted el caso tal como lo ve —contestó Holmes con frase de estilo judicial.

—El hombre en cuestión, si es que existe, no es un ladrón. Los detalles del anillo y de la tarjeta parecen indicar que se trata de un asesinato premeditado por móviles de índole particular. Muy bien. Nos encontramos con un hombre que se desliza dentro de la casa con el propósito deliberado de cometer un asesinato. Sabe, si es que sabe algo, que le será difícil la huida, porque la casa se halla rodeada de agua, ¿y cuál es el arma que elige? Cualquiera diría que el arma más silenciosa del mundo. En ese caso podía abrigar la esperanza de que, una vez realizado el crimen, le sería posible huir

rápidamente por la ventana, vadear el foso y largarse con toda comodidad. He ahí una cosa comprensible. Lo que ya no resulta comprensible es que se apartase de su línea natural de acción y se trajese el arma más ruidosa de cuantas tenía a mano, sabiendo perfectamente que de esta manera atraería al lugar del suceso a todos los habitantes de la casa, que acudirían a todo lo que diesen sus piernas, existiendo toda clase de probabilidades de que lo descubrirían antes que hubiera podido cruzar al otro lado del foso. ¿Es esto creíble, Holmes?

—Bien; la verdad es que ha expuesto usted su caso con mucha fuerza —contestó mi amigo, pensativo—. Sin duda alguna que habría de apoyarlo en muchos de sus puntos flacos. ¿Puedo preguntarle, míster White Mason, si examinó usted inmediatamente la pared del lado exterior del foso con objeto de ver si existen allí señales de que el hombre en cuestión haya trepado por ella saliendo del agua?

—No había ninguna señal, míster Holmes. Pero se trata de un reborde de piedra, y en esas condiciones no se podía esperar que las hubiese.

—¿Ni huellas ni señales?

—Ninguna.

—Bien. ¿Habría algún inconveniente, míster White Mason, en que marchásemos inmediatamente a esa casa? Quizá encontráramos algún detalle pequeño que resultase expresivo.

—Se lo iba a proponer, míster Holmes, pero me pareció conveniente que, antes de marchar, estuviesen ustedes al tanto de los hechos. Me imagino que, si algo descubre usted que le llame la atención...

White Mason miró con expresión de duda al detective aficionado.

—Yo he trabajado antes de ahora con míster Holmes —dijo el inspector McDonald—. Él sigue el juego.

—O, por lo menos, sigo el juego tal como yo lo entiendo —dijo Holmes, sonriente—. Acometo la resolución de un caso con el propósito de colaborar con la Justicia y de ayudar a la Policía en su tarea. Si en alguna ocasión me he apartado de la Policía oficial, se debe a que ella empezó por apartarse de mí. Jamás he querido anotarme tantos a costa suya. Al mismo tiempo, míster White Mason, yo reclamo el derecho a trabajar a mi manera y de aportar mis resultados en el momento elegido por mí, ya completos, más bien que por etapas.

—Esté seguro de que nos sentimos honrados con su presencia y de que le haremos partícipe de todo cuanto sepamos —dijo cordialmente White Mason—. Vamos, doctor Watson, y confiemos en que, cuando llegue la hora, nos hará usted a todos un sitio en su libro.

Fuimos caminando por la curiosa calle de la aldea, que tenía a cada lado una hilera de olmos podados. Un poco más allá de la calle se alzaban dos antiguas columnas de piedra manchadas por los años y con retazos de líquenes; encima de las columnas distinguíanse unos objetos informes que fueron en tiempos el león rampante de Capus de Birlstone. Un corto paseo por la serpenteante avenida de

carruajes, bordeada de robles y de césped, tal como suele verse únicamente en la Inglaterra rural; y de pronto, después de un recodo súbito, el edificio largo, bajo, de estilo jacobeo, construido de sucios ladrillos encarnados, con un jardín al estilo antiguo, encuadrado en una hilera de tejos podados. Al acercarnos a la casa surgió ante nosotros el puente levadizo de madera y el ancho y magnífico foso, tan luminoso e inmóvil como balsa de azogue bajo el frío sol de invierno. Los siglos habían pasado dejando atrás la vieja casa señorial, siglos de Nacimientos y de regreso al hogar, de danzas campestres y de reuniones de cazadores de zorros. Resultaba extraño que ahora, en su vejez, hubiese proyectado este oscuro suceso su sombra sobre aquellos muros venerables. Sin embargo, aquellos curiosos tejados en pináculo y los extraños tejadillos triangulares y salientes resultaban cobijo adecuado para cualquier intriga adusta y terrible. Contemplando yo aquellas ventanas profundamente encastadas y la larga fachada de color mortecino lamida por las aguas, tuve la sensación de que no era posible montar escenario más adecuado para tragedia como aquélla.

—Ésa es la ventana —dijo White Mason—. La primera, inmediatamente después del puente levadizo. Se halla abierta tal y como lo estaba la noche pasada.

—Parece algo estrecha para que un hombre haya salido por ella.

—Sí, desde luego, no sería un hombre grueso, míster Holmes; no necesitamos de sus razonamientos para verlo. Sin embargo, usted o yo podríamos pasar por ese hueco perfectamente.

Holmes se acercó al borde del foso y miró a través de éste. Después examinó el reborde de piedra y el césped que lo contorneaba.

—Míster Holmes, yo lo examiné con detenimiento —dijo White Mason—. Ahí no hay nada; no existe señal alguna de que alguien haya tomado tierra en este sitio. Aunque, ¿por qué razón tendría que haberla?

—Exactamente. ¿Por qué razón? ¿Está siempre el agua turbia?

—Tiene siempre, más o menos, ese color. El arroyo arrastra arcillas.

—¿Qué profundidad tiene?

—Unos sesenta centímetros cerca de los bordes y noventa en el centro.

—Podemos, pues, hacer a un lado la idea de que el individuo en cuestión se ahogó al cruzarlo, ¿verdad?

—Evidente; ni siquiera un niño podría ahogarse ahí.

Cruzamos el puente levadizo y fuimos recibidos por un individuo de aspecto raro, enjuto, nudoso. Era el despensero: Ames. El pobre viejo estaba lívido y tembloroso por efecto de aquel golpe. El sargento de la aldea, individuo alto, melancólico y formulista, seguía montando la guardia en el cuarto del crimen. El médico se había marchado ya.

—¿Hay alguna novedad, sargento Wilson? —preguntó White Mason.

—No, señor.

—Pues entonces puede usted retirarse a casa. Ya es bastante el servicio que ha tenido. Enviaremos a buscarlo si acaso lo necesitamos. Sería preferible que el

dispensero estuviese a nuestra disposición en el exterior. Dígame que avise a míster Cecil Barker, a Douglas y al ama de llaves, que es posible que necesitemos hablar dentro de un rato con ellos. Y ahora, caballeros, quizá me permitan que yo empiece por exponerles mis puntos de vista, y luego podrán ustedes formar los suyos propios.

Aquel especialista provinciano me había producido mucha impresión. Sabía aferrar sólidamente los hechos, y tenía un cerebro frío, claro, de sentido común, que habría de llevarle bastante adelante dentro de su profesión. Holmes le escuchó con atención, sin dar señal alguna de la impaciencia que tan a menudo le producían con sus exposiciones los detectives oficiales.

—Nuestra primera pregunta debe ser ésta: ¿estamos ante un suicidio o un asesinato? ¿No es cierto, caballeros? Si se tratase de un suicidio, tendríamos que creer que este hombre había empezado por despojarse del anillo de compromiso, escondiéndolo; que bajó a este cuarto vestido con su batín, que pateó barro en un rincón detrás de la cortina para hacernos creer que alguien había estado esperándole, que abrió la ventana, que manchó de sangre el...

—Podemos rechazar con toda seguridad esa suposición —le interrumpió McDonald.

—Eso creo yo. No puede tratarse de un suicidio. Por consiguiente, se ha cometido un asesinato, y lo que tenemos que concretar es si fue cometido por alguien de fuera o de dentro de la casa.

—¡Ea!, vengan sus razonamientos.

—En ambas suposiciones se nos presentan grandes dificultades, y, sin embargo; tiene que ser lo uno o lo otro. Empezaremos por suponer que los autores del crimen son una o varias personas del interior de la casa. Se trajeron a este hombre hasta este cuarto cuando todo estaba callado en el interior de la casa, sin que nadie en ella se hubiese dormido todavía. Luego realizaron el crimen con el arma más rara y más estrepitosa del mundo, como para anunciar a todos lo que había ocurrido; con un arma que nadie hasta entonces había visto dentro de la casa. ¿Verdad que esto no suena como punto de arranque a cosa muy verosímil?

—No, ciertamente que no.

—Tenemos luego que todos están contestes en afirmar que, una vez dada la alarma, no pasaría más de un minuto cuando toda la casa se halló congregada en el lugar del suceso; no solamente míster Cecil Barker, a pesar de que él sostiene que fue



el primero, sino también Ames y todos los demás. ¿Pueden ustedes asegurarme que bastó ese tiempo para que el culpable pudiese dejar en el rincón la señal de sus pisadas, para que abriese la ventana, dejase en el marco de la misma la mancha de sangre, quitase del dedo del muerto el anillo de compromiso y todo lo demás? Es imposible.

—Lo ha expuesto usted con muchísima claridad —dijo Holmes—. Me siento inclinado a pensar como usted.

—Pues entonces, henos aquí otra vez vueltos a la teoría de que el autor del crimen es alguien que vino de fuera de la casa. Seguimos enfrentándonos con algunas dificultades de bulto, pero, en todo caso, ya no tropezamos con hechos imposibles. El individuo se introdujo en la casa entre las cuatro treinta y las seis; es decir, entre la hora del oscurecido y el momento en que fue alzado el puente levadizo. Habían llegado a la casa algunas visitas; la puerta se encontraba abierta, y nada podía impedirselo. Pudo tratarse de un ladrón de tipo comente, o pudo ser alguien que tuviera algún agravio contra míster Douglas. Habiendo vivido míster Douglas durante muchos años en Norteamérica, y como la escopeta es de procedencia norteamericana, yo estaría por decir que la teoría de la malquerencia secreta es la más probable. Se escabulló dentro de esta habitación, porque fue la primera que se le ofreció al entrar, y se ocultó detrás de la cortina. Allí permaneció hasta las once de la noche. A esa hora penetró en la habitación míster Douglas. La entrevista debió de ser muy breve, si es que existió entrevista, porque *mistress* Douglas declara que hacía muy pocos minutos que su esposo se había separado de ella cuando oyó la detonación.

—La vela lo demuestra —dijo Holmes.

—Exactamente. La vela, que es nueva, sólo está gastada cosa de un centímetro. Douglas debió de ponerla encima de la mesa antes de ser acometido, porque en caso contrario, y como es natural, habría caído al suelo al mismo tiempo que él. Esto demuestra que no fue atacado en el instante mismo de entrar en la habitación. Cuando llegó míster Barker, la lámpara estaba encendida y la vela apagada.

—Eso está lo suficientemente claro.

—Procedamos, pues, a reconstruir los hechos, siguiendo esas líneas generales. Douglas entra en la habitación. Deja la vela encima de la mesa. Surge un hombre de detrás de la cortina. Está armado de una escopeta. Le reclama el anillo de boda. Dios sabe por qué, pero así ha tenido que ser. Douglas se lo entrega. Luego, a sangra fría o después de una lucha (quizá Douglas empuñó el martillo que fue encontrado sobre la esterilla), el hombre aquél hirió de un tiro a Douglas de esa manera horrible. Hecho esto, dejó caer la escopeta y también, según parece, esta tarjeta extraña de «V. V. 341», cualquiera que sea el sentido que tenga, huyendo acto continuo por la ventana y cruzando el foso en el momento mismo que Cecil Barker descubría el crimen cometido. ¿Cómo le suena todo eso, míster Holmes?

—Lo encuentro muy interesante, aunque poco convincente.

—Bueno, bueno, eso sería un absoluto disparate, de no ser porque resulta lo

menos disparatado —exclamó McDonald—. Alguien mató a ese hombre, pero, sea quien sea ese asesino, yo podría demostrarles que debió de realizar su acción de otra manera distinta. ¿Qué significa eso de cortarse de ese modo la retirada? ¿Qué significa eso de emplear una escopeta, siendo así que su única posibilidad de escapar estaba en actuar de manera silenciosa? ¡Ea!, Holmes, a usted le toca señalar una dirección, puesto que afirma que la teoría de White Mason es poco convincente.

Holmes había permanecido durante ese largo discurso observándolo todo con gran atención, sin perder una palabra de cuanto se decía, dirigiendo agudas miradas a derecha e izquierda y con la frente arrugada por profundas meditaciones.

—Mac —dijo, arrodillándose junto al cadáver—, necesitaría algunos hechos más antes de lanzarme a hacer una hipótesis. ¡Válgame Dios, y qué heridas más espantosas! ¿Podría venir un momento el despensero?... Ames, tengo entendido que usted había observado con frecuencia esta marca extraordinaria, el triángulo dentro del círculo marcado a fuego, en el antebrazo de mister Douglas.

—Sí, señor; con frecuencia.

—¿Y no oyó nunca hablar de lo que esa marca pudiera significar?

—No señor.

—Debieron de producirle un gran dolor cuando lo marcaron con ella. Es, sin duda alguna, una quemadura. Escuche, Ames: aquí, en el ángulo de la mandíbula de Douglas, observo un pequeño trozo de tafetán. ¿Se fijó usted si lo tenía antes de morir?



—Sí, señor, lo tenía, porque ayer por la mañana se produjo un corte al afeitarse.

—¿Recuerda usted de alguna otra vez que se haya cortado al afeitarse?

—Desde hacía muchísimo tiempo no le ocurría cosa semejante, señor.

—¡Detalle elocuente! —dijo Holmes—. Puede tratarse de una simple coincidencia o puede indicar cierto estado de nerviosismo, nacido quizá de que preveía peligro. ¿Observó usted ayer, Ames, algo extraordinario en su conducta?

—Sí, me dio la sensación de que se encontraba un poco desasosegado y poseído de inquietud.

—¡Hum! Quizá no le tomó por completo de sorpresa la agresión. Parece que avanzamos un poquitín, ¿verdad que sí? ¿Por qué no hace usted mismo el interrogatorio, Mac?

—No, Holmes; está en manos mejores que las mías.

—Bien, pues; pasemos ahora a esta tarjeta. «V. V. 341». Es de cartón ordinario. ¿Tienen ustedes cartón de esta clase en la casa?

—No lo creo, señor.

Holmes cruzó hasta la mesa-escritorio y echó un poquito de tinta de cada tintero

en el papel secante.

—No ha sido escrita en esta habitación —dijo—. Ésta es tinta negra, y la otra, rojiza. Ha sido escrita con una pluma gruesa, y estas de aquí son de punta fina. Sí, yo diría que la escribieron fuera de aquí. ¿Le dice a usted algo la inscripción, Ames?

—No, señor; ¡nada!

—¿Y usted qué piensa, Mac?

—Me produce la impresión de que se trata de alguna clase de sociedad secreta. Y lo mismo digo de la marca del antebrazo.

—También yo opino lo mismo —dijo White Mason.

—Bien, podríamos aceptarlo a manera de hipótesis de trabajo y ver hasta dónde nos lleva en la solución de nuestras dificultades. Un agente de esa sociedad penetra en la casa, espera a Douglas, le vuela casi la cabeza por medio de esta arma y huye vadeando el foso, después de dejar junto al cadáver una tarjeta que, cuando este detalle aparezca en los periódicos, anunciará a los restantes miembros de la sociedad que se ha llevado a cabo la venganza. Todo eso concuerda bien, pero ¿por qué con esta arma precisamente?

—Exacto.

—¿Y por qué ha desaparecido el anillo?

—Precisamente.

—¿Y por qué no ha sido detenido? Son ya más de las dos. Yo doy por supuesto que desde el amanecer del día de hoy todos los guardias de Policía de ochenta kilómetros a la redonda andan a la caza de un forastero con las ropas húmedas.

—Así es, míster Holmes.

—Pues bien: como no tenga por aquí cerca una madriguera o una muda de ropa a mano, sería difícil que no hubiesen dado con él. Y, sin embargo, nadie lo ha visto hasta ahora. —Holmes se había acercado a la ventana y estaba examinando con su lente de aumento la huella de sangre del marco—. Se trata, con toda evidencia, de la huella de un pie. De un pie anchísimo, de un pie plano, estaría por decir. Es curioso, porque por lo que uno puede distinguir de huella de pies en este rincón manchado de barro, se diría que se trata de una suela mejor conformada; aunque, a decir verdad, éstas son huellas bastante borrosas. ¿Qué hay debajo de esa mesa?

—Las pesas de gimnasia de míster Douglas —dijo Ames.

—Querrá usted decir la pesa, porque no hay más que una sola. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé, míster Holmes. Quizá sólo hubiese una. Hace meses que no había reparado en ellas.

—Una pesa de gimnasia... —dijo Holmes con gran seriedad.

Pero sus meditaciones fueron interrumpidas por una brusca llamada la puerta. Un hombre alto, quemado del sol, de aspecto inteligente, completamente afeitado, nos miraba desde el umbral. Adiviné sin dificultad que se trataba de Cecil Barker, del que me habían hablado. Su mirada dominadora saltó rápidamente de una cara a otra como



una interrogación. Luego dijo:

—Lamento interrumpir su consulta, pero es preciso que sepan la última noticia.

—¿Una detención?

—No hemos tenido tanta suerte. Lo que han encontrado es su bicicleta. Vengan y véanla. Está a menos de cien metros de la puerta del vestíbulo.

Nos encontramos con tres o cuatro lacayos y desocupados que examinaban en la avenida de carruajes una bicicleta que había sido sacada de entre un matorral de siemprevivas donde estaba oculta. Era una Rudge-Witworth muy usada y llena de barro, como si hubiese hecho un viaje muy largo. En el maletín del asiento había una llave de tuerca y una lata de aceite, pero ningún

indicio acerca de su propietario.

—Serviría de gran ayuda a la Policía que estos artefactos estuviesen numerados y registrados —dijo el inspector—. Pero conformémonos con lo que hemos encontrado. Ya que no nos sea posible descubrir adónde marchó, averiguaremos por lo menos de dónde vino. Pero, por todo lo más asombroso, ¿cómo es que ese individuo se la dejó aquí? ¿Y cómo diablos se las compuso para huir sin la bicicleta? Holmes, estoy viendo que no conseguimos proyectar un rayo de luz sobre este caso.

—No, ¿verdad? —contestó mi amigo, meditabundo—. ¡Conque no!

Capítulo V

Los personajes del drama

—¿Han visto ya ustedes todo cuanto tenían que ver en el despacho? —preguntó White Mason cuando volvimos a entrar en la casa.

—Por ahora, sí —dijo el inspector, y Holmes asintió con la cabeza.

—Siendo así, ¿no querrán ustedes escuchar lo que puedan decirnos algunas de las personas de la casa? Podríamos hacerlo en el comedor. Ames, por favor, venga usted el primero y díganos lo que sabe.

La declaración del despensero fue sencilla y clara, produciendo una convincente impresión de sinceridad. Lo contrataron cinco años antes, cuando *míster Douglas* se instaló en *Birlstone*. Tenía entendido que *Douglas* era un caballero rico que había hecho su fortuna en *Norteamérica*. Como patrono había sido atento y cariñoso, quizá no tanto como a lo que *Ames* estaba acostumbrado, pero no era posible conseguirlo todo. Nunca advirtió en *míster Douglas* señal alguna de recelo; todo lo contrario, era el hombre más temerario que él había conocido en su vida. Si dio orden de que todas las noches se levantase el puente levadizo, lo había hecho por tratarse de una antigua costumbre de la casa, y le gustaba conservar los usos de antaño. Rara vez iba *míster Douglas* a *Londres* o se ausentaba de la aldea, pero el día anterior al del crimen había estado de compras en *Tunbridge Wells*. Él, *Ames*, había observado ese día cierta inquietud y excitación en *míster Douglas*, habiéndose mostrado impaciente e irritable, cosa que no era normal en el mismo. *Ames* no se había acostado esa noche; se hallaba en la despensa, guardando los cubiertos de plata, cuando oyó sonar con violencia la campana. No había oído el disparo, lo cual hubiera sido casi imposible, porque la despensa y las cocinas están situadas en la parte posterior de la casa, hallándose separadas del lugar del suceso por varias puertas cerradas y un largo pasillo. El ama de llaves había salido de su habitación al oír el violento repique de la campana. Él y ella fueron juntos a la parte delantera de la casa. Cuando llegaban al pie de la escalera vio que bajaba por ella *mistress Douglas*. No, no bajaba corriendo; no le pareció que estuviese excitada de una manera especial. En el momento en que la señora llegaba al pie de la escalera, salió corriendo del despacho *míster Barker*. Detuvo a la señora y le suplicó que volviese atrás.

—¡Por el amor de Dios, vuélvase a su habitación! —exclamó—. ¡El pobre Jack está muerto! Nada puede usted hacer por él. ¡Por amor de Dios, vuélvase!

Después de varios razonamientos para

convencerla, y ya en la escalera, *mistress* Douglas retrocedió. No gritó. No lloró en voz alta. El ama de llaves, *mistress* Allen, la condujo escalera arriba y permaneció con ella en su dormitorio. Ames y Barker volvieron entonces al despacho, y lo encontraron todo tal y cual lo había visto la Policía. La vela no estaba encendida, pero sí ardía la lámpara. Miraron por la ventana afuera, pero la noche era cerrada y nada pudieron ver ni oír. Entonces salieron corriendo al vestíbulo. Ames hizo funcionar el cabrestante y bajó el puente. Entonces Barker salió corriendo a avisar a la Policía.

Tal fue, en esencia, la declaración del despensero.

El relato que hizo el ama de llaves, *mistress* Allen, vino, por su parte, a corroborar lo dicho por el despensero. La habitación del ama de llaves estaba mucho más próxima a la parte delantera de la casa que la despensa en que se encontraba Ames trabajando. Se disponía a acostarse cuando le llamó la atención el violento repique de la campana. Ella era un poco dura de oído. Quizá por eso no había oído la detonación del disparo, pero, en todo caso, el despacho estaba bastante lejos. Recordaba, sí, haber escuchado un ruido que ella se imaginó producido por un portazo. Pero eso había ocurrido bastante antes, media hora por lo menos antes que sonase la campana. Cuando Ames corrió hacia las habitaciones delanteras, ella le acompañó. Vio a *mister* Barker, muy pálido y excitado, que salía del despacho. Barker cortó el paso a *mistress* Douglas, que bajaba por la escalera. Le suplicó que volviese a su cuarto, y ella le contestó, aunque no pudo oír lo que le decía.

—Acompáñela arriba. ¡No se aparte de ella! —dijo Barker a *mistress* Allen.

En vista de eso, el ama de llaves condujo a su señora al dormitorio de ésta y se esforzó por tranquilizarla. La señora se hallaba muy conmovida y toda temblorosa, pero no hizo ninguna otra tentativa para descender a la planta baja. Se limitó a permanecer sentada, vestida con su bata, junto al fuego de la chimenea del dormitorio, ocultando la cara entre las manos. *Mistress* Allen permaneció a su lado casi toda la noche. Por lo que respecta al resto de la servidumbre, todos se habían acostado ya, y no se les dio la alarma hasta muy poco antes que llegase la Policía. Tenían sus dormitorios en la parte trasera y más lejana de la casa, no siendo posible que hubiesen oído nada.

Tales fueron las declaraciones del ama de llaves. Sometida a nuestro contrainterrogatorio, nada pudo agregar fuera de sus lamentaciones y de sus frases de asombro.



Cecil Barker sucedió como testigo a *mistress* Allen. Poco era lo que tenía que agregar con respecto a los sucesos de la noche anterior que no hubiese dicho ya a la Policía. Personalmente, él estaba convencido de que el asesino había huido por la ventana. La huella de sangre constituía una prueba terminante de ello, según su opinión. Además, era ésa la única vía de escape posible, porque el puente levadizo estaba levantado. No supo encontrar una explicación referente a lo que pudiera haber sido del asesino, o por qué razón éste no se había llevado su bicicleta, si en verdad era suya. No era posible que se hubiese ahogado en el foso, porque éste no tenía en parte alguna más de noventa centímetros de profundidad.

Allá, para sus adentros, él tenía formado un criterio muy concreto del asesinato. Douglas era hombre reservado, y jamás habló una palabra acerca de algunos capítulos de su vida. Siendo muy joven, emigró desde Irlanda a Norteamérica. Se había enriquecido, y Barker lo conoció en California, donde fueron socios en la próspera explotación de una mina de su propiedad en un lugar llamado Benito Canyon. Les fue muy bien, pero súbitamente vendió Douglas su parte y se puso en camino para Inglaterra. En aquel entonces era viudo. Más adelante, Barker convirtió en dinero sus propiedades y vino a vivir a Londres. Así fue como reanudaron su amistad. Douglas le había producido la impresión de que estaba amenazado por algún peligro, y siempre consideró que aquélla su marcha súbita de California, lo mismo que el hecho de haber alquilado una casa en lugar tan tranquilo como aquél, en Inglaterra, eran actos que se hallaban relacionados con aquella amenaza que sobre él pendía. Barker pensó que a Douglas le seguía la pista alguna sociedad secreta, alguna organización implacable que no descansaría hasta matarlo. Le habían dado base para esa idea algunos comentarios hechos por Douglas, aunque nunca le dijo de qué sociedad se trataba ni cuál era la falta que él había cometido en contra de ella. Lo único que podía suponer era que la divisa inscrita en la tarjeta de cartón constituía una referencia a esa sociedad secreta.

—¿Cuánto tiempo vivió usted con Douglas en California? —preguntó el inspector McDonald.

—Cinco años en total.

—¿Y dice usted que era soltero?

—Viudo.

—¿Oyó usted decir cuál era la procedencia de su primera esposa?

—No; recuerdo haberle oído que había nacido en Suecia, y también he tenido ocasión de ver su retrato. Era una mujer hermosísima, y falleció de tifoideas un año antes que yo conociese a Douglas.

—¿No liga usted a éste con alguna región especial de Norteamérica?

—Le he oído hablar de Chicago, ciudad que él conocía bien y en la que había trabajado. También le he oído hablar de las zonas mineras del carbón y del hierro. En sus buenos tiempos había viajado mucho.

—¿Se dedicaba a la política? ¿Perteneía a alguna sociedad secreta que actuaba

en política?

No; a Douglas no le interesaban en modo alguno las cuestiones políticas.

—¿Y no tiene usted razones para creer que esa sociedad estuviese lo imada por criminales?

Todo lo contrario; en mi vida he conocido a un hombre de conducta más recta.

—¿Observó usted algún detalle curioso en la vida que llevaba en California?

—Donde él se encontraba más a gusto era trabajando en nuestra mina de las montañas. Nunca se mezclaba con otros hombres, si podía evitarlo. Ésa fue la razón que me hizo pensar que alguien le perseguía. Más adelante, al marcharse de manera tan repentina a Europa, adquirí al certeza de que mi suposición era cierta. Creo que debió de recibir alguna advertencia. Aún no había transcurrido una semana de su partida, cuando se presentaron preguntando por él una docena de individuos.

—¿Qué clase de individuos eran?

—La verdad es que parecían gente muy del bronce. Se presentaron en la mina misma y quisieron saber dónde se encontraba Douglas. Les contesté que se había marchado a Europa y que yo no sabía su paradero. No traían, desde luego, ninguna buena intención para Douglas, eso saltaba a la vista.

—Y esos individuos, ¿eran norteamericanos..., californianos...?

—Mire usted: si eran o no californianos, yo lo ignoro. Norteamericanos sí que lo eran, aunque no mineros. Yo no supe sus nombres, y me alegré mucho cuando les vi volver las espaldas.

—¿Y eso ocurrió hará seis años?

—Más bien cerca de siete.

—¿Y dice usted que permanecieron juntos en California cinco años, de lo que se deduce que esta persecución data ya por lo menos de once años?

—Así es.

—Pues tiene por fuerza que ser un agravio de mucha trascendencia para que mantengan durante tan largo tiempo y de una manera tan viva el ansia de venganza. No fue cosa de poco más o menos la que dio origen a semejante enemistad.

—Yo creo que ha ensombrecido la vida toda de Douglas. Ni por un momento dejó nunca de pensar en ello.

—Pero ¿no cree usted que un hombre al que amenaza constantemente un peligro, sabiéndolo él, pediría protección a la Policía?

—Quizá se trataba de algún peligro contra el que no podía existir protección. Es preciso que ustedes sepan una cosa. Douglas andaba siempre armado. Jamás faltaba en su bolsillo el revólver. Pero, por una mala suerte, salió la noche pasada en batín y dejó el arma en su dormitorio. Me parece que él se consideraba a salvo una vez alzado el puente levadizo.

—Me gustaría concretar un poco más la cuestión de fechas —dijo McDonald—. Hace más de seis años que Douglas abandonó California. Usted le siguió al año siguiente, ¿no es así?

—Así es.

—Y él se casó hace cinco. Por consiguiente, usted regresó, más o menos, en la época de su boda.

—Cosa de un mes antes. Fui su padrino.

—¿Conocía usted a *mistress* Douglas antes de su matrimonio?

—No, no la conocía. Había estado ausente de Inglaterra diez años.

—Pero, con posterioridad a su boda, la ha tratado usted mucho, ¿verdad?

Barker miró con severidad al detective oficial.

—Con posterioridad a su boda lo he tratado mucho a él —contestó—. Si la he tratado a ella, es porque no hay posibilidad de visitar a un hombre en su casa sin relacionarse también con la mujer. Si usted se imagina que existe alguna relación...

—Yo no me imagino nada, míster Barker. Estoy en la obligación de hacer todas las averiguaciones que pueden tener relación con el caso. Pero sin intención alguna de ofender.

—Hay preguntas que son ofensivas —contestó Barker, irritado.

—Lo único que a nosotros nos interesan son los hechos. En interés de usted y en interés de todos los demás conviene ponerlos en claro. ¿Veía Douglas con buenos ojos la amistad de usted con su señora?

Barker empalideció aún más, y sus fuertes manazas se cerraron juntas convulsivamente al exclamar.

—No tiene usted derecho para hacer tales precintas. ¿Qué tiene eso que ver con el asunto que ustedes están investigando?

—Es preciso que yo repita la pregunta.

—Pues bien: me niego a contestar.

—Usted puede negarse a contestar, pero tenga en cuenta que su negativa constituye por sí misma una contestación, porque usted no se negaría si no tuviese algo que ocultar.

Barker permaneció un momento callado, con el rostro huraño contraído y sus tupidas cejas negras arqueadas hacia abajo por efecto de la intensidad de sus emociones. De pronto alzó la vista, sonriendo.

—Bueno, caballeros, me parece que ustedes se limitan, después de todo, a cumplir con lo que es una evidente obligación suya y que yo no tengo derecho a obstaculizar. Lo único que querría pedirles es que no molesten a *mistress* Douglas en este asunto, porque es ya bastante la carga que pesa sobre ella en este momento. Puedo decirles que el pobre Douglas sólo tenía una falta, y que ésa eran sus celos. A mí me quería mucho; no ha habido ningún amigo que quisiese más a otro amigo. También apreciaba abnegadamente a su esposa. Le gustaba que yo viniese a esta casa, y no dejaba de pedírmelo. Sin embargo, cuando nos veía a su esposa y a mí hablando juntos o descubría entre nosotros alguna simpatía, acometía algo así como una oleada de celos, perdía el control y largaba instantáneamente las frases más desaforadas. En más de una ocasión juré por ese motivo no volver por aquí, pero él

entonces me escribía muy arrepentido cartas en las que me suplicaba que viniese. Pero pueden creerme, caballeros, y se lo digo como si se tratase de mis últimas palabras, que no hubo jamás hombre que haya tenido una mujer más enamorada y fiel, y también que ningún amigo ha podido ser más leal que yo.

Dijo todo aquello con verdadero fervor y emoción, pero el inspector McDonald no se resignó a dejar el tema, y dijo:

—¿Sabe usted que al cadáver le ha sido quitado del dedo su anillo de compromiso matrimonial?

—Así parece —dijo Barker.

—¿Qué quieren decir esas palabras de «así parece»? A usted le consta que es así.

—Al decir «así parece», entendí que cabía también dentro de lo posible que se lo hubiese quitado él mismo.

—El simple hecho de que faltase el anillo, fuese quien fuese el que se lo llevó, ¿no sugeriría a cualquiera la idea de que existía cierta relación entre el casamiento y la tragedia?

Barker encogió sus anchos hombros y contestó:

—Yo no estoy en condiciones de decir qué es lo que sugiere. Pero si usted se propone dejar entrever que ese hecho pudiera afectar de un modo u otro al honor de esta señora...

Los ojos de Barker relampaguearon un instante, y luego, haciendo un esfuerzo evidente para dominar sus emociones, prosiguió:

—Le digo, si es así, que usted sigue un camino equivocado. Nada más.

—No se me ocurre preguntarle otra cosa por el momento —le dijo con frialdad McDonald.

—Un pequeño detalle nada más —dijo Sherlock Holmes—. Cuando usted entró en el despacho sólo había encendida encima de la mesa una vela, ¿verdad?

—Así es.

—Y a la luz de esa vela vio usted el terrible suceso, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Y tocó usted la campana inmediatamente, pidiendo socorro?

—Sí.

—¿Y le llegó rápidamente?

—En cosa de un minuto.

—Y cuando llegaron los demás se encontraron la vela apagada y la lámpara encendida. Es algo extraordinario.

Nuevamente se observaron en Barker algunos indicios de perplejidad, contestando después de una pausa:

—Yo no veo en ello nada de extraordinario, míster Holmes. La vela proyectaba una luz muy débil, y mi primer pensamiento fue conseguir una mejor. La lámpara estaba encima de la mesa y la encendí.

—Apagando la vela.

—Exactamente.

Holmes no hizo más preguntas, y Barker, después de mirarnos fijamente, a uno después de otro, como con expresión de desafío (tal me pareció a mí), dio media vuelta y salió de la habitación.

El inspector McDonald había enviado al piso superior una nota escrita anunciando que visitaría a *mistress* Douglas en su cuarto, pero ella le contestó que hablaría con nosotros en el comedor. Entró. Era una mujer alta y bella, de treinta años, reservada y segura de sí misma y muy diferente de la figura trágica y afligida que yo me había imaginado. Es cierto que su rostro estaba pálido y cansado, como el de una persona que ha sido víctima de una gran desgracia, pero sus maneras eran serenas, y la mano, finamente modelada, que descansaba en el borde de la mesa, estaba tan tranquila como la mía. Sus ojos, tristes y suplicantes, iban de uno a otro de nosotros con expresión curiosamente inquisitiva. Esa mirada interrogadora se transformó de pronto en palabras tajantes.

—¿Han descubierto ya ustedes algo?



—¿Fue mi imaginación la que creyó descubrir en la pregunta un subtono de temor más bien que de esperanza?

—Hemos dado todos los pasos posibles, *mistress* Douglas —dijo el inspector—. Puede tener usted la seguridad de que nada se descuidará.

—Gasten todo lo que haya que gastar —dijo ella con voz apagada y monótona—. Deseo que se lleven a cabo todos los

esfuerzos imaginables.

—Quizá pueda usted decirnos algo que sirva para arrojar luz sobre el problema.

—Me temo que no; pero lo que yo sé a su disposición está.

—Míster Cecil Barker nos ha dicho que usted no tuvo ocasión de ver..., en otros términos: que usted no entró en el cuarto donde ocurrió la tragedia.

—No; me hizo retroceder escalera arriba, suplicándome que regresase a mi habitación.

—Eso mismo. Usted había oído la detonación y había bajado en seguida.

—Me eché encima la bata y bajé.

—¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que sonó el disparo hasta que míster Barker le cortó el paso en la escalera?

—Quizá un par de minutos. Resulta difícil en momentos así calcular el tiempo. Él me suplicó que no siguiese adelante, asegurándome que de nada serviría yo allí. Luego *mistress* Allen, el ama de llaves, me condujo al piso superior. Todo ello fue como una pesadilla espantosa.

—¿Puede usted darnos una idea aproximada del tiempo que llevaba su marido en

el piso bajo cuando sonó el disparo?

—No, no podría decirlo. Él salió desde su cuarto de vestir y no le sentí marcharse. Todas las noches giraba una ronda a la casa, porque tenía miedo a los incendios. Es lo único, que yo sepa, que le producía nerviosismo.

—Ése es precisamente el punto al que quiero ir a parar, *mistress* Douglas. Usted conoció a su esposo en Inglaterra, y no fuera de Inglaterra, ¿verdad?

—Así es. Llevamos cinco años casados.

—¿Le oyó usted hablar alguna vez de algo que le ocurrió en Norteamérica y que suponía para él una amenaza?

Mistress Douglas meditó profundamente antes de contestar, y dijo por último:

—Sí, yo he estado siempre bajo la sensación de que le amenazaba un peligro. Él se negó siempre a hablar de ese asunto conmigo. No lo hacía porque le faltara confianza en mí (existía entre nosotros un amor y confianza completos), sino porque deseaba librarme de toda inquietud. Pensaba que, al saberlo todo, estaría siempre pensando en lo mismo, y por esa razón permaneció callado.

—¿Y cómo lo supo usted entonces?

El rostro de *mistress* Douglas se iluminó con rápida sonrisa.

—¿Puede un hombre ir cargado toda su vida con un secreto sin que la mujer que le ama no tenga sospecha alguna? Lo supe de muchas maneras. Lo supe por su negativa a hablar de ciertos episodios de su vida en Norteamérica. Lo supe por las precauciones que tomaba. Lo supe por ciertas frases que se le escaparon. Lo supe por la manera como él examinaba a la gente desconocida que se presentaba inesperadamente. Yo tenía la certeza de que mi esposo contaba con poderosos enemigos y que él creía que habían descubierto su pista. Tan grande era mi certeza que, desde hace años, me aterrorizaba el simple hecho de que él regresase a casa a una hora más tardía de la que yo le esperaba.

—¿Querría usted decirme cuáles fueron esas frases que despertaron la atención de usted? —preguntó Holmes.

—«El valle del Terror» —contestó la señora—. Ésa solía ser la frase que empleaba al hacerle yo alguna pregunta a ese respecto. «Yo he vivido en el valle del Terror... y todavía no he salido de él». «¿No vamos a salir nunca del valle del Terror?», le preguntaba yo cuando lo veía más serio que de costumbre. «A veces pienso que no saldremos nunca», me contestaba.

—¿Y no le preguntó usted qué quería decir con lo del valle del Terror?

—Se lo pregunté; pero entonces se ponía muy serio y movía negativamente la cabeza, contestando: «Ya es bastante que uno de nosotros dos haya vivido a su sombra. Quiera Dios que ésta no caiga nunca sobre ti». Con seguridad que se trataba de un valle real y verdadero en el que él había vivido y en el que le había ocurrido algo espantoso (de eso estoy segura), pero de nada más estoy enterada.

—¿Y nunca le oyó usted pronunciar algunos nombres?

—Sí; hará tres años sufrió un accidente de caza y estuvo delirando de fiebre. Y

recuerdo que en esa ocasión no se le caía de la boca un nombre. Lo pronunciaba con ira y con una especie de terror: McGinty; ése era el nombre. McGinty, el gran maestro. Cuando sanó, yo le pregunté quién era McGinty, el gran maestro, y a quién enseñaba. Se echó a reír y nada me dijo. Pero existe, sin duda, una relación entre McGinty, el gran maestro, y el valle del Terror.

—Otro punto más —dijo el inspector McDonald—. Usted y míster Douglas se conocieron en una casa de pensión de Londres, y allí se comprometieron a casarse. ¿Hubo en su noviazgo algún detalle novelesco, algo que se llevase con secreto y con misterio?

—Algo de novelesco sí que tuvo nuestro noviazgo. En todos los noviazgos lo hay. Pero nada se llevó con misterio.

—¿No tuvo algún rival?

—No; yo era completamente libre.

—Sabrá usted ya, sin duda alguna, que le han quitado el anillo de boda. ¿No le hace pensar esto en nada? Demos por supuesto que algún enemigo que tuvo en tiempos anteriores le siguió la pista hasta aquí y cometió el crimen. ¿Qué razón pudo tener para quitarle el anillo de boda?

Yo habría jurado que en los labios de aquella mujer y durante un instante aleteó la sombra de una sonrisa.

—No se me ocurre —contestó—. Desde luego, es la cosa más extraordinaria.

—Bien; no queremos detenerla más tiempo y lamentamos haberle causado esta molestia en tales momentos —dijo el inspector—. Todavía quedan otros puntos, pero podremos írselos consultando a medida que se presenten.

La señora se puso en pie, y de nuevo experimenté la sensación de que nos miraba, como acababa de hacerlo antes, con mirada vivaz e interrogadora, que parecía querer decir: «¿Qué impresión les han producido a ustedes mis declaraciones?». No lo dijo con palabras, pero era igual. Acto continuo y después de saludarnos con una inclinación, salió del cuarto.

—Hermosa mujer, hermosísima mujer —dijo McDonald, pensativo, después que se hubo cerrado la puerta a espaldas de ella—. No cabe duda de que este individuo, Barker, ha frecuentado mucho esta casa. Es un hombre que pudiera ejercer atracción para con una mujer. Reconoce que el muerto era hombre celoso, y quizá conocía él mejor en qué motivos se fundaban sus celos. Tenemos luego el detalle ése del anillo de boda. No es posible pasarlo por alto. El hombre que arranca un anillo de boda a un muerto... ¿Qué me dice usted de eso, Holmes?

Mi amigo había permanecido sentado con la cabeza apoyada en las manos, sumido en las más profundas meditaciones. Al llegar a este punto se levantó y tocó la campanilla.

—Ames —dijo cuando entró el despensero—, ¿dónde se encuentra míster Cecil Barker en este momento?

—Voy a verlo, señor.

Regresó pocos momentos después para decimos que Barker se encontraba en el jardín.

—Dígame, Arnés: ¿recuerda usted cómo iba calzado míster Barker anoche, cuando usted entró con él en el despacho?

—Sí, míster Holmes. Iba calzado con zapatillas de dormitorio. Cuando salió para dar aviso a la Policía, yo le traje sus botas.

—¿Dónde están ahora esas zapatillas?

—Están aún en el vestíbulo, debajo de la silla.

—Muy bien, Ames. Ya comprenderá usted que tiene mucha importancia para nosotros poder distinguir cuáles son las huellas que dejó míster Barker y cuáles son las del hombre que vino de fuera.

—Lo comprendo señor. Puedo decirle que yo me he fijado en que las zapatillas estaban manchadas de sangre, como también lo estaban las mías.

—Es bastante natural, si se tiene en cuenta el estado en que se encontraba la habitación. Muy bien, Ames. Le llamaremos si lo necesitamos.

Pocos minutos después nos encontrábamos dentro del despacho. Holmes se había traído del vestíbulo las zapatillas de paño. Las suelas de ambas estaban negras de sangre, según había hecho notar Ames.



—¡Es extraño! —murmuró Holmes, de pie, a la luz de la ventana y examinando con gran minuciosidad las zapatillas—. ¡Es muy extraño!

De pronto, inclinándose con uno de aquellos sus movimientos rápidos y felinos, colocó la zapatilla encima de la huella de sangre que había en el marco de la ventana. Una y otra se correspondían con toda exactitud. Holmes sonrió en silencio a sus colegas.

El inspector se sintió transfigurado por la excitación. Su pronunciación escocesa sonaba igual que un bastón en una reja.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡No cabe la menor duda! Es Barker quien marcó la huella en la ventana. Aquélla es mucho más ancha que la de

cualquier zapato. Recuerdo que usted dijo que parecía la huella de un pie plano. Aquí tenemos la explicación. Pero, míster Holmes, ¿qué juego se trae? ¿Qué juego se trae?

—Justamente, ¿qué juego se trae? —repitió mi amigo meditando.

White Mason gorgoriteó de risa, se frotó una con otra sus manos gordinflonas, presa de satisfacción, y exclamó:

—¡Les dije que sería sonado! ¡Les dije que este caso sería sonado de veras!

Capítulo VI

Comienza a hacerse la luz

Los tres detectives tenían que entrar en averiguaciones sobre múltiples detalles, y yo regresé por esa razón solo a las modestas habitaciones que ocupábamos en el mesón de la aldea; pero antes salí a dar un paseo por el curioso y anticuado jardín que flanqueaba la casa. Hileras de antiquísimos tejos, podados formando raros dibujos, lo ceñían todo alrededor. En el interior había una magnífica pradera en cuyo centro se alzaba un antiguo reloj de sol, produciendo el conjunto una sensación de calma y sosiego que fue bien recibida por mis nervios algo desquiciados. Envuelto en aquella atmósfera hondamente apacible, podía uno olvidar o recordar solamente como una fantástica pesadilla aquel despacho triste y la figura manchada de sangre, con los miembros extendidos, que había en el suelo. Sin embargo, mientras yo paseaba tratando de impregnar mi alma con su delicado aroma, ocurrió un extraño incidente que hizo retroceder mi pensamiento a la tragedia, dejando en mi alma una impresión siniestra.

He dicho ya que el jardín se hallaba todo él rodeado de un adorno de tejos. Éstos se espesaban hasta convertirse en un seto continuo en la extremidad más alejada de la casa. Al otro lado de este seto, oculto a los ojos de quienes viniesen desde la casa, había un banco de piedra. Al acercarme yo a aquel lugar oí voces, la voz profunda de un hombre que pronunciaba algunas frases, y un pequeño tintineo de risa femenina que le contestaba. Un instante después, al doblar el extremo del seto, mis ojos se posaron en *mistress* Douglas y en Barker antes que ellos advirtiesen mi presencia. El cuadro que ofrecían me produjo una sorpresa desagradable. Aquella mujer había estado en el comedor discreta y recatada. Pero en este momento había dejado a un lado toda simulación de dolor. Sus ojos brillaban con la alegría de vivir, y su cara se estremecía aún, divertida por algún comentario hecho por su compañero. Éste se hallaba con el busto echado hacia adelante, las manos entrelazadas y los antebrazos descansando en las rodillas; y en su rostro, hermoso y audaz, una sonrisa a tono con la de *mistress* Douglas. Repentinamente (pero un instante, tan sólo un instante, demasiado tarde), al ponerme yo a su vista, volvieron a revestirse de sus máscaras de solemnidad. Cruzaron entre ellos un par de frases apresuradas, se puso Barker en pie y vino hacía mí.

—Perdone, señor —me dijo—. Es el doctor Watson con quien estoy hablando, ¿verdad?

Contesté con una fría inclinación, que yo creo daba a entender muy claramente la impresión que me había producido.

—Nos pareció que sería así, por lo muy conocida que es la amistad que le une a míster Sherlock Holmes. ¿Tendría usted inconveniente en acercarse a conversar unos momentos con *mistress* Douglas?

Seguí tras él con cara avinagrada. Estaba viendo con toda claridad de mi imaginación aquella figura destrozada y caída en el suelo. Y aquí, pocas horas después de la tragedia, estaban su esposa y su amigo más íntimo riéndose juntos detrás de un arbusto del jardín que había sido el suyo. Saludé a la señora con reserva. Yo me había dejado impresionar en el comedor por su dolor, y ahora respondí a su mirada suplicante con una mirada fría.

—¿Verdad que usted me juzga una mujer dura de corazón e insensible? —me preguntó.

Yo me encogí de hombros, y le contesté:

—Eso no es asunto mío.

—Quizá llegue un día en que me haga justicia. Si usted pudiera darse cuenta...

—No hace ninguna falta que el doctor Watson se dé cuenta —intervino rápidamente Barker—. Tal como él mismo ha dicho, este asunto no puede ser de su incumbencia.

—Exactamente, y por eso les pido a ustedes permiso para continuar mi paseo —les dije.

—Un momento, doctor Watson —exclamó la mujer con voz suplicante—. Hay una pregunta a la que usted podría contestar con mayor autoridad que nadie en este mundo, y su contestación supondría muchísimo para mí. Usted conoce a míster Holmes y sabe también mejor que nadie la clase de relaciones que tiene con la Policía. Suponiendo que se le confiase un secreto privadamente, ¿tendría él precisión absoluta de comunicárselo a los detectives oficiales?

—Sí, de eso precisamente se trata —dijo Barker con gran ansiedad—. ¿Trabaja él por cuenta propia o lo hace en completa colaboración con ellos?

—No me creo autorizado a discutir un asunto de tal índole.

—Yo le suplico. Doctor Watson, yo le imploro que lo haga, porque nos ayudaría usted, nos ayudaría muchísimo, sirviéndonos de guía en ese asunto.

Había tal acento de sinceridad en la voz de aquella mujer que me olvidé por el momento de su liviandad y me sentí inclinado a favorecerla.

—Míster Holmes es un detective independiente —le contesté—. Obra por su propia cuenta y sólo se deja llevar de su propio criterio. Pero, al mismo tiempo, es natural que se sienta ligado por lazos de lealtad a los funcionarios que trabajan en el mismo caso y que no les oculte nada que pueda ayudarlos a llevar a un criminal ante la Justicia. Nada más puedo decir, y si ustedes desean informes más completos, lo consultaré con míster Holmes.

Diciendo esto, alcé mi sombrero y seguí mi camino, dejándolos sentados todavía



detrás de aquel seto encubridor. Al doblar el extremo más alejado del mismo miré atrás, y vi que seguían discutiendo animadamente. Como lo hacían siguiéndome a mí con la mirada, era evidente que hablaban del diálogo que acabábamos de mantener. Cuando relaté a Holmes lo que acaba de ocurrir, me contestó:

—No deseo que me hagan ninguna confidencia. Nada de confidencias, Watson, porque resultan sumamente embarazosas, cuando hay que proceder a llevar a cabo una detención por confabulación y asesinato.

Holmes había pasado toda la tarde en la casa solariega con sus dos colegas, y regresó a eso de las cinco al mesón, con un apetito voraz, para tomar un té muy fuerte que yo le había

encargado.

—¿Cree usted que el asunto acabará de ese modo? —le pregunté.

Holmes se hallaba del más alegre y *débonnaire* buen humor.

—Querido Watson, cuando haya acabado con este cuarto huevo, estaré en condiciones de ponerle al corriente de toda la situación. No afirmo que hayamos llegado en ella hasta el fondo (ni mucho menos); pero desde el momento en que descubramos el paradero de la pesa de gimnasia que falta...

—¡La pesa de gimnasia!

—¡Por vida mía, Watson! ¿Es posible que usted no haya calado en el hecho de que todo el caso depende de la pesa de gimnasia desaparecida? Bueno, bueno, no existe razón para que usted sienta abatimiento, porque, entre nosotros, le diré que ni el inspector Mac ni el excelente policía local se han percatado de la abrumadora importancia de ese detalle. ¡Una sola pesa de gimnasia, Watson! ¿Se imagina usted a un atleta ejercitándose con una sola pesa? Sería desarrollar los músculos unilateralmente; se correría el riesgo de un encorvamiento de la espina dorsal. ¡Un espanto, Watson, un espanto!

Holmes, con la boca llena de pan tostado y un centelleo de malicia en la mirada, contemplaba la maraña intelectual en que yo me debatía. La exhibición de su magnífico apetito venía a ser como una seguridad de éxito, porque yo recordaba los días y las noches pasadas sin acordarse siquiera de comer, mientras su inteligencia desorientada se encarnizaba en el problema que tenía delante, y los rasgos de su cara enjuta y ávida se adelgazaban aún más por efecto del ascetismo de una contemplación mental absoluta. Encendió, por último, su pipa y, sentado junto al fuego de la chimenea del viejo mesón de la aldea, habló con lentitud y espontaneidad acerca de su caso, expresándose más bien como persona que está pensando en voz alta, como

quien hace una exposición meditada.

—Watson, en el umbral mismo tropezamos con una mentira, con una mentira de muchísimo bulto, rotunda, impertinente y terminante. Y esa mentira constituye nuestro punto de arranque. Todo el relato que nos ha hecho Barker es mentira. Y *mistress* Douglas llega y corrobora ese relato. Por tanto, también ella miente. Ambos mienten y están confabulados. Con ella se nos presenta el problema con absoluta claridad: ¿por qué mienten, y cuál es la verdad que ellos tratan de ocultar? Veamos, Watson, si entre usted y yo logramos pasar al otro lado de esa mentira, reconstruyendo la verdad... ¿Cómo sé que mienten? Porque han fabricado una historia torpe que constituye una imposibilidad pura y simple. Fíjese. De acuerdo con lo que ellos nos cuentan, el asesino, después de cometido el crimen, sólo dispuso de un minuto de tiempo para quitar el anillo al muerto (un anillo que estaba debajo de otro), para volver a colocar éste en su sitio y para dejar junto al muerto aquella curiosa tarjeta. Le digo yo que esto es evidentemente imposible. Quizá usted me replique (aunque yo siento demasiado respeto hacia su buen criterio para creer semejante cosa) que es posible que le quitase el anillo antes de matarlo. El hecho de que la vela había ardido únicamente durante muy poco tiempo demuestra que no hubo una entrevista larga. ¿Era Douglas, de cuya intrepidez hemos oído hablar, hombre como para entregar ante conminación tan rápida su anillo de boda, o podemos ni siquiera concebir que lo entregase? No puede ser, Watson, no puede ser; el asesino permaneció a solas con el muerto un rato, y en ese tiempo estuvo encendida la lámpara. No me cabe la menor duda de ello. Ahora bien: el disparo de escopeta ocasionó, según toda apariencia, la muerte. Consecuencia: el disparo fue hecho algún tiempo antes de lo que se nos dice, y sobre este punto no caben equivocaciones. Nos hallamos, pues, en presencia de una confabulación deliberada de las dos personas que oyeron el disparo, a saben Barker y *mistress* Douglas. Si encima de eso puedo yo demostrar que la huella de sangre que había encima del marco de la ventana fue marcada allí por Barker de una manera deliberada, con el propósito de dar a la Policía una clave falsa, tendrá usted que confesar que las cosas se van presentando cada vez más amenazadoras contra él... Lo que después de eso tenemos que preguntarnos es a qué hora ocurrió verdaderamente el hecho. Hasta las diez y media, la servidumbre iba y venía por la casa: podemos pues dar por seguro que no fue antes de esa hora. A las once menos cuarto se encontraban ya todos en sus habitaciones, con excepción de Ames, que estaba dentro de la despensa. Después que usted se apartó esta tarde de nosotros, he realizado varias experiencias y he comprobado que ninguno de los ruidos que McDonald hizo pudo llegar hasta mis oídos hallándose las puertas cerradas. No ocurre eso, sin embargo, hallándome en el interior del dormitorio del ama de llaves. No se encuentra éste tan al fondo del pasillo y desde él podían distinguirse confusamente los gritos. Cuando una escopeta se dispara a bocajarro, la detonación se amortigua hasta cierto punto, y eso ocurrió, sin duda, en este caso. A pesar de que no fuese muy ruidosa, debió de llegar fácilmente,

en medió del silencio de la noche, hasta la habitación de *mistress* Allen. Esta mujer, según nos ha manifestado ella misma, es algo sorda, sin embargo, declara que oyó algo parecido a un portazo media hora antes que se diese la alarma. Media hora antes que se diese la alarma coincidiría con las once menos cuarto. A mí no me cabe duda de que lo que ella oyó fue el disparo de la escopeta, y que a esa hora fue cuando se cometió el asesinato. Siendo esto así, y partiendo del supuesto de que Barker y *mistress* Douglas no son los verdaderos asesinos, tendríamos que averiguar lo que estuvieron haciendo desde las once menos cuarto, hora en que la detonación del disparo los hizo acudir a la planta baja hasta las once y cuarto, hora en que tocaron la campana llamando a la servidumbre. ¿Qué estuvieron haciendo y por qué razón no dieron la alarma instantáneamente? Ésa es la cuestión con que nos enfrentamos, y cuando hayamos conseguido contestarla, habremos adelantado con seguridad algún trecho en el camino conducente a la solución de nuestro problema.

—También yo estoy convencido de que existe entre esas dos personas una confabulación. Esa mujer es sin duda, una persona sin corazón porque de otra manera no estaría ahí, riéndose de algún chiste, a las pocas horas de haber sido asesinado su marido.

—Exactamente. Ni aun siquiera en el relato que nos hizo de los hechos brilla como esposa. Yo no soy un admirador incondicional de las mujeres como usted lo sabe bien, Watson; pero mi experiencia de la vida me ha demostrado que entre las mujeres que sienten alguna consideración por sus maridos son muy pocas las que admitirían que entre ellas y el cadáver de su esposo se interpusiese a conversación de ningún hombre. Si algún día contraigo matrimonio, Watson, confío despertar en mi mujer sentimientos que le impidan que, teniendo mi cadáver caído en el suelo a pocos metros de distancia de ella, se deje llevar de aquel sitio por un ama de llaves. Lo han puesto muy mal en escena. Hasta el más torpe de los investigadores se sorprendería ante la ausencia de los habituales gritos de dolor, propios de las mujeres. Aunque no hubiese habido nada más, me habría sido suficiente este detalle para hacerme pensar en una confabulación previamente amañada.

—De modo que usted cree definitivamente que Barker y *mistress* Douglas son culpables del asesinato.



—Watson, usted sienta afirmaciones asombrosamente tajantes —contestó Holmes, amenazándome con su pipa—. Me las dispara usted lo mismo que balas. Si usted se hubiese limitado a decir que *mistress* Douglas y Barker conocen la verdad acerca del asesinato y que se confabularon para ocultarla, entonces yo podría darle una contestación terminante. Estoy seguro de que es así. Pero esa otra mortal sugerencia de usted, ya no la veo tan clara. Sopesemos por un instante las dificultades que se oponen a ella... Partiremos del supuesto de que esta pareja se halla unida por los lazos de un amor pecaminoso y que decidieron desembarazarse del hombre que se interponía entre ellos. Se trata de una suposición de mucho bulto, y que, no obstante una discreta investigación realizada entre la servidumbre, no se ha logrado comprobar. Todo lo contrario, existen muchas pruebas de que los esposos Douglas sentían gran afecto el uno por el otro.

—Estoy seguro de que eso no puede ser verdad —exclamé yo, recordando el rostro bello y sonriente que había visto en el jardín.

—Bien pero por lo menos producían esa impresión. Sin embargo, demos por supuesto que se trata de una pareja extraordinariamente astuta que consigue engañar a todos sobre ese punto y que se confabula para asesinar al marido. Da la casualidad de que éste es un hombre que se encuentra amenazado por algún peligro...

—Sobre ese extremo sólo sabemos lo que ellos han contado.

Holmes parecía meditar.

—Veo adónde va, Watson. Usted quiere esbozar una teoría según la cual es falso todo cuanto esta pareja nos ha dicho desde el primer momento. Según la opinión de usted, no existió jamás ninguna amenaza oculta ni ninguna sociedad secreta; tampoco existieron el valle del Terror, ni el mandamás Mac-yo-no-sé-cuántos, ni nada por el estilo. Pues bien: eso es generalizar de una manera absoluta y terminante. Veamos

adónde nos conduce. La pareja inventa esa teoría para explicar el crimen. Y luego, siguiendo ese plan, esconden la bicicleta en el parque para demostrar así la existencia de una persona venida del exterior. La huella de sangre en el marco de la ventana apunta hacia esa misma idea. También concurre a ella la tarjeta encontrada junto al cadáver que muy bien pudo ser preparada dentro de la casa. Todos estos detalles encajan bien dentro de su hipótesis, Watson. Pero luego llegamos a detalles feamente fundamentales y tajantes que no es posible colocar en su sitio correspondiente. ¿Para qué, entonces, esa escopeta de cañones aserrados (esa arma precisamente), que es además de procedencia norteamericana? ¿Cómo podían ellos tener la seguridad de que la detonación no iba a atraer a alguien al lugar del suceso? El hecho de que *mistress* Allen no haya salido de su cuarto para averiguar la causa del portazo que oyó, es una pura casualidad. Dígame, Watson: ¿Por qué razón hizo esas cosas la pareja que usted considera culpable?...

—Confieso que no puedo dar una explicación.

—Además, si una mujer y su amante se confabulan para asesinar al marido, ¿es posible que proclamen ostentosamente su culpabilidad, despojándole del anillo de boda, después de su muerte? ¿Le suena a usted todo esto como probable, Watson?

—No, no me suena.

—Item más: en el caso de ocurrírsele a usted ocultar en la parte exterior de la casa una bicicleta, ¿habría usted creído que con ello adelantaba algo? El más negado de los detectives se diría, como es natural, que eso no era sino una añagaza, ya que la bicicleta es lo primero que habría necesitado el fugitivo para escaparse.

—No se me ocurre otra explicación.

—Sin embargo, el ingenio humano debería ser capaz de concebir explicaciones para cualquier combinación de acontecimientos. Permítame que le apunte una línea posible de razonamiento, aunque sólo sea como ejercicio mental, sin afirmar en modo alguno que corresponda a la verdad. Lo reconozco, es pura imaginación; pero ¿cuántas veces la imaginación es la madre de la verdad?... Partiremos del supuesto de que en la vida de ese Douglas existía, efectivamente, un secreto delictivo, un secreto verdaderamente deshonroso. Esto nos lleva a suponer que fue asesinado por alguien que actuaba (siempre dentro de la suposición) como un vengador. Es decir, que fue asesinado por alguien del exterior de la casa. Ese vengador se apoderó del anillo de boda del muerto por alguna razón que yo no acierto todavía a explicarme, lo reconozco. La venganza pudiera lógicamente arrancar de la época del primer matrimonio de Douglas, y quitarle el anillo quizá obedeciese a alguna razón similar. Barker y la esposa de Douglas llegaron al despacho antes que el vengador pudiera escaparse. Entonces el asesino les convenció de que cualquier intento que hiciesen para hacerlo prender traería como consecuencia que se hiciese público algún escándalo vergonzoso. Ellos quedaron convencidos y optaron por dejarle escapar. Quizá con ese objeto bajaron el puente levadizo, cosa que puede realizarse sin ruido alguno, y después volvieron a levantarlo. El asesino escapó de ese modo, pero, por

una u otra razón, pensó que podía ponerse a salvo con mayor seguridad caminando a pie que haciéndolo en bicicleta, y por eso abandonó su máquina en un lugar donde no podría ser descubierta hasta que él estuviese ya lejos y a salvo. Todo esto cabe dentro de los límites de lo posible, ¿no es cierto?

—Sin duda alguna que eso es posible —contesté yo, no sin cierta reserva.

—Debemos tener presente, Watson, que todo lo ocurrido tiene sin duda alguna caracteres muy extraordinarios. Pues bien, y continuando nuestra suposición: la pareja (que no es forzosamente una pareja culpable) se da cuenta, cuando ya el asesino se ha marchado, de que están metidos en una situación en que quizá les resulte difícil demostrar que no fueron ellos mismos los autores del crimen o sus cómplices. Entonces hacen frente a la misma rápidamente y con bastante torpeza. Barker marca la huella de su zapatilla en la ventana, a fin de sugerir el camino que tomó el fugitivo. Es evidente que ambos oyeron la detonación de la escopeta, y por eso dieron la señal de alarma exactamente como habrían tenido que darla, pero lo hicieron media hora después del suceso.

—¿Y de qué manera piensa usted demostrar eso que dice?

—Pues verá: si hubiese habido una persona ajena a la casa, habría sido posible seguirle la pista y apresarla. Ésa sería la más eficaz de todas las pruebas. Pero aun en caso contrario, los recursos de la ciencia están muy lejos de haberse agotado. Opino que una noche de vela solitaria dentro del despacho podría servirme de gran ayuda.

—¡Una noche de velar a solas!

—Tengo propósito de marchar allí más tarde. Lo tengo ya dispuesto todo con el bueno de Ames, que no las tiene todas consigo a propósito de Barker. Permaneceré dentro de esa habitación, para ver si su ambiente me trae alguna inspiración. Yo soy uno de los que creen en el *genius loci* ¿Se sonríe usted, amigo Watson? Bien, allá veremos. A propósito: ¿se ha traído usted ese voluminoso paraguas suyo? ¿Se lo ha traído?

—Lo tengo aquí.

—Bueno, me gustaría que me lo prestase.

—Desde luego; pero es muy poca cosa como arma, en caso de peligro... — Querido Watson, no habrá ningún peligro grave, porque de haberlo, habría solicitado sin duda su ayuda. Pero me llevaré el paraguas. Ahora sólo espero que regresen nuestros colegas de Tunbridge Wells, donde se hallan actualmente buscando a un presunto dueño de la bicicleta.

Ya era oscurecido cuando el inspector McDonald y White Mason regresaron de su expedición. Venían jubilosos, comunicándonos que se había dado un gran paso en nuestras pesquisas.



—Pues verás: yo confieso que tenía mis dudas sobre la actuación de alguien ajeno a la casa —dijo McDonald—. Pero eso pasó ya. Hemos identificado la bicicleta, y poseemos los detalles característicos de nuestro hombre, de modo que hemos avanzado mucho en nuestro camino.

—Me suena como si estuviésemos en el principio del fin —dijo Holmes—. Los felicito a ambos de todo corazón.

—Mire. Yo partí del hecho de que míster Douglas parecía intranquilizado desde el día anterior, que fue cuando estuvo en Tunbridge Wells. Era, pues, en esta población donde tuvo conciencia de algún peligro. Por tanto, resultaba evidente que, si alguien había llegado a la casa en bicicleta, era de presumir que procedía de Tunbridge Wells. Nos llevamos la bicicleta y la exhibimos en los hoteles. La identificó inmediatamente el gerente del Eagle Commercial como perteneciente a un hombre llamado Hargrave que había tomado allí habitación dos días antes. La bicicleta y una maleta pequeña constituían todo su equipaje. Se inscribió como procedente de Londres, pero sin dar una dirección concreta. La maleta era de fabricación londinense y su contenido procedía de Inglaterra, aunque el propietario era, sin duda, norteamericano.

—Bueno, bueno —dijo Holmes jubilosamente—, no cabe duda de que ustedes han llevado a cabo una tarea sólida, mientras que yo me pasaba el tiempo teorizando aquí con mi amigo. Esto constituye una lección de sentido práctico, Mac.

—Sí, eso mismo, Holmes —dijo con satisfacción el inspector.

—Pero todo esto encaja bien dentro de sus teorías —le dije.

—Quizá sí o quizá no; pero oigamos el final, Mac. ¿No encontraron nada para identificar a ese hombre?

—Fue tan poco que se advertía a las claras que él se había prevenido contra la posibilidad de que lo identificasen. No encontramos documentos o cartas, y no había marca alguna en sus ropas. Sobre la mesa de su dormitorio estaba un mapa de la

región para recorridos en bicicleta. Abandonó el hotel ayer por la mañana después de desayunarse, montado en su bicicleta, y ya no volvieron a oír hablar de él hasta que llegamos nosotros a investigar.

—Ahí tiene usted, míster Holmes, lo que a mí me desconcierta —dijo White Mason—. Si el tal individuo no quería que se armase un alboroto sobre su persona, parece lógico que hubiese regresado y permanecido en el hotel como cualquier turista inofensivo. Procediendo como ha procedido, tiene que saber que el gerente del hotel dará parte a la Policía y que se relacionará su desaparición con el asesinato.

—Eso es lo que uno se imaginaría. Sin embargo, y hasta este momento, la realidad ha justificado sus previsiones, puesto que no ha sido apresado. Bien, ¿y esa descripción suya? Veamos.

McDonald consultó su libro de notas.

—Aquí tengo la que de él pudieron hacerme, aunque no parece que se hubiesen fijado con gran detención en su persona; sin embargo, el portero, el escribiente y la camarera de piso concuerdan en que estos datos lo retratan bastante bien. Tiene una estatura de un metro setenta y ocho; su edad anda alrededor de los cincuenta años; los cabellos son ligeramente entrecanos; el bigote, grisáceo; la nariz, encorvada, y el rostro, de una expresión que a esas personas les pareció feroz y repulsiva.

—Vaya —exclamó Holmes—; suprimiendo el detalle de la expresión de su cara, todos esos detalles pudieran aplicarse al mismo Douglas. Douglas ha cumplido apenas los cincuenta, tiene los cabellos grises, lo mismo que el bigote, y su estatura es más o menos idéntica. ¿Eso es todo lo que averiguaron?

—Vestía traje gris de grueso paño, con zamarra de marinero, y llevaba encima un gabán corto de color amarillo y una gorra blanca.

—¿Y qué hay de la escopeta?

—Ésta tiene menos de sesenta centímetros de largo, y cabía perfectamente dentro de la maleta. Pudo también llevarla sin dificultad en el interior del gabán.

—¿Y cómo creen ustedes que todos estos datos se reflejan sobre el caso en general?

—Bueno, Holmes —dijo McDonald—; cuando le hayamos echado el guante a nuestro hombre (y puede tener la seguridad de que, cinco minutos después de oír la descripción suya, la había telegrafiado a todas partes) estaremos en mejores condiciones para juzgar. Aun y con todo, hemos adelantado mucho, sin duda alguna. Sabemos que un norteamericano que se hacía llamar Hargrave llegó hace dos días, en bicicleta y con una maleta, a Tunbridge Wells. En la maleta había una escopeta de cañones aserrados, lo cual quiere decir que él traía el propósito deliberado de cometer el crimen. Ayer por la mañana vino a este lugar en bicicleta y trayendo su arma escondida dentro del gabán. Por lo que yo he averiguado, nadie lo vio llegar, pero no era preciso que cruzase la aldea para ir a dar en la puerta exterior del parque, y, además, son muchos los ciclistas que circulan por la carretera. Es de presumir que ocultase su bicicleta entre los arbusto de laurel inmediatamente de llegar, y quizá

estuvo acechando desde aquel escondite, con la mirada fija en la casa, y esperando que saliese míster Douglas. La escopeta es arma extraña para emplear en el interior de una casa, pero su propósito había sido el emplearla en el exterior, donde tiene muchas indudables ventajas: es posible errar el tiro con ella, y los disparos de escopeta son cosa tan corriente en cualquier zona deportiva de Inglaterra que nadie repara en ellos de una manera particular.

—Todo eso está clarísimo —comentó Holmes.

—Pero Douglas no se dejó ver. ¿Qué le quedaba por hacer a aquel hombre? Dejó su bicicleta y se acercó a la casa, en la media luz del crepúsculo. Se encontró con el puente bajo y sin nadie por aquellos alrededores. En vista de ello se arriesgó, llevando sin duda el propósito de excusarse de cualquier manera, si se encontraba con alguien. No ocurrió esto. Se metió furtivamente en la primera habitación que tuvo a la vista, se escondió detrás de una cortina. Desde su escondite pudo ver alzarse el puente levadizo, con lo cual no le quedaba otra vía de escape que el foso. Aguardó allí hasta las once y cuarto, momento en que apareció míster Douglas realizando su acostumbrada ronda de todas las noches. Hizo el disparo contra él y huyó, según tenía previsto. Se dio cuenta de que la servidumbre del hotel daría las características de la bicicleta, lo que constituiría una pista en contra suya; por eso la dejó en aquel lugar y se valió de algún otro medio para marchar a Londres o permanecer oculto en algún lugar previamente calculado. ¿Qué le parece esto, míster Holmes?

—Está muy bien, míster Mac, y por lo que se puede ver hasta ahora, es muy claro. Usted termina ahí la historia. Yo la termino diciendo que el crimen se cometió media hora antes de lo que se nos ha dicho; que *mistress* Douglas y el señor Barker están confabulados para ocultar algo; que ambos ayudaron a escapar al asesino (o, que, por lo menos, llegaron al despacho antes que el asesino escapase), y que fueron ellos quienes elaboraron las pruebas de que se había escapado por la ventana, siendo así que muy probablemente ellos mismos le dejaron escapar bajando el puente levadizo. Así es como yo veo la primera mitad.

Los dos detectives movieron pensativamente la cabeza, y el inspector de Londres dijo:

—Holmes, la verdad es que sólo conseguimos salir de un misterio para caer en otro.

—En otro que es en cierto sentido peor que el anterior —agregó White Mason—. Esa dama no estuvo jamás en Norteamérica. ¿Cómo es posible que esté relacionada con un asesino norteamericano hasta el punto de verse obligada a protegerlo?

—Admito libremente las dificultades —dijo Holmes—. Me propongo realizar esta noche una pequeña investigación por mi cuenta, y es muy posible que ella contribuya hasta cierto punto a la causa común.

—¿Podemos ayudarle, Holmes?

—¡De ninguna manera! Oscuridad y el paraguas del doctor Watson. Mis necesidades son sencillas. También Ames (el leal Ames) se hará el desentendido en

obsequio mío. Todas las líneas de mis razonamientos me hacen retroceder de manera invariable a una sola pregunta fundamental, a saber: ¿por qué un atleta se dedica a desarrollar su cuerpo valiéndose de un instrumento tan absurdo como es el de una sola pesa de gimnasia?



Holmes regresó aquella noche ya muy tarde de su excursión solitaria. Dormíamos él y yo en una habitación de dos camas, que constituía el mejor acomodo que pudo ofrecernos el pequeño mesón campesino. Yo estaba dormido y la entrada de Holmes me despertó a medias.

—¿Descubrió usted algo, Holmes? — murmuré.

Mi amigo estaba junto a mí en silencio, con su palmatoria en la mano. De pronto su figura alta y enjuta se inclinó, y me cuchicheo:

—Escuche, Watson. ¿No le asusta dormir en una misma habitación con un lunático, con un hombre cuyo cerebro blandeo, con un idiota cuya inteligencia ha perdido ya su fuerza?

—No me asusta, ni mucho menos —le contesté con asombro.

—¡Qué suerte! —dijo, y no volvió a pronunciar una palabra aquella noche.

Capítulo VII

La solución

A la mañana siguiente, después de almorzados, nos encontramos al inspector McDonald y a míster White Mason sentados en un pequeño recibidor del sargento de la Policía local, absortos en profunda consulta. Gran cantidad de cartas y de telegramas estaban amontonados encima de la mesa que tenían delante, y ellos los seleccionaban y clasificaban cuidadosamente. Tres de esos documentos habían sido apartados a un lado. Holmes les preguntó en tono alegre:

—Qué, ¿seguimos en la pista del escurridizo hombre de la bicicleta? ¿Cuál es la última noticia que tienen de ese bandido?

McDonald señaló con expresión lastimera el montón de correspondencia, diciendo:

—Nos informan que se encuentra actualmente en Liecester, Nottingham, Southampton, Derby, East Ham, Richmond y otras catorce poblaciones. En tres de ellas (East Ham, Leicester y Liverpool) existen acusaciones terminantes contra él, y ha procedido ya a su detención. Todo el país parece plagado de fugitivos de gabán amarillo.

—¡Por vida mía! —exclamó Holmes con expresión de simpatía—. Vamos a ver, Mac, y usted, míster White Mason: yo quiero darles muyen serio un consejo. Al entrar yo en el caso que traemos entre manos puse, como ustedes recordarán sin duda, una condición, a saber: que no les presentaría a ustedes teorías a medio demostrar y que me guardaría mis propias ideas, trabajando sobre ellas hasta que adquiriese la seguridad de que estaba en lo cierto. Por esta razón no puedo en este instante explicarles todo lo que pienso. Por otra parte, les dije que yo jugaría mis cartas a su lado con lealtad, y no creo que sea hacer juego limpio consentir que ustedes malgasten ni un solo momento sus energías en una tarea sin provecho. He venido, pues, esta mañana para aconsejarles, y el consejo que les doy puede resumirse en tres palabras: renuncien al caso.

McDonald y White Mason se quedaron mirando atónitos a su célebre colega. El inspector exclamó:

—¿Es que usted lo considera imposible de solucionar?

—Yo considero que el caso que ustedes persiguen no tiene solución. Pero no considero imposible llegar a conocer la verdad.

—Pero ¿y el ciclista? Este hombre no lo hemos inventado nosotros. Poseemos la

descripción de su persona, de su maleta, de su bicicleta. Ese individuo tiene que encontrarse en algún sitio. ¿Por qué no hemos de atraparlo?

—Sí, sí; ese hombre se halla, sin duda, en algún sitio, y lo atraparemos, con toda seguridad; pero yo no deseo que ustedes malgasten sus energías en East Ham o en Liverpool. Tengo la seguridad de que podemos llegar al final por camino más corto.

—Usted se calla algo que sabe, Holmes. Eso no es portarse bien.

El inspector estaba molesto.

—Mac, usted conoce ya mis métodos de trabajo. Sin embargo, me callaré lo que sé durante el más breve plazo posible. Deseo únicamente comprobar las particularidades que conozco, y puedo hacerlo en cierto modo con gran facilidad. Después de eso haré mi saludo final y regresaré a Londres, dejándoles a ustedes en posesión de todo lo que he conseguido. Les soy a ustedes deudor de demasiadas cosas para no actuar así, porque en todo el ejercicio de mi profesión no alcanzo a recordar ningún otro estudio más extraordinario e interesante.

—Holmes, esto que dice va mucho más allá de lo que yo alcanzo. La noche pasada hablamos con usted a nuestro regreso de Tunbridge Wells, y se mostró usted en términos generales de acuerdo con lo descubierto por nosotros. ¿Qué ha ocurrido de entonces acá para que tenga una idea completamente nueva del caso?

—Bueno, puesto que me lo pregunta, le diré que, según les anuncié a ustedes, he pasado esta noche algunas horas en la casa solariega.

—¿Y qué ha ocurrido?

—De momento, sólo puedo darles una respuesta muy poco concreta. A propósito, he tenido ocasión de leer una historia breve, pero clara e interesante, de ese antiguo edificio. La pueden adquirir por la modesta suma de un penique en la tabaquería del pueblo —al decir esto, Holmes sacó del bolsillo del chaleco un pequeño folleto, adornado con un tosco grabado representando la antigua casa solariega—. El afán con que uno acomete una investigación se agranda inmensamente, mi querido Mac, cuando uno acierta a colocarse en simpatía consciente con el ambiente histórico de que se está rodeado. No se impaciente tanto, porque yo le aseguro que incluso relatos tan secos como éste hacen surgir en la imaginación del que los lee alguna especie de evocación del pasado. Permítame que le ofrezca una muestra. «Construido el quinto año del reinado de James Primero, se alza en el mismo lugar que ocupó otro edificio mucho más antiguo. La casa solariega de Birlstone ofrece uno de los ejemplares más perfectos con que actualmente contamos de residencia jacobea, rodeado por un foso...».

—Holmes, usted se está burlando de nosotros.

—¡Vamos, Mac! Éste es el primer golpe de mal genio que he descubierto en usted. Bien, pues; no les leeré el folleto textualmente, ya que tan mal le parece. Pero si yo le digo que en él se relata de qué manera se apoderó de ese lugar, el año mil seiscientos cuarenta y cuatro, un coronel de los Parlamentarios; de cómo el rey Carlos permaneció oculto durante varios días en el transcurso de la guerra civil, y, por

último, de la visita que hizo a la casa el segundo de los Jorges, reconocerán ustedes que este edificio despierta varios recuerdos interesantes.

—No lo dudo, Holmes; pero ése no es asunto nuestro.

—¿Cómo que no? ¿Cómo que no? Querido Mac, una de las cualidades esenciales de nuestra profesión es la amplitud de ideas. El juego mutuo de las ideas y el razonamiento que une distintos puntos por líneas oblicuas son, con frecuencia, de extraordinaria utilidad. Usted sabrá perdonar estas observaciones a una persona que, no obstante ser un simple aficionado en las cuestiones del crimen, es también lo bastante viejo y quizá más experimentado que usted.

—Soy el primero en reconocerlo —dijo el detective cordialmente—. Confieso que usted llega a donde se propone, pero lo hace de una manera endiablada y esquinada.

—Bueno, bueno, dejaré a un lado la historia y me ceñiré a los hechos actuales. La noche pasada, y según acabo de decir, fui de visita a la casa solariega, pero no me entrevisté con Barker ni con *mistress* Douglas. No vi necesidad de molestarlos, aunque sí me enteré con agrado de que esa dama no parecía muy dolida y que había despachado una cena excelente. Mi visita era de un modo especial para el bueno de Ames, con quien intercambié algunas frases amables que culminaron en darme él su permiso para que, sin decírselo a nadie más, pudiera yo permanecer sentado en el despacho durante algún tiempo.

—¿Cómo? ¡Con aquello! —exclamé yo.

—No, no; está ya todo arreglado. Tengo entendido, Mac, que usted les dio permiso para que lo hicieran. El despacho ha vuelto a su disposición normal, y dentro de él pasé yo un aleccionador cuarto de hora.

—¿Qué estuvo usted haciendo?

—Para no rodear de misterio un asunto sencillísimo, le diré que buscando la pesa de gimnasia desaparecida. Ese artefacto ocupó siempre un espacio muy importante en el criterio que yo me formé del caso. Y terminé por encontrarla.

—¿Dónde?

—¡Ah! Con eso llegamos al borde de lo desconocido. Permítame que avance un poco más, un poquitín más, y les prometo que sabrán todo lo que yo sé.

—No tenemos más remedio que aceptarlo a usted con las condiciones que impuso —dijo el inspector—; pero en lo que respecta a eso de que abandonemos el caso... ¿Por qué, ¡vive Dios!, hemos de abandonar el caso?

—Por la sencilla razón, querido Mac, que no tienen ustedes ni asomo de idea del objeto que persiguen con su investigación.

—Investigamos el asesinato de mister John Douglas, de Birlstone.

—Sí, sí; eso andan ustedes investigando. Pero no se molesten en seguirle la pista al misterioso caballero de la bicicleta. Les aseguro que no les servirá de nada.

—¿Qué nos sugiere entonces usted que hagamos?

—Yo les diré exactamente lo que deben hacer, por si ustedes quieren hacerlo.

—Bien; no tengo más remedio que decir que siempre me he encontrado con que tenía usted razón al final de sus raras maniobras. Haré lo que usted aconseje.

—¿Y usted, míster White Mason?

El detective provinciano miraba tan pronto al uno como al otro sin saber qué decir. Holmes y sus métodos eran una novedad para él. Por último, dijo:

—Bueno, lo que conviene al inspector resulta así mismo suficientemente bueno para mí.

—¡Estupendo! —dijo Holmes—. Pues entonces yo les recomiendo a los dos un paseo agradable y alegre por el campo. Tengo entendido que el panorama que se distingue desde Birlstone Ridge sobre el Weald es maravilloso. No dudo que encontrarán algún mesón conveniente donde almorzar, aunque mi ignorancia de la región me impide recomendarles ninguno. Al atardecer, cansados, pero felices...

—¡Holmes, esto pasa ya de una broma! —exclamó McDonald, levantándose irritado de su asiento.

—Bueno, bueno, pasen ustedes el día como mejor les parezca —dijo Holmes, dándoles palmaditas cariñosas en el hombro—. Hagan lo que quieran y vayan a donde se les antoje, pero no dejen de venir a verme sin falta antes del anochecido; sin falta, Mac.

—Eso ya suena a cosa más razonable.

—Todo cuanto les dije era un consejo excelente, pero no insisto, con tal que ustedes se encuentren aquí cuando los necesite. Y ahora, antes que nos separemos, quiero que usted escriba una carta a Barker.

—Bien.

—Si a usted le parece, se la dictaré yo. ¿Listo? «Querido señor: Me ha parecido que estamos en la obligación de desecar el foso, con la esperanza de que quizá encontremos...».

—Imposible —dijo el inspector—. He realizado esa investigación.

—Bueno, bueno, querido. Tenga la amabilidad de hacer lo que pido.

—Siga dictando entonces.

—«... de que quizá encontreremos algo que tenga relación con nuestras pesquisas. He tomado ya las medidas conducentes al caso, y los trabajadores darán comienzo a su tarea mañana por la mañana, cambiando el curso del arroyo...».

—¡Imposible!

—«... cambiando el curso del arroyo, y por ello me pareció conveniente advertírsele a usted por adelantado». Y ahora fírmelo y envíe la carta a mano, alrededor de las cuatro. A esa hora volveremos a encontrarnos en esta habitación. Hasta ese momento puede cada cual hacer lo que le agrada, porque yo estoy en condiciones de darle la seguridad de que esta investigación ha llegado a un compás de espera definitivo.

Caía la tarde cuando volvimos a reunirnos. Holmes se mostraba muy grave, yo, lleno de curiosidad y los detectives, evidentemente molestos y con ganas de crítica.

—Bien, caballeros —dijo mi amigo con gran seriedad—. Ahora yo les pido que pongamos todas nuestras ideas a prueba, y ustedes juzgarán por sí mismos si las observaciones hechas por mí justifican las conclusiones a que he llegado. La tarde es fría y no sé cuánto tiempo durará nuestra expedición; por eso les pido que se vistan sus ropas de más abrigo. Es de máxima importancia que estemos en nuestros puestos antes que oscurezca del todo. Por eso, y con su permiso, nos pondremos ahora mismo en camino.

Caminamos por los límites exteriores del parque de la casa solariega hasta que llegamos a un lugar donde había una abertura en la reja que lo cercaba. Por aquel hueco penetramos furtivamente, y luego, en medio de la oscuridad cada vez más cerrada, seguimos a Holmes hasta llegar a un arbustal situado casi frente por frente de la puerta principal y del puente levadizo. Este último no había sido alzado todavía. Holmes se agazapo detrás de una cortina de laureles, y todos nosotros imitamos su ejemplo.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? —preguntó McDonald, algo gruñón.

—Revestir de paciencia nuestras almas y hacer el menor ruido posible —le contesto Holmes.

—¿Qué venimos a buscar aquí en resumidas cuentas? Creo verdaderamente que usted podría tratarnos con mayor franqueza.

Holmes se echó a reír, y dijo:

—Watson afirma siempre que yo soy el dramaturgo de la vida real. Bulle dentro de mí algo de la condición del artista que reclama con insistencia la ejecución de una escena bien montada. Nuestra profesión, Mac, resultaría gris y sórdida si no montáramos en ocasiones el escenario como para rodear de magnificencia los resultados que obtenemos. La acusación brusca, el brutal golpe encima del hombro; ¿verdad que no satisface semejante *dénouement*? En cambio, la rápida inferencia, la trampa sutil, el prever con habilidad los hechos que van a ocurrir, la justificación triunfal de audaces teorías, ¿no constituyen todas esas cosas el orgullo y la justificación de la tarea de nuestras vidas? En este momento sienten ustedes el estremecimiento que producen la brujería de la situación y los barruntos anticipados del cazador. ¿Qué habría sido de esa emoción si yo hubiese sido tan exacto como un horario? Sólo pido un poco de paciencia, Mac, y todo resultará claro para usted.

—Bueno, espero que el orgullo, la justificación y lo demás de que nos ha hablado llegarán antes que nos hayamos muerto de frío —dijo el detective londinense con resignación cómica.

Todos teníamos buenas razones para sumarnos a esa aspiración, porque nuestra vigilia resultaba larga y cruda. Las sombras fueron espesándose poco a poco sobre los muros largos y sombríos de la fachada de la antigua casona. El vaho frío y húmedo que surgía del foso nos hizo castañetear los dientes. Encima del portalón de entrada ardía una sola lámpara, y en el fatal despacho veíase un firme globo de luz. Todo lo demás estaba oscuro y en silencio.



—¿Cuánto va a durar esto? —preguntó de pronto el inspector—. ¿Y qué es lo que perseguimos con este acecho?

—Sé ni más ni menos lo que usted sobre el tiempo que esto va a durar —contestó Holmes con un deje de aspereza—. Todos nosotros saldríamos ganando con que los criminales adaptasen sus andanzas a un horario, al estilo de los ferrocarriles. En cuanto a lo de que... ¡Ahí tiene precisamente lo que perseguíamos con este acecho!

Mientras Holmes hablaba, la brillante luz amarilla del despacho quedó oscurecida por la interposición de alguien que iba y venía. Los laureles a cuyo cobijo estábamos caían frente por frente de la ventana a una distancia no mayor de treinta metros. De pronto se abrió la ventana con un chirrido de goznes, y pudimos distinguir confusamente la oscura silueta de la cabeza

y de los hombros de un hombre que miraba hacia la oscuridad exterior. Permaneció de ese modo algunos minutos, acechando de manera furtiva y subrepticia, como quien quiere asegurarse de que nadie le está viendo. Acto continuo se echó hacia adelante; llegó hasta nuestros oídos, en medio del intenso silencio, un suave golpear como de aguas agitadas formando oleaje. Parecía que el hombre aquel estaba removiendo las aguas del foso con algo que tenía en las manos. De pronto levantó un objeto de la misma manera que un pescador saca a tierra el pez. Era un objeto voluminoso, redondeado, que mató la luz cuando tiró de él hacia adentro por el recuadro de la ventana.

—¡Ahora! —exclamó Holmes—. ¡Ahora!

Todos nos pusimos en pie, y avanzamos, tambaleándonos, detrás de Holmes, porque teníamos los miembros entumecidos, mientras que él corría rápidamente, empujado por una de esas llamaradas de energía nerviosa capaces de convertirlo, cuando llegaba el caso, en el hombre más activo y de mayor fortaleza física. Cruzó ligero el puente y tiró con violencia de la campanilla de llamada. Oyóse por la parte de dentro el ruido de cerrojos al descorrerse, y apareció en la puerta de entrada el atónito Ames. Holmes lo apartó a un lado sin decir palabra y, seguido de todos nosotros, se precipitó dentro de la habitación que había estado ocupada por el hombre al que nosotros acechábamos.

La lámpara de aceite colocada encima de la mesa había sido la que despedía la luminosidad vista por nosotros desde el exterior. La lámpara sosteníala ahora en su mano Cecil Barker, que la adelantó hacia nosotros cuando entrábamos. Su luz se proyectaba sobre la cara de rasgos firmes, resueltos y completamente afeitada de Barker y sobre sus ojos amenazadores.

—¿Qué diablos significa todo esto? —gritó—. ¿Qué es lo que ustedes buscan?

Holmes echó una mirada rápida por la habitación y se abalanzó de pronto sobre un bulto impregnado de agua y atado con una cuerda, que estaba en el lugar donde lo había arrojado, debajo de la mesa de escribir.

—Esto es lo que buscamos, míster Barker. Este paquete, dentro del cual, y para darle peso, hay una pesa de gimnasia. Usted lo acaba de extraer del fondo del foso.

Barker se quedó mirando a Holmes con el asombro pintado en su rostro, y preguntó:

—¡Por vida de...! ¿Cómo se enteró usted de su existencia?

—Por la sencilla razón de que yo lo puse donde estaba.

—¡Que usted lo puso donde estaba! ¡Usted!

—Quizá habría debido decir que lo volví a colocar donde estaba —contestó Holmes—. Usted recordará, inspector MacDonald, que a mí me sorprendió bastante que faltase una de las pesas de gimnasia. Le llamé la atención hacia ese detalle, pero, apremiado por otros acontecimientos, apenas si usted tuvo tiempo de meditar en eso, que le habría permitido sacar algunas consecuencias. Cuando tenemos cerca el agua y echamos de menos un objeto pesado, no es cosa de gran trascendencia suponer que algún objeto ha sido hundido en el agua. Era una suposición que merecía la pena de ser puesta a prueba; por ello, y con la ayuda de Ames, que me dejó pasar a esta habitación, y contando, además, con el puño en forma de gancho del paraguas del doctor Watson, pude la noche pasada pescar y examinar este paquete. Sin embargo, era asunto de primerísima importancia que pudiéramos demostrar quién lo había colocado allí. Lo conseguimos por el sencillo recurso de anunciar que mañana procederíamos a desecar el foso; como es natural, esto hizo que la persona que había ocultado el paquete se lanzase con toda seguridad a extraerlo en el momento mismo en que se lo permitiese la oscuridad. Tenemos no menos de cuatro testigos para testimoniar quién fue la persona que se aprovechó de la oportunidad. Por eso, Barker, yo creo que es usted quien ahora tiene la palabra.

Sherlock Holmes colocó el paquete, que chorreaba agua, encima de la mesa, junto a la lámpara, y desató la cuerda que lo sujetaba. Extrajo del interior una pesa de gimnasia y la lanzó hasta el lugar en que estaba su compañero en el rincón. Después extrajo un par de botas.

—Como ven ustedes, son norteamericanas —comentó, señalándonos con el dedo las punteras.

Acto seguido, colocó encima de la mesa un cuchillo largo, mortífero, dentro de su vaina. Por último, desenvolvió un atado de ropas, que comprendía un juego completo de interiores, calcetines, un temo de paño gris y una especie de gabán amarillo corto.

—Las ropas son de tipo corriente —comentó Holmes—, salvo únicamente el gabán, que está lleno de detalles sugeridores —lo sostuvo con ternura cerca de la luz, mientras sus dedos largos y delgados lo palpaban rápidamente—. Veán ustedes aquí el bolsillo interior, que se prolonga por detrás del forro, de manera que deja amplio

espacio para la escopeta aserrada. La etiqueta del sastre está en el cuello: *Neale, sastre, Vermissa, EE. UU.* He pasado una tarde instructiva en la biblioteca del párroco y he ampliado mis conocimientos agregándoles el de que Vermissa es una pequeña ciudad floreciente y cabeza de uno de los valles de carbón y de hierro más nombrados de los Estados Unidos. Creo recordar, Barker, que usted asoció los distritos carboníferos con la primera mujer de míster Douglas, y seguramente que no nos excederíamos al inferir que las letras V. V. escritas en la tarjeta que había cerca del cadáver podrían equivaler a Vermissa Valley, y que este mismísimo valle, que envía sus emisarios para cometer asesinatos, sea aquel valle del Terror del que hemos oído hablar. Todo eso resulta suficientemente claro. Y ahora, Barker, me está pareciendo que estoy estorbando la explicación que quiere damos.

Era un verdadero espectáculo el que ofrecía el rostro expresivo de Cecil Barker durante esta explicación del gran detective. Por ese rostro iban pasando sucesivamente la ira, el asombro, la consternación y la vacilación. Por último, Barker buscó refugio en una ironía algo agria.

—Míster Holmes, es tanto lo que usted sabe, que quizá sería preferible que nos contase algunas cosas más —dijo en tono de mofa.

—Sin duda alguna, Barker, que yo podría decirle muchas cosas más, pero tendrían más agrado viniendo de usted.

—Eso cree usted, ¿verdad? Pues bien: todo lo que yo puedo decir es que, si existe aquí un secreto, ese secreto no me pertenece a mí, y que yo no soy hombre capaz de traicionarlo.

—Bien, Barker; puesto que usted adopta esa línea de conducta, tendremos que mantenerlo vigilado hasta conseguir la orden de detención —dijo tranquilamente el inspector.

—Puede usted obrar como su condenado capricho le dicte —contestó Barker en tono de desafío.

Por lo que a él se refería, cualquier actuación encontraba cerrado el paso de una manera definitiva, bastando echar una ojeada a su cara de granito para darse cuenta de que ninguna *peine, forte et dure*, lograría jamás obligarle a suplicar, contrariando su voluntad. Sin embargo, el punto muerto al que se había llegado fue roto por una voz de mujer. *Mistress Douglas*, que había permanecido escuchando junto a la puerta a medio abrir, entró en la habitación.

—Cecil, ya has hecho bastante por nosotros —dijo—. Ocurra lo que ocurra en lo por venir, tú has hecho ya bastante.

—Bastante y más que bastante —dijo Sherlock Holmes con gravedad—. Siento por usted, señora, las mayores simpatías, y yo la instaría fuertemente a que tenga un poco de fe en el buen sentido de la gente de nuestro fuero y a que ponga de una manera voluntaria a la Policía al comente de todos sus secretos. Quizá sea yo merecedor de censura por no haber atendido la sugerencia que usted me hizo llegar por intermedio de mi amigo el doctor Watson, pero en aquel entonces tenía yo toda

clase de motivos para creer que usted se hallaba directamente complicada en el crimen. Ahora estoy seguro de que no es así. Al mismo tiempo, quedan todavía sin explicar muchas cosas, y yo le recomendaría con el mayor ahínco que pida usted a mistar Douglas que nos haga él mismo su propio relato.

Al escuchar las frases de Holmes, *mistress* Douglas dejó escapar una exclamación de asombro. Seguramente que los detectives y yo le hicimos eco, y en ese instante advertimos la presencia de un hombre que parecía haber surgido de la pared y que se adelantaba hacia nosotros desde el oscuro rincón donde había aparecido. *Mistress* Douglas se volvió, y un instante después lo rodeaba con sus brazos. Barker estrechó la mano que él le tendía.

—Es mejor así, Jack —repetía una y otra vez su esposa—. Estoy convencida de que es mejor así.

—De verdad, míster Douglas —decía Sherlock Holmes—. Ya verá cómo le resulta mejor.

El hombre nos miraba parpadeando, con la expresión deslumbrada de quien sale de la oscuridad a la luz. Era el suyo un rostro por demás notable: ojos grises, de mirar resuelto, bigote fuerte, entrecano, recortado, barbilla cuadrada y saliente y boca de expresión voluntariosa. Nos contempló durante un buen rato, y de pronto, con gran asombro mío, avanzó hacia mí y me entregó un fajo de papeles.



—He oído hablar de usted —me dijo con acento que no era ni completamente inglés ni completamente norteamericano, pero que resultaba en conjunto agradable y melodioso—. Usted es el historiador de este grupo. Bueno, doctor Watson, jamás pasó hasta ahora por sus manos una historia como ésta, y estoy dispuesto a apostar hasta mi último dólar a que es así. Cuéntela a su manera, pero ahí están los hechos, y mientras siga los hechos, llegará usted al lector. Llevo encerrado ahí dos días y he aprovechado las horas de luz (de toda la luz que me llegaba hasta esta ratonera) en redactarla. Háganse cargo de esa historia usted y los lectores. Es la del valle del Terror.

—Eso pertenece al pasado, míster Douglas —dijo Sherlock Holmes tranquilamente—. Lo que ahora deseamos oír es el relato que tiene que hacemos del presente.

—Se lo haré, señor —dijo Douglas—. ¿Podría fumar mientras hago el relato? Gracias, míster Holmes: si mal no recuerdo, también usted es fumador, y por eso adivinaré lo que significa permanecer dos días sentado, con tabaco en el bolsillo, pero

con miedo de que el olor del tabaco nos traicione —se apoyó en la repisa de la chimenea y chupó con fruición el cigarro que Holmes le había entregado—. He oído hablar de usted, míster Holmes; nunca barrunté que habríamos de encontrarnos. Pero cuando usted haya acabado de leer eso —y al decirlo hizo con la cabeza un ademán refiriéndose a mis papeles— dirá que le he traído un asunto completamente nuevo.

El inspector McDonald no había apartado su atónita mirada del recién llegado.

—¡Eso sí que es más fuerte que yo! —exclamó al fin—. Si usted es míster John Douglas, de la casa solariega de Birlstone, ¿quién es el individuo sobre cuya muerte venimos haciendo investigaciones desde hace dos días, y de dónde diablos brota usted ahora? Me hizo el efecto de salir del suelo como una especie de muñeco de resorte de su caja.

—¡Ah, Mac, se negó usted a leer esa excelente crónica local en que se descubre el ocultamiento del rey Carlos! —le dijo Holmes, apuntándole con el índice en ademán de censura—. En aquel entonces la gente no se escondía sino en escondites bien seguros, y el escondite que sirvió una vez, puede volver a utilizarse. Yo estaba convencido de que encontraríamos a míster Douglas bajo este mismo techo.

—¿Y desde cuándo nos viene haciendo esta jugarreta, Holmes? —exclamó irritado el inspector—. ¿Cuánto tiempo ha estado consintiendo que nos malgastemos en una búsqueda que a usted le constaba que era absurda?

—Ni un solo instante, querido Mac. Hasta la noche última no formé criterio sobre lo ocurrido. Y como no era posible poner a prueba mis puntos de vista hasta esta noche, invité a usted y a su colega a tomarse unas vacaciones por aquel día. Dígame: ¿podía yo hacer algo más? Cuando saqué del foso el hato de ropas, vi de pronto con claridad que el cadáver que habíamos encontrado no podía ser el de míster John Douglas, sino el del ciclista de Tunbridge Wells. No cabía llegar a otra conclusión. Me quedaba, pues, por descubrir dónde podría encontrarse míster John Douglas. El saldo de probabilidades indicaba que, con la complicidad de su esposa y de su amigo, se hallaba oculto en el edificio que tales comodidades ofrecía a un fugitivo, y que esperaba momentos más tranquilos para llevar a cabo su fuga definitiva.

—Pues calculó usted bien —dijo Douglas en tono de aprobación—. Como no sabía a punto fijo cómo me trataría la Justicia inglesa, pensé en esquivarla, y vi al mismo tiempo la probabilidad que se me ofrecía de hacer perder de una vez para siempre mi huella a estos sabuesos. Pero tenga en cuenta que desde el principio hasta el fin no he hecho nada de que tenga que avergonzarme, nada que no volvería a repetir otra vez; pero eso lo van a juzgar ustedes mismos cuando les cuente lo que me ocurrió. No se preocupe de ponerme en guardia, inspector; estoy dispuesto a cargar con las consecuencias de la verdad.

»No voy a empezar desde el principio. Todo eso está ahí —al decirlo apuntó hacia mis papeles—, y no es poco curiosa la historia que ahí encontrarán. Todo se reduce a esto: que existen algunos hombres que tienen sus buenas razones para odiarme y que darían hasta su último dólar por saber que habían acabado conmigo. Mientras yo viva

y ellos vivan no estoy seguro en este mundo. Me fueron siguiendo desde Chicago a California; me persiguieron hasta obligarme a salir de Norteamérica; pero cuando me casé, y una vez establecido en este rincón tranquilo, creí que iba a pasar pacíficamente mis últimos años. Nunca expliqué a mi mujer la situación. ¿Para qué iba yo a meterla en el asunto? Ella no volvería a disfrutar de un momento de tranquilidad y vería siempre peligros en todo. Creo que algo barruntó; quizá en una u otra ocasión se me escapó a mí alguna que otra frase; pero nunca supo la verdad de la situación hasta ayer, después que ustedes hablaron con ella. Les dijo todo lo que sabía, lo mismo que Barker, aquí presente, porque la noche del suceso apenas si hubo tiempo para andarse en explicaciones. Ahora lo sabe todo, y yo me habría conducido como hombre más prudente contándoselo antes. Pero era un problema difícil, querida —y, al decir esto, agarró un instante en la suya la mano de su esposa—, y actué como mejor me pareció.

»Pues bien, caballeros: el día anterior al de los sucesos me había trasladado yo a Tunbridge Wells y tuve la visión rápida de un hombre en la calle. Fue sólo una ojeada rápida, pero tengo vista segura para estas cosas, y no dudé ni por un momento de quién se trataba. Era el peor de todos mis enemigos: un hombre que durante todos los años transcurridos me venía persiguiendo como lobo hambriento a un caribú. Comprendí que se me venían encima momentos de peligro, y regresé a casa y me dispuse a afrontarlos. Yo calculaba que, peleando en mi propio terreno, saldría victorioso. Tiempos hubo en que se hacían lenguas de mi buena suerte en todos los Estados Unidos. Ni por un momento dudé de que esa buena suerte seguiría acompañándome.

»Durante todo el día siguiente permanecí en guardia y no salí al parque. Obré cuerdamente, porque, de haberlo hecho, él me habría quitado de en medio con su escopeta de postas antes que yo pudiera alcanzarle con mi arma. Una vez alzado el puente (cuando lo levantaban al atardecer, yo me quedaba más tranquilo), no volví a pensar en el asunto. Nunca supuse que él se metiese dentro de mi casa y se pusiese al acecho. Pero cuando salí a hacer mi ronda, vestido con el batín, según tenía por costumbre, husmeé peligro así que puse los pies dentro del despacho. Yo creo que cuando una persona ha pasado por peligros en su vida (y yo los pasé más grandes que la mayor parte de las personas de mi tiempo),



adquiere una especie de sexto sentido que agita la bandera encarnada. Yo distinguí esa señal con bastante claridad, sin que pudiera decir el porqué. Un instante después

descubrí por debajo de la cortina de la ventana un pie, y entonces sí que lo vi todo con bastante claridad. Yo tenía en mi mano la única vela, pero por la puerta de la habitación entraba buena luz. Coloqué la vela encima de la mesa y di un salto para agarrar un martillo que yo había dejado sobre la repisa de la chimenea. En ese mismo instante se abalanzó él contra mí. Distinguí el brillo de su cuchillo, y yo descargué el peso de mi martillo contra él. Esquivó, girando en torno a la mesa con la rapidez de una anguila, y un instante después sacó su escopeta de debajo de la chaqueta. Le oí montar los gatillos, pero antes que pudiese hacer fuego me aferré al arma. Yo sujetaba ésta por los cañones, y por espacio de un minuto o más forcejamos, buscando el desenlace. Quien soltase la garra era hombre muerto. Mi antagonista no la soltó, pero mantuvo la culata hacia abajo un instante más de lo que debía. Quizá fui yo quien tiró del gatillo; quizá lo disparamos entre los dos. Fuese como fuese, él fue quien recibió en plena cara el plomo de los dos cañones, y yo quedé de pie, con la vista clavada en los restos del que se había llamado Ted Baldwin. Lo había reconocido al cruzarme con él en la población y en el momento en que se abalanzó contra mí; pero tal cual ahora había quedado, ni su misma madre lo habría reconocido. Estoy habituado a vivir rudamente, pero casi me mareé viendo aquello... Cuando Barker bajó corriendo, yo estaba agarrado a un lado de la mesa. Oí que bajaba mi mujer, corrí a la puerta y le impedí avanzar. No era espectáculo para visto por una mujer. Le prometí que iría en seguida a reunirme con ella. Cambié unas frases con Barker (que se dio cuenta de todo a la primera ojeada), y nos quedamos esperando a los demás de la casa. Pero no apareció nadie. Comprendimos entonces que no habían podido oír nada y que éramos nosotros los únicos sabedores de lo que acababa de ocurrir... Entonces se me ocurrió la idea. Casi me deslumbró por su brillantez. Vi cómo al muerto le salía de la manga el antebrazo desnudo con la marca a fuego de la Logia. Veán aquí».

Y entonces aquel hombre, al que conocíamos por Douglas, se subió la manga de la chaqueta y dobló el puño, enseñándonos un triángulo pardusco dentro de un círculo, como el que habíamos visto en el del hombre muerto.

—Lo que me lanzó a la tarea fue descubrir esto. Creí verlo todo claro de una sola ojeada. Su estatura, cabellos y aspecto general eran, más o menos, como los míos. ¡Y nadie podría jurar a quién pertenecía aquella cara! Bajé al despacho este traje, y Barker y yo, en un cuarto de hora, le pusimos mi batín y lo dejamos tal cual ustedes se lo encontraron. Hicimos un paquete con todas sus cosas, y metiendo dentro el único objeto pesado que pude encontrar, lo arrojamos por la ventana. Junto al muerto había quedado la tarjeta que él traía preparada para colocarla encima de mi cadáver. Le pusimos en el dedo mis anillos, pero cuando le llegó el turno a mi anillo de boda —Douglas nos mostró su mano musculosa—, ustedes mismos pueden ver que no fue posible sacarlo. No me lo he quitado desde el día de mi boda, y sólo valiéndome de una lima habría podido quitármelo del dedo. No sé si verdaderamente habría podido separarme de ese anillo, pero lo cierto es que no habría podido hacerlo ni aun queriéndolo. No tuvimos, pues, otro remedio que prescindir de ese detalle y estar a

sus consecuencias. Aparte de eso, yo traje una pequeña tira de tafetán y se lo coloqué en el lugar mismo en que yo llevaba entonces otra. Usted, míster Holmes, con toda su habilidad, dio ahí un resbalón, porque, si se le hubiese ocurrido la idea de quitar el tafetán, habría visto que no existía cortadura alguna debajo... Pues bien: ésa era la situación. Si yo lograba permanecer oculto algún tiempo y fugarme luego a algún lugar donde mi mujer viniera a reunirse conmigo, tendríamos por fin una probabilidad de vivir en paz el resto de nuestras vidas. Mientras yo estuviese sobre la superficie de la tierra, aquellos demonios no me darían un respiro, pero si se enteraban por los periódicos de que Baldwin había acabado con su hombre, terminarían todas mis preocupaciones. No dispuse de mucho tiempo para explicárselo todo a Barker y a mi esposa, pero ellos comprendieron lo suficiente para ayudarme. Yo conocía este escondite, y también lo conocía Ames, pero a éste no se le pasó por la imaginación asociar el escondite con lo ocurrido. Yo me acogí a este refugio, y todo lo demás quedó a cargo de Barker... Creo que ustedes mismos podrán ahora situar dentro del conjunto todo cuanto hizo Barker. Abrió la ventana y dejó la huella en el marco para hacer pensar en que el asesino se había escapado por allí. Eso resultaba difícil de creer, pero, estando el puente levantado, no existía otro camino de escape. Por último, una vez convenido todo, hizo sonar la campana con todas sus fuerzas. Ustedes saben ya lo ocurrido después, de modo que, caballeros, pueden obrar como gusten, pero yo les he contado la verdad y toda la verdad, ¡así me ayude Dios! ¿Cuál es mi situación ante la Justicia inglesa? Esto es lo que yo ahora pregunto a ustedes.

Se produjo por unos momentos el silencio, que Sherlock Holmes rompió para decir.

—La ley de Inglaterra es, en términos generales, una ley justa. Según ella, no recibirá usted un trato peor del que se merece. Lo que yo querría preguntarle es lo siguiente: ¿Cómo se enteró ese hombre de que usted vivía aquí, de la manera de penetrar en la casa y del sitio en que tenía que esconderse para poder atacarle?

—Yo no sé absolutamente nada a este respecto.

La cara de Holmes estaba pálida y seria.

—Estoy temiendo que la cosa no ha llegado todavía a su final —dijo—. Usted puede muy bien tener que enfrentarse con enemigos peores que las leyes inglesas, e incluso peores que los enemigos suyos de Norteamérica. Míster Douglas, preveo que tendrá usted dificultades. Siga mi consejo, y permanezca todavía en guardia.

Y ahora, lectores míos, que tanta paciencia demostráis, yo quiero pedirlos que vengáis por algún tiempo en mi compañía a lugares distintos de la casa solariega de Birlstone, en Sussex, y distantes también del año de gracia en que hemos hecho nuestra trascendental excursión, cuyo final ha sido el extraño relato del hombre al que todos conocían como a John Douglas. Deseo que retrocedáis conmigo veinte años en el

tiempo y que hagáis una excursión en el espacio de varios miles de kilómetros hacia el Oeste, para que yo pueda desenvolver ante vosotros una historia extraordinaria y terrible; tan extraordinaria y tan terrible, que quizá les resulte difícil creer que ocurrió tal y como yo la relato. No se imaginen los lectores que yo quiero entremeter una historia sin haber dado fin a otra. Ya se convencerán de ello a medida que avancen en la lectura. Cuando yo haya detallado aquellos lejanos acontecimientos y los lectores hayan solucionado este misterio del pasado, volveremos a encontraros una vez más en estas habitaciones de Baker Street en las que, al final de tantos otros sucesos maravillosos, terminó también éste.

SEGUNDA PARTE

LOS CAMORREROS (THE SCOURERS)^[2]

CAPÍTULO I

El hombre

Era el día 4 de febrero del año 1875. El invierno había sido riguroso, y la nieve alcanzaba gran espesor en las gargantas de los montes de Gilmerton. Sin embargo, la barredera a vapor había mantenido abierta la línea ferroviaria, y el tren del atardecer, que une la larga línea de colonias de las minas de carbón y de las minas de hierro, avanzaba lentamente entre gruñidos por las empinadas pendientes que van desde Stagville hasta la meseta de Vermissa, población central que constituye la cabeza del valle de Vermissa. La vía férrea desciende desde ese punto hasta el empalme de Barton, en Helmdale, y hasta las tierras puramente agrícolas del condado de Merton. El ferrocarril era de vía única, pero en todos los apartados, que eran muy numerosos, largas hileras de vagones cargados de carbón y de mineral de hierro pregonaban la riqueza oculta, que había traído una población ruda y una vida activa a aquel rincón desoladísimo de los Estados Unidos de Norteamérica.

Porque desolada lo era aquella región. Muy lejos estaba de pensar el primer explorador que la cruzó que las más hermosas praderas y los más lozanos pastizales, dotados de agua abundante, carecían de valor comparados con aquella tétrica región de negros riscos y de bosques enmarañados. Las altas y desnudas cimas de las montañas, blancas de nieve y cortadas de rocas, se alzaban a uno y otro lado por encima de los bosques negros y con frecuencia casi impenetrables de sus laderas, dejando en el centro un valle alargado, ondulante y tortuoso. Por ese valle subía reptando lentamente el pequeño tren.

Acababan de encender las lámparas de aceite en el vagón delantero de pasajeros, largo y desnudo, dentro del cual iban sentadas veinte o treinta personas. La mayoría eran trabajadores que regresaban de su diaria tarea en la parte más baja del valle. Una docena por lo menos se delataban a sí mismos como mineros, por la suciedad de sus caras y las lámparas de seguridad que llevaban. Permanecían sentados y grupo, fumando y conversando en voz baja, y miraban de cuando en cuando a dos hombres que había en el otro lado del vagón y que eran policías, a juzgar por el uniforme y por las insignias. Varias mujeres de la clase trabajadora y uno o dos viajeros que podían pasar por modestos comerciantes locales completaban el número de los allí reunidos, a excepción de un hombre joven, aislado en un rincón. Ese hombre es el que a nosotros nos interesa. Fíjese bien el lector en él, porque se lo merece.

Es joven, de cutis fresco, estatura mediana y que no ha de andarse, por lo que se

ve, lejos de sus treinta años. Sus ojos son grandes, astutos, alegres y grises, y parpadean interrogadores de cuando en cuando a través de los cristales de sus gafas cuando miran a la gente que tienen a su alrededor. Salta a la vista que es hombre que gusta del trato social, que quizá tiene el ánimo sencillo y que anhela ser amigo de todos los hombres. Cualquiera lo clasificaría de golpe como hombre de costumbres gregarias, de temperamento comunicativo, de ingenio rápido y de fácil sonrisa. Pero, estudiándolo más atentamente, quizá pudiéramos descubrir cierta firmeza de mandíbula y unos labios resueltamente apretados que nos advertirían que, más allá de esas apariencias, existen profundidades, y que este joven irlandés, simpático y de pelo oscuro, es muy capaz de marcar su propia huella, lo mismo para el bien que para el mal, en cualquier sociedad que frecuente.

El viajero, después de dirigir al minero que tenía más cerca algunas observaciones de tanteo, recibiendo sólo breves y gruñonas contestaciones, se resignó a guardar un silencio que le molestaba, mirando inexpresivamente por la ventana hacia el paisaje que se iba borrando poco a poco. No era aquél un panorama alegre. En las laderas de las colinas surgía a vaharadas el rojo brillo de los hornos por entre la creciente oscuridad. A uno y otro lado se distinguían montones enormes de escorias y vertederos de cenizas, sobre los que se alzaban las altas grúas de las minas de carbón. Aquí y allá, esparcidos a lo largo de la línea férrea, veíanse grupos apretados de mezquinas casuchas de madera, cuyas ventanas empezaban a siluetearse de luz, y en los frecuentes apeaderos del tren se amontonaban sus morenos habitantes. Los valles del hierro y del carbón del departamento de Vermissa no eran sitios para gente culta ni holgazana. Por todas partes se advertían severas señales de la más ruda batalla por la vida, del más duro trabajo que allí era preciso hacer, y se veía a los trabajadores toscos y fuertes que lo realizaban.

El joven viajero contemplaba desde la ventanilla aquella triste región, y lo hacía con cara en la que se mezclaban la repugnancia y el interés, demostrando que aquel escenario era nuevo para él. De tiempo en tiempo sacaba del bolsillo un mapa voluminoso que él consultaba y en cuyos márgenes garrapateaba algunas notas. En una ocasión sacó de la parte posterior de su cintura un objeto, que nadie había calculado encontrar en posesión de un hombre de maneras tan suaves. Ese objeto era un revólver de la marina, del calibre mayor. Cuando lo puso inclinado y la luz se reflejó en los redondeles de los cartuchos de cobre que tenía metidos en el tambor, se vio que estaba cargado por completo. Volvió a metérselo rápidamente en su bolsillo oculto, pero no sin que un trabajador que se hallaba sentado en el banco contiguo lo advirtiese, diciéndole:

—¡Hola, compañero! Parece usted gallo armado de espolones y preparado.

El joven se sonrió con expresión embarazosa, y contestó:

—Sí; a veces los necesitamos en la población de donde vengo.

—¿Y de dónde viene, si se puede saber?

—Mi último lugar de residencia fue Chicago.

—¿De modo que es forastero por aquí?

—Sí.

—Pudiera ser que también aquí lo necesitase —dijo el trabajador.

—¡Ah!, ¿sí? —Aquello pareció interesar al joven.

—¿No ha oído usted contar nada de lo que por aquí ocurre?

—Nada que se salga de lo corriente.

—Pues yo creí que no se hablaba de otra cosa en todo el país. No tardará en enterarse. ¿Y qué es lo que le trae por aquí?

—Me dijeron que hay siempre trabajo para el hombre que quiere trabajar.

—¿Pertenece usted a la Unión de Trabajadores?

—¡Naturalmente!

—Pues entonces conseguirá trabajo. ¿Tiene amigos?

—Todavía no, pero tengo un medio de hacérmelos.

—¿Cómo así?

—Pertenezco a la Antigua Orden de los Hombres Libres. No hay población en la que no exista una logia, y donde hay una logia encontraré amigos míos.

Esta contestación ejerció un curioso efecto en su compañero. Miró receloso a los demás viajeros. Los mineros seguían cuchicheando entre ellos. Los dos funcionarios de policía, dormitaban. Cruzó desde su banco hasta el del joven viajero, sentándose al lado suyo, y le alargó la mano, diciendo:

—Chóquela.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Ya veo que dice verdad, pero es bueno asegurarse.

Levantó su mano derecha hasta la ceja del ojo derecho. El viajero alzó en el acto su mano izquierda hasta la ceja del lado izquierdo.

—Las noches oscuras son desagradables —dijo el trabajador.

—Sí, para que viajen los forasteros —contestó el otro.

—Basta con eso. Soy el hermano Scanlan, logia trescientos cuarenta y uno, del valle de Vermissa. Encantado de verle por aquí.

—Gracias. Soy el hermano Jack McMurdo, logia veintinueve. Chicago. Gran maestro, J. H. Scott. ¡Qué suerte la mía en tropezar tan pronto con un hermano!

—Somos muchos. Verá usted cómo en ninguna parte de los Estados Unidos se halla la Orden tan floreciente como aquí, en el valle de Vermissa. Pero no nos vendrá mal algunos mozos como usted. Lo que no alcanzo a comprender es cómo un hombre despierto de la Unión del Trabajo no encuentra ocupación en Chicago.

—La encontré muy abundante —dijo McMurdo.

—¿Y por qué se marchó entonces?

—McMurdo señaló con un movimiento de cabeza a los policías, y se sonrió, diciendo:

—Creo que esos individuos se alegrarían de saberlo.

Scanlan dejó escapar un suspiro de simpatía.

—¿En apuros? —preguntó cuchicheando.

—Grandes.

—¿Trabajo de presidio?

—Y lo demás.

—¿Alguna muerte?

—Es demasiado pronto para hablar de esas cosas —dijo McMurdo con la expresión de un hombre al que se ha sorprendido hablando más de lo que él se proponía—. Tengo mis buenas razones para ausentarme de Chicago, y esto debe bastarle. ¿Quién es usted para creerse en el deber de preguntarme semejantes cosas?

Sus ojos grises relampaguearon con súbita y peligrosa irritación desde detrás de los cristales de sus gafas.

—Perfectamente, compañero. No quise ofender. Haya hecho lo que haya hecho, no por eso desmerecerá en el concepto de los muchachos nuestros. ¿Adónde se dirige ahora?

—A Vermissa.

—Es la tercera estación. ¿Dónde va a hospedarse?

—McMurdo sacó un sobre y lo acercó a la luz de la mortecina lámpara de aceite.

—Aquí está la dirección: Jacob Shafter, Sheridan Street. Es una casa de huéspedes que me ha sido recomendada por un individuo al que conocí en Chicago.

—No la conozco, porque Vermissa está fuera de mi ronda. Resido en Hobson's Patch, que es el apeadero al que estamos llegando. Pero, escuche, tengo que darle un consejo antes que nos despidamos. Si le ocurre alguna dificultad en Vermissa, acuda inmediatamente a la Casa de la Unión y vea al mandamás McGinty. Es el gran maestro de la logia de Vermissa, y nada puede ocurrir en esta región sino lo que el negro Jack McGinty quiere. Adiós, compañero. Quizá nos veamos una de estas noches en la logia. Pero tenga presente lo que le digo: si se ve en apuros, vaya a visitar al mandamás McGinty.

Scanlan se apeó, y McMurdo quedó de nuevo entregado a sus propios pensamientos. Había vuelto a caer la noche, y las llamaradas de los hornos de fundición, que se sucedían a cortos intervalos, crepitaban y saltaban en medio de la oscuridad. Sobre aquel fondo de intenso resplandor, negras figuras se doblaban, se estiraban, se retorcían o giraban siguiendo el movimiento de los cabrestantes y de los montacargas y al ritmo de un estrépito y de un bramar eternos.

—Así debe ser el aspecto del infierno —dijo una voz.

McMurdo se volvió, encontrándose con que uno de los policías se había trasladado a su asiento y contemplaba desde allí la ígnea desolación.

—En cuanto a eso —dijo el otro policía—, reconozco que el infierno debe de ser algo por ese estilo, aunque no creo que haya por allá abajo demonios peores que algunos que conocemos por aquí. Usted es nuevo por estos lugares, ¿verdad, joven?

—¿Y qué hay si lo soy? —contestó McMurdo con acento huraño.

—Esto nada más, señor: que yo le aconsejaría que tuviese cuidado con los amigos

que elige. Yo, si estuviera en su caso, no empezaría por relacionarme con Mike Scanlan o con su cuadrilla.

—¿Y qué demonios les importa a ustedes quiénes son mis amigos? —bramó McMurdo con voz que hizo que volvieran la cabeza, para ser testigos de la disputa, todos los que iban en el coche—. ¿Les pedí yo acaso consejo, o es que me creen tan mequetrefe que no puedo moverme sin él? Hablen ustedes cuando se les hable, y, por vida mía, que si esperan que yo lo haga, tendrán que esperar mucho tiempo.

Adelantó la cara y enseñó los dientes a la pareja, igual que perro amenazador.

Los dos guardias, hombres bondadosos y reposados, quedaron cohibidos ante la vehemencia con que habían sido rechazadas sus amistosas palabras.

—No hemos querido ofenderlo, forastero —dijo uno de ellos—. Fue una advertencia que le hicimos en bien suyo, en vista de que, por su manera de conducirse, demostraba usted ser nuevo en la región.

—Soy nuevo en la región, pero ustedes y sus congéneres no son nuevos para mí —gritó McMurdo con fría irritación—. Estoy viendo que son iguales en todas partes, entremetiéndose con sus consejos cuando nadie se los pide.

—Quizá volvamos a encontrarnos con usted sin que transcurra mucho tiempo —dijo uno de los dos guardias de Policía con cara sonriente—. Si no me equivoco, usted es de los seleccionados a mano.

—Eso mismo estaba yo pensando —dijo el otro—. Sí, volveremos a encontrarnos.

—No me asustan ustedes; no vayan a creer tal cosa —exclamó McMurdo—. Me llamo Jack MacMurdo..., ¿lo oyen? Si me necesitan, me encontrarán en la pensión de Jacob Shafter, Sheridan Street, Vermissa. Ya ven que no me oculto de ustedes. Yo soy de los que se atreven a mirar frente a frente a los de su calaña, lo mismo de día que de noche. No se hagan ilusiones a este respecto.

La conducta impertérrita del recién llegado despertó un murmullo de simpatía y de admiración entre los mineros, en tanto que los dos guardias se encogían de hombros y reanudaban entre ellos su conversación. Algunos minutos después penetraba el tren en la mal alumbrada estación, y la mayoría de los viajeros se apearon, porque Vermissa era la población más importante de la línea. McMurdo cogió su maleta de cuero, y ya iba a lanzarse a la oscuridad, cuando se le acercó uno de los mineros, y le dijo con mucho respeto:

—Por vida mía, compañero, que usted sabe cómo se habla a los polis. ¡Daba gloria escucharle! Permítame que le lleve la maleta y que le enseñe el camino. De paso para mi choza tengo que cruzar por delante de la casa de Shafter.

Cuando salieron del andén, fueron saludados con un coro de voces amistosas que les daban las buenas noches. Aun antes de poner por vez primera el pie en la ciudad, el turbulento McMurdo se había convertido en un personaje popular de Vermissa.

La región resultaba un lugar de terror, pero la ciudad era, dentro de su estilo, todavía más deprimente. A lo largo de aquel valle se advertía por lo menos cierta

tétrica grandeza en las ingentes hogueras y en las nubes flotantes de humo, en tanto que las montañas que el hombre había vaciado junto a sus monstruosas excavaciones constituían dignos monumentos de su energía y de su actividad. Pero en la población se advertía un monótono nivel de mezquina fealdad y suciedad. El tráfico había convertido la ancha calle en una masa de nieve fangosa cortada horriblemente de huellas de ruedas. Los caminos laterales eran estrechos y escabrosos. Los numerosos faroles de gas servían únicamente para que se distinguiese con mayor claridad una larga hilera de casas de madera, todas con su terraza que daba a la calle, desaseadas y sucias. Al acercarse al centro de la ciudad, se alegraba el escenario con una fila de tiendas bien iluminadas y todavía más por un apretado grupo de salones de beber y de casas de juego, en las que los mineros gastaban sus jornales espléndidos, pero bien ganados.

—Ésa es la Casa de la Unión —dijo el guía, señalándole con el dedo un salón que alcanzaba casi la categoría de hotel—. El mandamás de aquí es Jack McGinty.

—¿Qué clase de persona es? —preguntó McMurdo.

—¿Cómo? ¿No oyó usted hablar nunca del mandamás? Pues yo estaba en la creencia de que su nombre era conocido por todos los Estados Unidos. Ha salido muchas veces en los periódicos.

—¿Y por qué salió?

—Salió —dijo el minero bajando la voz— por aquellos asuntos...

—¿Qué asuntos?

—Por vida mía, señor, que usted lo compromete a uno, si se me permite la frase sin molestar. Por esta región sólo oírás hablar de una clase de asuntos: los de los Camorrones.

—Sí, creo haber leído en Chicago alguna cosa acerca de los Camorrones. Son una cuadrilla de asesinos, ¿verdad?

—¡Chitón, por vida suya! —exclamó el minero, manteniéndose alerta y mirando atónito a su compañero—. Amigo, si usted habla de ese modo en plena calle, no vivirá mucho tiempo por aquí. Por mucho menos que eso les han quitado la vida a más de uno y más de dos.

—Bueno, yo nada sé de esa gente. He dicho simplemente lo que he leído.

—Y yo no le aseguro que no haya dicho usted la verdad —el hombre aquel miraba nerviosamente a su alrededor mientras hablaba, queriendo penetrar en la oscuridad, como temiendo que le estuviese acechando algún peligro—. Si matar constituyese asesinato, bien sabe Dios entonces que los ha habido para dar y sobrar. Pero no se atreva usted a mencionar en relación con ellos el nombre de Jack



McGinty, forastero, porque todo cuanto se cuchichea llega hasta él, y no es hombre de dejarlo pasar por alto. Y aquí tiene la casa que usted viene buscando, esa que se levanta algo retirada de la línea de la calle. El viejo Jacob Shafter la gobierna como el más honrado de los hombres que viven en esta población.

—Gracias —dijo McMurdo.

Y después de dar un apretón de manos a su nuevo conocido, avanzó con la maleta en la mano por el sendero que conducía a la casa, y llamó con un golpe sonoro a la puerta de ésta. La abrió en el acto alguien muy diferente de la persona que él calculaba.

Era una mujer joven y de singular belleza. Tenía tipo de sueca, rubia y de blanco cutis, lo que formaba llamativo contraste con sus ojazos negros. Con ellos examinó sorprendida al desconocido, y la sorpresa y agradable embarazo que su vista le produjo hicieron que una oleada de sonrojo cubriese su pálido rostro. Viéndola dentro del cuadro de brillante luminosidad que se proyectaba por la puerta abierta, pensó McMurdo que jamás había visto nada más maravilloso, y le resultó aún más atractivo por el contraste con aquellos alrededores lúgubres y sórdidos. No se habría sorprendido más si hubiese encontrado una encantadora mata de violetas creciendo lozana en aquellos montones de negras escorias de las minas. Tan encantado estaba, que se quedó contemplándola sin decir palabra, y fue ella la que rompió el silencio:

—Creí que era mi padre —dijo con un leve y agradable dejo, propio del sueco—. ¿Viene usted en su busca? Está en el barrio comercial. Lo espero de un momento a otro.

McMurdo siguió mirándola fijamente y con no disimulada admiración, hasta que ella bajó los ojos, llena de confusión, ante aquel dominador visitante.

—Señorita, no tengo ninguna prisa por verlo. Es el caso que alguien me recomendó esta casa para que tomase pensión en ella. Creí que quizá me conviniese, pero ahora estoy seguro de que me convendrá.

—Es usted rápido en formar sus juicios —le contestó ella, sonriente.

—Cualquiera haría lo mismo que yo si no era ciego —replicó él.

La joven se echó a reír ante aquel piropo, y dijo:

—Entre, señor. Yo soy *miss* Ettie Shafter, hija del dueño. Mi madre murió, y yo gobierno la casa. Puede usted esperar en la habitación delantera sentado junto a la estufa hasta que llegue mi padre. ¡Ahí llega ya! Puede, pues, arreglarlo todo con él ahora mismo.

Por el sendero avanzaba un hombre anciano y robusto. McMurdo le explicó en pocas palabras lo que deseaba. Un individuo que se apellidaba Murphy le había dado en Chicago su dirección, y al tal Murphy se la había dado otra persona. El viejo Shafter no tenía inconveniente. El forastero no hizo ascos a las condiciones, las aceptó todas y parecía andar bastante bien de dinero. Le darían habitación y comida por doce dólares semanales, pagaderos por adelantado. Y así fue cómo McMurdo, que se había confesado fugitivo de la justicia, se cobijó bajo el techo de los Shafter,

siendo ese primer paso el que había de conducirlo a un largo y oscuro cortejo de acontecimientos, que terminarían en un país muy lejano.

Capítulo II

El gran Maestre

McMurdo era hombre que destacaba en seguida. Quienes estaban a su alrededor advertían muy pronto su presencia. Antes que transcurriese una semana se había convertido con muchísimo en la persona más importante de la pensión de Shafter. Los huéspedes eran diez o doce, pero se trataba de honrados contra maestros o de vulgares empleados de las casas de negocio, todos ellos de un calibre muy distinto al del joven irlandés. Cuando por las noches se reunían todos, era él quien más a punto tenía siempre una broma, el de más brillante conversación y el que mejores canciones cantaba. Festivo por naturaleza, estaba dotado de un magnetismo que despertaba el buen humor en todos cuantos le rodeaban. Pero, con todo ello, mostraba una y otra vez, al igual que había mostrado en el vagón del tren, que era capaz de dejarse llevar de unos arrebatos tan bruscos y violentos, que imponía respeto y temor a quienes con él trataban. Daba pruebas, además, de tal desprecio por la ley y por todos cuantos con ella estaban relacionados, que conseguía deleitar a unos y alarmar a otros de sus compañeros de pensión.

Dejó ver con toda claridad desde el primer momento, en su franca admiración, que la hija de la casa había conquistado su corazón en el instante mismo en que puso sus ojos en la belleza y en la gracia de la joven. No era un cortejante tímido. Al segundo día le dijo que la amaba, y desde ese momento no hizo sino repetir la misma afirmación, sin preocuparse para nada de todo lo que ella le decía para desanimarlo.

—Qué, ¿hay «algún otro»? —exclamaba él—. ¡Tanto peor para ese «algún otro»! ¡Déjelo que mire por sí mismo! ¿Voy yo a perder la gran oportunidad de mi vida y todo el afán de mi corazón por «algún otro»? Puede usted seguir repitiendo: «¡No!». Algún día dirá usted, Ettie, que sí. Como soy joven, puedo esperar.

Con su facundia irlandesa y sus maneras adulas y simpáticas era un pretendiente peligroso. Rodeábalo también el brillo de su experiencia de la vida y el misterio que despierta el interés de las mujeres y acaba despertando su amor. Sabía hablar de los encantadores valles del Condado de Monaghan, de donde había nacido; de la dulce isla lejana, de las colinas poco elevadas y de los verdes prados, que parecían todavía más hermosos vistos con la imaginación desde aquella región de mugre y de nieve. Conocía además la vida de las ciudades del Norte, de Detroit y de los campamentos madereros de Michigan, de Buffalo y, por último, de Chicago, ciudad donde había trabajado en un aserradero. Vino después el apunte de lo

novelesco, la sensación de que le habían ocurrido cosas extraordinarias en aquella gran ciudad, cosas tan extraordinarias y tan íntimas, que no era posible hablar de ellas. Charló animadamente de una marcha súbita, de viejos lazos rotos, de la fuga a un mundo desconocido que acabó en aquel valle de desolación. Ettie le escuchaba y sus negros ojos se encendían de compasión y de simpatía; cualidades que pueden rápidamente y con toda naturalidad trocarse en amor.

McMurdo encontró trabajo temporero como tenedor de libros porque era hombre instruido. Esto lo retenía la mayor parte de la jornada fuera de casa, y no había encontrado aún la oportunidad de presentarse al jefe de la logia de la Antigua Orden de los Hombres Libres. A recordarle esta omisión vino, sin embargo, una noche la visita de Mike Scanlan, el también miembro de la Orden, al que había conocido en el tren. Scanlan, hombre pequeño, carilargo, nervioso, de ojos negros, pareció alegrarse de hablar nuevamente con él. Después de un par de vasos de *whisky*, declaró el objeto de su visita:

—Escuche, McMurdo; me acordaba de su dirección y por eso me animé a venir a visitarle. Me sorprende que no se haya presentado usted al gran maestro. ¿Qué le ocurre que no se dejó ver todavía del mandamás McGinty?

—Tenía que encontrar empleo. He andado atareado.

—Es preciso que haga por encontrar tiempo para esa visita, aunque no lo encuentre para ninguna otra cosa. Pero ¡hombre de Dios!, ha sido una locura que no haya ido hasta la Casa de la Unión, inscribiéndose allí la mañana misma del día siguiente al de su llegada. Si él le toma entre ojos... ¡No, es preciso que no ocurra eso..., se lo digo yo!

McMurdo se mostró ligeramente sorprendido.

—Desde hace más de dos años soy miembro de una logia, Scanlan, y nunca oí que esa obligación fuese tan apremiante como dice.

—Quizá no lo sea en Chicago.

—La logia de aquí es de la misma Orden que la de allí.

—Ah, ¿sí? —Scanlan clavó en él una larga mirada. Sus ojos tenían algo de siniestro.

—¿O es que no lo es?

—Ya me lo dirá dentro de un mes. Me contaron que tuvo usted un altercado con la pareja de guardias después de apearme yo del tren.

—¿Quién se lo contó?

—Corrió la voz. En esta región corre la voz de todo lo que ocurre, para bien o para mal.

—Sí. Les dije a esos perros lo que pensaba de ellos.

—¡Por vida mía, que usted le va a resultar a McGinty un hombre a la medida de sus deseos!

—¿Qué? ¿Él también aborrece a la Policía?

Scanlan estalló en una carcajada. Luego, al despedirse, dijo:

—Vaya a visitarlo, muchacho. Si no lo hace usted, a quien él aborrecerá será a usted y no a la Policía. Siga el consejo de un amigo, y acuda a él inmediatamente.

Y dio la casualidad de que McMurdo tuvo aquella noche otra entrevista más apremiante que lo empujó hacia la misma dirección. Ya fuese porque sus galanterías para con Ettie hubiesen sido cada vez más evidentes, o porque la lenta comprensión de su buen posadero sueco reparó gradualmente en ella (o por lo que fuese), el dueño de la casa de pensión invitó al joven a pasar a su habitación particular y abordó el asunto sin rodeos, diciéndole:

—Me parece, señor, que usted hace la corte a mi Ettie. ¿Es así, o estoy equivocado?

—No, no está usted equivocado —contestó el joven.

—Pues entonces, yo quiero decirle, desde ahora mismo, que es tiempo perdido. Alguien se le adelantó.

—Ya me lo dijo ella.

—Pues tenga la seguridad de que le dijo la verdad. ¿Y le dijo también quién es él?

—No; se lo pregunté, pero se negó a revelármelo.

—Claro que se negaría, la muy pelleja. Quizá no quiso asustarlo.

—¡Asustarme! —Le bastó un momento a McMurdo para enfurecerse.

—Sí, amigo mío, y no tiene por qué avergonzarse de tenerle miedo a él. Es Teddy Baldwin.

—¿Y quién es el tal Teddy Baldwin?

—El *mandamás* de los Camorrones.

—¡Los Camorrones! Ya he oído hablar de ellos. ¡Camorrones por aquí, Camorrones por allá, y siempre dicho entre cuchicheos! ¿Qué es eso de lo que todos ustedes se asustan? ¿Quiénes son los Camorrones?

El dueño de la casa de pensión bajó instintivamente la voz, como lo hacían todos cuando hablaban de la temible sociedad.

—Los Camorrones —dijo— pertenecen a la Antigua Orden de los Hombres Libres.

El joven pegó un respingo.

—Pero ¡si yo mismo pertenezco a esa Orden!

—¡Usted! De haberlo sabido, jamás le habría dado entrada en mi casa, ni aunque me pagase cien dólares por semana.

—Pero ¿qué tiene de malo la Orden? Sus fines son el ejercicio de la caridad y de la buena camaradería. Así lo dicen las reglas.

—Quizá ocurra eso en algunos lugares. ¡Aquí, no!

—¿Y qué es aquí?

—Una sociedad de asesinos; eso es.

McMurdo se echó a reír con incredulidad, y preguntó:

—¿Es usted capaz de probarlo?

—¡Probarlo! ¿No lo prueban cincuenta asesinatos cometidos? ¿Qué me dice usted

de Milman y Van Shorst, y de la familia Nicholson, del viejo míster Hyan, del pequeño Billy James y de otros? ¡Probarlo! ¿Hay en este valle un solo hombre o una sola mujer que no lo sepan?

—¡Oiga! —dijo McMurdo con mucha seriedad—. O retira usted lo que ha dicho, o me lo hace bueno. No salgo de este cuarto sin que usted haya hecho una cosa u otra. Póngase en mi lugar. Soy forastero en esta población. Pertenezco a una sociedad que a mí me consta que es inofensiva. La encontrará usted establecida por toda la superficie de los Estados Unidos, y en todas partes, como una sociedad limpia. Y ahora, cuando yo me proponía ingresar en la que hay aquí, me viene con que se trata de la misma sociedad de asesinos a la que llaman los Camorreros. Míster Shafter, creo que me debe o una disculpa o una explicación.

—Señor, yo sólo puedo decirle lo que sabe todo el mundo. Los mandamases de la una son los mandamases de la otra. Si usted ofende a la una, son los de la otra quienes lo castigan. Lo hemos comprobado con demasiada frecuencia.

—¡Ésas son puras habladurías! ¡Pruebas son las que yo quiero! —dijo McMurdo.

—Las tendrá si vive usted aquí mucho tiempo. Pero me olvidaba de que es usted uno de ellos. Pronto se habrá vuelto tan malvado como los demás. Pero tendrá que encontrar otra casa de pensión, porque yo no puedo tenerlo en la mía. Como si ya no fuera bastante malo que uno de ellos corteje a mi Ettie, sin que yo me atreva a cortar esas relaciones, ¿voy a cargar con otro más como pensionista? ¡Le digo a usted que, pasada esta noche, ya no volverá a dormir en mi casa!

McMurdo se encontró, pues, bajo la sentencia de destierro de la casa en que vivía cómodamente y de la joven a quien amaba. Aquella misma noche la encontró sola en el cuarto de estar y le confesó sus cuitas.

—Lo que le digo. Su padre está empeñado en que abandone la casa. Poco me importaría si sólo se tratase de la habitación; pero, Ettie, es que, a pesar de que no llevo más de una semana tratándola, es ya usted para mí como el mismo soplo de vida, y sin usted no puedo vivir.

—¡Oh McMurdo, cállese! ¡No hable de ese modo! —le dijo la joven—. ¿No le he dicho ya que ha sido demasiado tarde? ¿Verdad que se lo he dicho? Hay otro hombre, y si es cierto que no le he prometido casarme con él, tampoco puedo prometérselo a nadie más.

—Dígame, Ettie: y si yo hubiese sido el primero, ¿habría sido posible que me aceptase?

La joven hundió el rostro entre las manos, y sollozó:

—¡Pluguiera a Dios que hubiese usted sido el primero!

McMurdo cayó en el acto de rodillas ante ella, y exclamó:

—¡No siga usted adelante, Ettie, por amor de Dios! ¿Será usted capaz de destruir su vida y la mía por atenerse a semejante promesa? ¡Déjese guiar de su corazón, *acushla*! Es un guía mucho más seguro que cualquier promesa dada sin saber lo que estaba diciendo.

Agarró entre sus fuertes manos morenas las manos blancas de Ettie.

—Diga que será mía y que ambos haremos frente juntos a todo.

—Pero ¡no aquí!

—Sí, aquí.

—¡No, no, Jack! —McMurdo la ceñía con sus brazos—. Aquí es imposible. ¿No podría llevarme a otro lado?

En las facciones de McMurdo se reflejó una lucha interior, pero acabaron endureciéndose como el granito.

—No, aquí —dijo—. Aquí serás mía, Ettie, aunque tenga que hacer frente al mundo entero.

—¿Por qué no marchamos juntos?

—No, Ettie, no puedo abandonar esto.

—¿Por qué?

—Me sería imposible vivir con la cabeza erguida, teniendo conciencia de que me habían obligado a huir. Además, ¿de qué hemos de tener miedo? ¿No somos personas libres de un país libre? Si tú me amas y yo te amo, ¿quién se atreverá a interponerse entre los dos?

—No sabes lo que ocurre, Jack. Llevas aquí muy poco tiempo. No conoces a ese Baldwin. No conoces a McGinty y a sus Camorroneros.

—No, no los conozco, no los temo ni creo en ellos —dijo McMurdo—. He vivido entre gente del bronce, corazón, y en lugar de tenerlos yo miedo, acabaron siempre teniéndomelo ellos a mí, ¡siempre, Ettie! Mirándolo superficialmente, parece cosa de locura. Si estos hombres, como dice tu padre, han cometido un crimen tras otro en el valle, y si todos los conocen por sus nombres, ¿cómo es que ninguno de ellos ha sido llevado ante los jueces?

—Porque no hay nadie que se atreva a comparecer de testigo en contra de ellos. Quien lo hiciese no viviría un mes. Además, porque ellos tienen siempre a sus propios hombres dispuestos a afirmar bajo juramento que el acusado se encontraba lejos del escenario del crimen. Pero, Jack, ¡es imposible que no hayas leído todas estas cosas! Yo estaba en la creencia de que todos los periódicos de los Estados Unidos venían publicando noticias acerca de ese asunto.

—Sí, algo tengo leído, es cierto; pero siempre creí que era una pura fantasía. Quizás estos hombres tengan alguna razón para actuar como lo hacen. Quizá se sienten perjudicados y no tienen otro recurso para defenderse.

—¡Oh Jack, no quiero oírte hablar así! ¡Así es cómo habla... el otro!

—¿Baldwin? ¿Que Baldwin habla así?

—Y por eso siento por él tal repugnancia. ¡Oh Jack! Ahora puedo decirte la verdad: ¡cómo le odio! Pero también le temo. Le temo por mí, pero sobre todo le temo por mi padre. Estoy segura de que, si yo me atreviera a decir que lo siento, caería sobre nosotros alguna gran desgracia. Por esa razón le voy dando largas con medias promesas. Para decir verdad, ésa era nuestra única esperanza. Pero si tú

quisieras huir conmigo, Jack, podríamos llevar con nosotros a mi padre y vivir para siempre lejos del poder de estos malvados.

Nuevamente reflejaron las facciones de McMurdo la lucha interior, y nuevamente se endurecieron como el granito.

—Ettie, ningún daño te ocurrirá a ti ni a tu padre tampoco. En cuanto a esos malvados, espero que, antes que hayamos llegado al final del asunto, descubrirás que yo soy tan malo como el peor de ellos.

—¡No, Jack, no! ¡Dondequiera que viviésemos, tendría yo fe en ti!

McMurdo se rió amargamente.

—¡Santo Dios, y qué poco me conoces! Tu alma inocente, encanto mío, no puede ni siquiera imaginarse lo que está pasando dentro de la mía. Pero, hola ¿quién es el visitante? La puerta se había abierto súbitamente, y un hombre joven entró dándose tono y con aires de ser allí el amo. Era hermoso y decidido, y tenía, más o menos, la edad y la corpulencia del mismo McMurdo. Bajo el negro sombrero de fieltro de anchas alas, que no se había molestado en quitarse, un rostro de bellas facciones, de ojos dominadores y agresivos y de nariz encorvada como pico de halcón, miraba salvajemente a la pareja sentada junto a la estufa.

Ettie se había puesto vivamente en pie, llena de confusión y de alarma.

—Me alegro de verle, míster Baldwin —dijo la joven—. Llega usted más pronto de lo que esperaba. Venga y siéntese.

Baldwin, con las manos en jarras, miraba a McMurdo, y preguntó con sequedad:

—¿Quién es éste?

—Es un amigo mío, míster Baldwin, un nuevo huésped. Míster McMurdo, ¿me permite que le presente a míster Baldwin?

Los jóvenes se saludaron, huraños, con una inclinación de cabeza.

—Quizá *miss* Ettie le haya dicho ya lo que hay entre nosotros —dijo Baldwin.

—No creí entender que hubiese ninguna relación entre ustedes.

—¿No? Pues ya puede darse ahora por enterado. Créame si le digo que esta joven es mía y que la noche está deliciosa para que se dé usted un paseo.

—Gracias, pero no me apetece.

—No, ¿eh? —Los ojos feroces de Baldwin echaban chispas de ira—. ¿Y no le apetece una pelea, señor huésped?

—¡Muchísimo! —exclamó McMurdo, poniéndose de un salto en pie—. Jamás pronunció usted palabra que me sonase mejor.

—¡Por amor de Dios, Jack! ¡Oh, por amor de Dios! —gritó, fuera de sí, la pobre Ettie—. ¡Oh Jack, Jack, cometerá contra ti alguna barbaridad!

—Conque Jack, ¿eh? ¿Hasta ese



punto hemos llegado? —dijo Baldwin, lanzando un juramento.

—¡Oh Ted, sea razonable, sea bueno! ¡Hágalo por mí, Ted! ¡Si alguna vez me amó, tenga buen corazón y sea generoso!

—Me está pareciendo, Ettie, que, si nos dejases a solas, podríamos nosotros dejar zanjada esta cuestión —dijo tranquilamente McMurdo—. O si le parece, míster Baldwin, podría venir a darse un paseo conmigo por la calle. La noche es hermosa, y más allá de la próxima manzana disponemos de campo abierto.

—Le arreglaré las cuentas a usted sin ensuciarme las manos —contestó su enemigo—. Antes que haya acabado con usted se arrepentirá de haber puesto los pies en esta casa.

—No hay momento como el presente —gritó McMurdo.

—Mi momento lo elegiré yo, señor. Puede usted dejarme a mí la cuestión de elegir el momento. ¡Mire!

Se remangó súbitamente una manga de la chaqueta y mostró en su antebrazo una marca especial que parecía haber sido grabada allí a fuego. Era un círculo con un triángulo en su interior.

—¿Sabe lo que esto significa?

—Ni lo sé ni me importa.

—Bien, ya lo sabrá. Se lo prometo. Sin darle tiempo a que envejezca mucho. Quizás Ettie pueda contarle algo. En cuanto a ti, Ettie, vendrás a buscarme de rodillas. ¿Me oyes, muchacha? ¡De rodillas! Y entonces te diré cuál será tu castigo. ¡Has sembrado, y, vive Dios, que cuidaré de que recojas la cosecha!

Miró a los dos con ojos que se le saltaban de furor. De pronto giró sobre sus talones, y un instante después la puerta exterior se cerraba con un portazo a su espalda.

McMurdo y la muchacha permanecieron unos momentos en silencio. Y de pronto, ella le echó los brazos al cuello.

—¡Qué valiente eres, Jack! Pero de nada servirá... Es preciso que huyas. ¡Esta noche, Jack..., esta noche! Es tu única esperanza. Te matará. Lo leí en sus ojos horribles. ¿Qué puedes tú contra ellos, que son una docena y que tienen a su espalda al mandamás McGinty con todo el poder de la logia?

McMurdo desenlazó las manos de la joven, la besó y volvió a sentarla gentilmente en una silla.

—¡Ahí, *acushla*, ahí! No te preocupes ni pases miedo por mí. También yo soy Hombre Libre. Antes se lo he dicho a tu padre. No me consideres como a un santo, porque quizá no soy mejor que los demás. Y quizá me odies a mí también después que te he dicho todo esto.

—¡Odiarte a ti, Jack! ¡Mientras viva, me será imposible! He oído decir que en otras partes no hay ningún mal en ser Hombre Libre. ¿Por qué, pues, he de juzgarte peor ahora que lo sé? Pero si eres Hombre Libre, ¿por qué no vas y te haces amigo de McGinty? ¡Date prisa, Jack, date prisa! ¡Adelántate a hablar antes que los sabuesos se

lancen sobre tu pista!

—Eso mismo estaba yo pensando —dijo McMurdo—. Voy ahora mismo y lo dejaré arreglado. Puedes decir a tu padre que dormiré aquí esta noche y que por la mañana encontraré otro alojamiento.

El mostrador del salón de McGinty hallábase tan concurrido como de costumbre, porque era el lugar favorito en que pasaban el tiempo los elementos más broncos de la población. El tal McGinty era muy popular, porque era hombre de carácter rudamente jovial, máscara que le servía para ocultar tras ella muchas cosas. Pero, con independencia de esa popularidad, bastaba para llenar el bar el miedo que inspiraba en toda la población en los cincuenta kilómetros que abarcaba el valle y hasta más allá de las montañas que se alzaban a uno y otro lado del mismo, porque nadie podía dejar de cultivar su buena voluntad.

Aparte de los poderes secretos que, según todos creían, ejercía de manera tan implacable, aquel hombre era un alto funcionario público, consejero municipal y comisario de carreteras, habiendo sido elegido para ese cargo con los votos de los bergantes que esperaban a su vez recibir algún favor de sus manos. Los impuestos y tasas eran enormes, las obras públicas se hallaban descaradamente abandonadas, interventores cohechados servían de tapadera a las cuentas, y los ciudadanos honrados, víctimas del terror, pagaban aquel público chantaje, y se guardaban de hablar para evitar que les ocurriese alguna desgracia mayor. Y así es como, un año tras otro, los alfileres de brillantes de McGinty se fueron haciendo más llamativos, más macizas las cadenas de oro que cruzaban sus chalecos suntuosos, y su salón se ensanchó, hasta amenazar con acaparar todo un lado de la plaza del Mercado.

McMurdo dio un empujón a la puerta de resorte del salón y se abrió paso entre la multitud de hombres que había dentro, en una atmósfera que el humo del tabaco hacía borrosa y que estaba cargada de olor a las bebidas espirituosas. El local estaba brillantemente iluminado, y los grandes espejos de pesados marcos dorados que había en todas las paredes multiplicaban la rabiosa iluminación. Varios camareros, en mangas de camisa, estaban atareadísimos en preparar mezclas de bebidas para los ociosos que rodeaban el ancho mostrador recargado de metal. En su extremo mismo, con el cuerpo apoyado en la barra del mostrador y el cigarro incrustado en la comisura de la boca formando ángulo agudo, veíase a un hombre alto, fornido y recio, que no podía ser otro sino el célebre McGinty en persona. Era un gigantón de negra cabellera, barbado hasta los pómulos y con una maraña de pelo color cuervo que le llegaba hasta el cuello de la ropa. Su cutis era moreno como el de un italiano, y sus ojos, de un color negro apagado; esto, unido a una leve bizquera, le daban un aspecto singularmente siniestro. Todo lo demás de aquel hombre: sus bellas proporciones, los finos rasgos de su cara y la soltura de sus maneras, encajaban bien en el trato jovial y llano que él afectaba. «Aquí tenemos —se decía cualquiera— a un individuo honrado, aunque áspero, de corazón noble, por muy tosco y descarado que parezca al hablar». Únicamente cuando fijaba en alguien aquellos sus ojos de un

color negro apagado, profundos y sin remordimientos, se encogían todos, con la sensación de encontrarse cara a cara con una energía, un valor y una astucia detrás de aquella mirada que los hacían mil veces más destructores.

McMurdo, después de fijarse bien en aquel hombre, avanzó, abriéndose camino con el codo, tan audazmente despreocupado como siempre, y se metió por entre el pequeño grupo de adulones que hacían la corte al poderoso mandamás, y que reían con estrepitosas carcajadas sus chistes más insignificantes. Los atrevidos ojos grises del joven forastero sostuvieron, impertérritos, a través de los cristales de sus gafas, la mirada que clavaron en ellos aquellos otros ojos negros terribles.



—Joven, no consigo recordar su cara.

—Soy nuevo aquí, míster McGinty.

—No tan nuevo como para no saber dar a un caballero el tratamiento que le corresponde.

—Se dice consejero McGinty, joven —dijo una voz salida del grupo.

—Lo siento, consejero. Desconozco las costumbres de esta región. Pero me aconsejaron que viniera a presentarme a usted.

—Pues ya me tiene delante. De cuerpo entero. ¿Qué opina de mí?

—Todavía es pronto. Si tiene usted el corazón tan grande como su cuerpo y el alma tan bella como la cara, yo no pediría más —dijo McMurdo.

—¡Por vida de..., que tiene usted por lo menos una lengua de irlandés en esa cabeza suya! —exclamó el dueño del salón, no muy seguro de si debía animar al audaz visitante o permanecer encastillado en su dignidad—. ¿De modo que se digna dar su visto bueno a mi aspecto exterior?

—Desde luego —dijo McMurdo.

—¿De modo que le dijeron que viniese a visitarme?

—Así es.

—¿Quién se lo dijo?

—El hermano Scanlan, de la logia trescientos cuarenta y uno, Vermissa. ¡A su salud, consejero, y porque nos vayamos conociendo mejor!

Alzó hasta los labios un vaso que le habían servido, y al ir a beberlo levantó su dedo meñique.

McGinty, que no le perdía movimiento, arqueó sus tupidas cejas negras.

—¡Ah, vamos! ¿Era eso? —dijo—. Tendré que estudiar el asunto con un poco más de detenimiento, míster...

—McMurdo.

—Con un poco más de detenimiento, míster McMurdo. Por aquí no tomamos a la

gente a crédito ni nos creemos todo lo que se nos dice. Venga un momento conmigo a la trastienda.

Había un cuartito junto a cuyas paredes se alineaban los barriles. McGinty cerró con cuidado la puerta, y luego se sentó encima de uno de ellos, mordiéndose pensativo su cigarro mientras examinaba a su acompañante con aquellos ojos suyos inquietantes. Permaneció durante sus buenos dos minutos sentado y en un silencio absoluto.

McMurdo aguantó aquel examen de muy buen talante, con una mano dentro del bolsillo de la chaqueta y retorciéndose el moreno bigote con la otra. McGinty se inclinó de pronto y sacó un revólver de aspecto siniestro, diciendo:

—Escuche, bromista. Si yo llego a creer que usted nos la quiere pegar de alguna manera, le quedaría poco tiempo para arrepentirse.

—¡Sí que es ésta una acogida extraña para ser dada por el gran maestro de una logia de Hombres Libres a un hermano forastero! —le contestó McMurdo con cierta dignidad.

—Eso es precisamente lo que usted tiene que demostrar que es —le dijo McGinty—. ¡Y que Dios le ayude si no lo consigue! ¿Dónde lo iniciaron?

—En la logia veintinueve, de Chicago.

—¿Cuándo?

—El veinticuatro de junio de mil ochocientos setenta y dos.

—¿Gran maestro?

—James H. Scott.

—¿Quién gobierna su distrito?

—Bartholomew Wilson.

—¡Hum! Contesta usted con facilidad a las preguntas de prueba. ¿Y qué hace usted aquí?

—Trabajar. Como usted, pero ganando menos.

—Tiene usted a mano siempre la respuesta.

—Siempre fui ágil de palabra.

—¿Lo es también de acción?

—Esa fama llevo entre quienes me conocen mejor.

—Quizá lo pongamos a prueba antes de lo que se imagina. ¿Ha oído hablar de la logia desde que está aquí?

—Me han dicho que hace falta ser todo un hombre para ser hermano.

—No le engañaron, míster McMurdo. ¿Por qué abandonó Chicago?

—¡Que me ahorquen si se lo digo!

McGinty abrió los ojos. No estaba acostumbrado a que le contestasen de ese modo, y aquello le hizo gracia.

—¿Por qué no ha de decírmelo?

—Porque un hermano no debe mentir a otro hermano.

—¿Tan mala es la verdad como para que no pueda decirse?

—Hágase esa idea, si así le parece.

—Veamos, señor mío: usted no puede esperar que yo, en mi calidad de gran maestro, dé entrada en la logia a un hombre de cuyo pasado no puedo responder.

McMurdo pareció desconcertarse. De pronto, sacó del bolsillo interior un recorte de periódico muy manoseado.

—Supongo que usted no se irá a chivar de un compañero —dijo.

—Si me repite esas palabras, le cruzaré la cara de una bofetada —le gritó McGinty, irritado.

—Tiene razón, consejero —contestó McMurdo con mansedumbre—. Tengo que disculparme. Hablé sin pararme a pensar lo que decía. Bien: ahora sé que me puedo considerar bastante seguro en sus manos. Eche una ojeada a este recorte.

McGinty leyó el relato de la muerte a tiros de cierto individuo llamado Jonas Pinto, en el Lake Saloon, Market Street, Chicago, durante la primera semana del año 1874.

—¿Obra suya? —preguntó, devolviendo el recorte.

McMurdo asintió con la cabeza.

—¿Y por qué lo mató?

—Yo estaba ayudando al Tío Sam a fabricar dólares. Quizá los míos no eran de un oro tan fino como los suyos, pero parecían tan bonitos como éstos y resultaban más baratos. Este Pinto me ayudaba a empujar la pacotilla...

—¿A qué?

—A poner los dólares en circulación. De pronto me dijo que él se *rajaba*. Y a lo mejor lo hizo. Pero yo no esperé a comprobarlo. Lo maté y salí de naja para la región carbonera.

—¿Por qué para la región carbonera?

—Porque tenía leído en los periódicos que en dicha región no se andaban con remilgos.

McGinty se echó a reír.

—De modo que ha sido en primer lugar falsificador de moneda y luego asesino, y vino por aquí creyendo que lo recibirían con palmas, ¿verdad?

—Una cosa por el estilo —contestó McMurdo.

—Bien; me está pareciendo que llegará lejos. Oiga: ¿es capaz de seguir fabricando esos dólares?

McMurdo sacó media docena de su bolsillo, y dijo:

—Éstos no pasaron por la Casa de la Moneda de Washington.

—¡No me diga! —McGinty los expuso a la luz en su enorme manaza, tan hirsuta como la de un gorila—. No descubro ninguna diferencia. ¡Por vida de...!, que estoy pensando en que será usted un hermano de gran utilidad. Amigo McMurdo, entre nosotros hay sitio para un par de hombres malos, porque hay momentos en que no tenemos más remedio que atacar. Si no devolviéramos el empujón a quienes nos empujan, pronto nos veríamos pegados a la pared.

—Me creo capaz de hacer mi parte junio a los demás muchachos en eso de empujar.

—Parece usted hombre bien templado. Cuando le apunté con el revólver no se amilanó.

—No era yo quien estaba en peligro.

—¿Quién lo estaba, entonces?

—Usted, consejero. —McMurdo sacó del bolsillo lateral de su zamarra de marinero un revólver con el gatillo levantado—. Lo estuve a usted apuntando todo el tiempo, y creo que mi dedo habría sido tan rápido como el suyo en disparar.

McGinty se sonrojó de ira y estalló de pronto en una estrepitosa carcajada.

—¡Por vida de...! —exclamó—. Hace muchos años que no se nos viene a la mano un encoge corazones como este hombre. Espero que la logia tenga motivos de estar orgullosa de usted. Bien: ¿qué diablos queréis vosotros ahora? ¿Es que no puedo yo hablar cinco minutos con un caballero sin que vengáis a interrumpimos?

El camarero del mostrador se quedó acobardado.

—Lo siento, consejero; pero se trata de míster Ted Baldwin. Dice que necesita hablarle ahora mismo.

El mensaje sobraba, porque por encima del hombro del camarero asomaba la cara, resuelta y cruel, del mismo Baldwin. Sacó fuera de un empujón al camarero del mostrador y cerró tras él la puerta.

—De modo que se me ha adelantado, ¿verdad? —dijo, dirigiendo a McMurdo una mirada feroz—. Consejero, tengo que decirle a usted unas palabras acerca de este individuo.

—Pues entonces dígalas aquí y ahora mismo, en mi propia cara.

—Las diré cuando me parezca y a mi manera.

—¡Vaya, vaya! —dijo McGinty, bajando de su barril—. Esto no puede ser. Tenemos aquí a un nuevo hermano, Baldwin, y no está bien que lo recibamos de esta manera. ¡Alárguele la mano, hombre, y hagan las paces!

—¡Nunca! —gritó Baldwin, furioso.

—Yo me he ofrecido a él para que nos peleemos si cree que le he perjudicado —dijo McMurdo—. Si no le agrada que nos peleemos con los puños, pelearé como él prefiera. Y ahora, consejero, pongo el asunto en sus manos para que juzgue y sentencie como gran maestro que es.

—¿De qué se trata, entonces?

—De una joven. Ella es libre de elegir entre nosotros dos.

—¡Ah!, ¿sí? —gritó Baldwin.

—Yo diría que lo es, tratándose de dos hermanos de logia —afirmó el mandamás.

—¡Oh! ¿Porque usted lo manda?

—Porque yo lo mando, Ted Baldwin —dijo McGinty, clavando en Baldwin una mirada dañina—. ¿O es que tú te rebelas?

—¿De modo que desaira usted a un hombre que le ha sido leal durante cinco

años, y lo hace en favor de un hombre al que hasta ahora no ha visto en su vida? Jack McGinty, no es usted gran maestro para toda la vida, y, ¡vive Dios!, que la próxima vez que haya que votar...

El consejero saltó hacia él como un tigre, sus manos se cerraron alrededor del cuello de Baldwin y lo tiró con violencia hacia atrás, encima de uno de los barriles. Era tal su furor, que lo habría ahogado si McMurdo no hubiese intervenido.

—¡Cálmese, consejero! ¡Por amor de Dios, cálmese! —exclamó, tirando de él hacia atrás.

McGinty soltó su presa, y Baldwin, acobardado y quebrantado, respirando fatigosamente y con un temblor de todo su cuerpo, como quien acaba de asomarse a mirar por encima del borde mismo de la muerte, se sentó en el barril sobre el que había sido lanzado.

—Se lo ha estado buscando desde hace ya tiempo, Ted Baldwin. Y ya lo ha visto —exclamó McGinty, dilatando y encogiendo su voluminoso tórax—. Quizá piense que si una votación me echa abajo, va usted a ocupar mi puesto. La logia es quien ha de decidirlo. Pero, mientras yo sea el jefe, no toleraré que nadie alce su voz contra mí o contra mis decisiones.

—Yo no tengo nada contra usted —dijo Baldwin, palpándose el cuello.

—Pues entonces, todos otra vez tan amigos, y asunto liquidado —contestó McGinty, recuperando su áspera jovialidad.

Alargó la mano hacia el estante, agarró una botella de champaña y la descorchó.

—¡Ea! —prosiguió al mismo tiempo que llenaba tres vasos—. Hagamos el brindis de paz de la logia. Ya lo sabéis; después de este brindis no puede existir entre vosotros mala sangre. Y ahora, con mi mano izquierda en el arranque del cuello, yo le pregunto, Ted Baldwin: ¿está usted ofendido?

—Los nubarrones son oscuros —contestó Baldwin.

—Pero se iluminarán para siempre.

—Lo juro.

Ambos hombres bebieron, e idéntica ceremonia tuvo lugar entre Baldwin y McMurdo.

—Bien —dijo McGinty, frotándose las manos—; se acabaron los malos quereres. Si las cosas siguen adelante, usted estará sometido a la disciplina de la logia, que, como el hermano Baldwin lo sabe, tiene por esta región la mano pesada. Pronto lo verá, hermano McMurdo, si es que busca líos.



—Le aseguro que me miraré bien antes de hacerlo —dijo McMurdo, y alargó su mano a Baldwin—. Yo me disparo pronto, pero perdono pronto. Me dicen que es cosa de mi arrebatada sangre irlandesa. Pero por mí esto es cosa acabada, y no le guardo rencor.

Baldwin no tuvo más remedio que estrechar la mano que se le tendía, porque el terrible mandamás tenía clavados en él sus ojos siniestros. Pero lo adusto de su cara daba a entender cuán poco lo habían conmovido las palabras del otro.

McGinty les dio a los dos unas palmadas en el hombro, exclamando:

—¡Esas faldas, esas faldas! ¡Y pensar que una misma moza se haya interpuesto entre dos de mis muchachos! El diablo es quien lo ha hecho. Bueno, es la moza misma quien tiene que resolver el asunto, porque este cae fuera de la jurisdicción del gran maestro; gracias sean dadas al Señor por ello. Ya es bastante lo que tenemos encima sin necesidad de mujeres. Hermano McMurdo, tendrá que afiliarse a la logia trescientos cuarenta y uno. Nosotros tenemos nuestros métodos y costumbres propias, distintas de las de Chicago. Nos reunimos el sábado por la noche, y si usted acude, le daremos para siempre la investidura de Hombre Libre del valle de Vermisa.

Capítulo III

Logia 341, Vermissa

Al día siguiente de aquella noche preñada de tantos y tan sensacionales sucesos, McMurdo se mudó de la pensión del viejo Jacob Shafter a la de la viuda McNamara, situada en el extremo límite de la población. Scanlan, el primer hombre con quien McMurdo había trabado relación en el tren, tuvo poco después ocasión de trasladarse a vivir en Vermissa, y ambos se alojaron juntos. No había ningún otro huésped en la casa, y la dueña era una vieja irlandesa bonachona que no se metía con ellos, de manera que disponían de una libertad de palabra y de acción muy grata a unos hombres que tenían secretos en común. Shafter se había ablandado hasta el punto de permitir a McMurdo ir a comer a su casa cuando bien le pareciera, de modo que sus relaciones con Ettie no se habían interrumpido en modo alguno. Todo lo contrario; a medida que transcurrían las semanas se iban haciendo más continuadas y más íntimas. Una vez instalado McMurdo en su nueva casa, creyó que podía sacar a la luz con seguridad los moldes de acuñar moneda. Llegó incluso, bajo juramento de guardar secreto, a permitir que cierto número de hermanos de logia fuesen a verlos, saliendo de allí cada cual con algunas muestras de moneda falsa en el bolsillo, tan hábilmente acuñadas que jamás tuvieron dificultad alguna ni peligro en hacerlas circular. El hecho de que McMurdo, disponiendo de habilidad tan maravillosa, se aviniese a trabajar, era un perpetuo misterio para sus compañeros, aunque él se cuidaba mucho de hacer comprender a cuantos se lo preguntaban que, si él viviese sin tener un medio visible de sustento, pronto la Policía se lanzaría sobre su pista.

Desde luego, ya un funcionario de Policía andaba tras él, aunque quiso la suerte que el incidente que tuvieron ambos redundó mucho más en bien que en daño del aventurero. Hecha ya la primera presentación, fueron pocas las noches en que McMurdo dejó de presentarse en el salón de McGinty, a fin de estrechar relaciones con los muchachos, calificativo jovial con que se conocían entre sí los componentes de la peligrosa cuadrilla que infestaba el lugar. Sus maneras resueltas y su temerario lenguaje le ganaron las simpatías de todos ellos, mientras que la rapidez y ciencia con que se desembarazó de su contrincante, en una trifulca general que se armó en el bar, le conquistó el respeto de aquella ruda comunidad. Pero otro incidente le hizo subir todavía más alto en su aprecio.

Cierta noche, en la hora de mayor concurrencia, se abrió la puerta y entró un

hombre que vestía el modesto uniforme azul y gorra puntiaguda de la Policía del Carbón y del Hierro. Era éste un cuerpo especial que habían formado los ferrocarriles y propietarios de minas para complementar los esfuerzos de la Policía civil corriente, que se encontraba desamparada frente a la criminalidad organizada que traía aterrorizado al distrito. Se produjo el silencio al entrar aquel hombre, y se clavaron en él muchas miradas llenas de curiosidad. Pero en los estados existen relaciones muy características entre policías y criminales, y el mismo McGinty, de pie detrás del mostrador, no mostró sorpresa cuando el inspector se agregó a su clientela.

—Un *whisky* puro, que la noche es cruda —dijo el oficial de Policía—. Creo que no nos conocemos todavía, ¿verdad, consejero?

—El capitán nuevo, ¿verdad?

—El mismo. Esperamos, consejero, que usted y los demás ciudadanos destacados nos ayuden a mantener la ley y el orden en esta ciudad. Mi nombre es Marvin, capitán de la Policía del Carbón y del Hierro.

—Estaríamos mejor sin usted, capitán Manan —le contestó McGinty con frialdad—. Disponemos de nuestra propia Policía local y no nos hacen falta artículos importados. ¿Qué otra cosa son ustedes, sino instrumentos a sueldo de los capitalistas, alquilados por ellos para aporrear o tirotear a sus conciudadanos más pobres?

—Bien, bien; no vamos a discutir sobre eso —contestó, bonachón, el funcionario de Policía—. Creo que todos cumplimos con nuestro deber, tal y como lo vemos, aunque no todos podemos verlo de la misma manera —se había echado al cuerpo el contenido de un vaso y se daba media vuelta para marcharse, cuando sus ojos tropezaron con la cara de Jack McMurdo, que estaba junto a su brazo, mirándolo con ceño enfurruñado—. ¡Hola! ¡Hola! —exclamó midiéndole de pies a cabeza—. Aquí tengo un viejo conocido.



McMurdo se echó hacia atrás, y contestó:

—Yo no he sido en mi vida amigo suyo ni de ningún condenado policía.

—Que dos se conozcan no quiere decir que sean amigos —dijo con risa maliciosa el capitán—. Tú eres Jack McMurdo, de Chicago, sin duda alguna, y no me lo niegues.

McMurdo se encogió de hombros, y dijo:

—No lo niego. ¿Cree usted que me avergüenzo de mi nombre y apellido?

—Pues razones para ello no te faltan.

—¿Qué diablos quiere decir con eso? —bramó, apretando los puños.

—No, no, Jack; conmigo no valen fanfarronadas. Yo fui oficial de Policía en Chicago

antes de venir a esta condenada carbonera, y cuando veo a un pícaro de Chicago lo reconozco.

McMurdo puso cara de desaliento, y exclamó:

—No quería usted decirme que es Marvin, el de la Central de Policía de Chicago.

—El mismo viejo Teddy Marvin, para servirte. Por allí no nos hemos olvidado de la muerte a tiros de Jonas Pinto.

—Yo no lo maté.

—No, ¿eh? Esas palabras son una prueba imparcial y de valor, ¿verdad que sí? Pues su muerte te vino que ni de encargo para que no te echasen el guante por hacer circular la pacotilla. Bueno, después de todo, lo pasado, pasado está. Además, y entre nosotros (aunque quizá me exceda en mis obligaciones al decirlo), no consiguieron pruebas con que acusarte, y puedes volver mañana mismo a Chicago si te place.

—Estoy bien donde estoy.

—Bueno, te he dicho lo que hay, y eres un perro arisco si no me das las gracias.

—Bueno, creo que lo dice con buena intención, y se lo agradezco —contestó McMurdo, aunque a regañadientes.

—Yo me coso los labios mientras tú vayas por la senda derecha —dijo el capitán—. Pero ¡por vida de...!, que si después de esto te desvías en el cruce, será otro cantar. De modo que buenas noches. Buenas noches, consejero.

Abandonó el salón del bar, no sin antes crear un héroe local. Las hazañas de McMurdo en Chicago se venían susurrando antes de esa noche. McMurdo esquivaba las preguntas que se le hacían con una sonrisa, como si rehusase la grandeza con que querían adornarlo. Pero ahora estaba confirmado el asunto de fuente oficial. Los ociosos del bar se agruparon en torno suyo, dándole apretones de manos. Desde ese instante, la comunidad le otorgaba todos sus derechos. McMurdo era hombre que aguantaba una buena cantidad de alcohol sin mayores consecuencias, pero, de no haberse encontrado aquella noche a mano su camarada Scanlan para conducirlo a su domicilio, el festejado héroe local la habría pasado seguramente debajo de la barra del mostrador.

McMurdo fue presentado a la logia un sábado por la noche. Había creído que le darían la entrada sin ninguna ceremonia, puesto que había sido ya iniciado en Chicago; pero en la logia de Vermissa tenían determinados ritos de los que estaban orgullosos y a los que tenían que someterse todos los solicitantes. Para estas ceremonias la asamblea se reunía en una amplia habitación del edificio de la Unión. Unos sesenta miembros se reunieron en Vermissa, aunque no representaban ellos solos la fuerza de la organización, porque había en el valle otras varias logias, sin contar las que funcionaban en las vertientes de las montañas de uno y otro lado. Todas ellas hacían un intercambio de miembros cuando había que realizar algún asunto de importancia, a fin de que el crimen fuese cometido por personas ajenas a la localidad. En conjunto no eran menos de quinientos, desparramados por el distrito carbonífero.

En la desnuda sala de la asamblea los concurrentes se agrupaban en torno de una mesa larga. A uno de los lados veíase otra mesa cargada de botellas y de vasos, y hacia la cual volvían ya sus ojos algunos de los allí presentes. McGinty estaba sentado a la cabecera de la mesa. Llevaba sobre sus enmarañadas guedejas negras un gorro chato de terciopelo negro, y alrededor del cuello una estola color púrpura, lo que le daba el aspecto de un sacerdote presidiendo un ritual diabólico. A su derecha y a su izquierda sentábanse los altos cargos de la logia, viéndose entre ellos el rostro hermoso y cruel de Ted Baldwin. Todos ostentaban alguna banda o una medalla como emblema de su cargo. La mayor parte eran hombres de edad madura, pero el resto de la concurrencia estaba compuesto en su mayor parte de jóvenes de dieciocho a veinticinco años, agentes capaces y siempre dispuestos a poner en ejecución los mandatos de sus mayores. Entre los hombres de edad había algunos cuyas facciones pregonaban que dentro de ella había almas crueles y criminales; pero, mirando hacia la gente de filas, era difícil creer que aquellos jóvenes de expresión abierta y entusiasta constituían realmente una peligrosa cuadrilla de asesinos, y que su sentido moral había sufrido una perversión tan completa que mostraban un horrible orgullo por su eficacia en el negocio, mirando con el mayor respeto a quienes llevan fama de saber realizar *limpiamente la tarea*. Había llegado a ser para sus naturalezas torcidas un acto caballeresco y valeroso ofrecerse voluntariamente para actuar contra hombres que jamás les habían hecho a ellos ninguna ofensa, a los que, en muchos casos, ni siquiera conocían de vista. Una vez cometido el crimen, se peleaban sobre quién había dado efectivamente el golpe mortal, y se divertían entre ellos y divertían a la concurrencia imitando los gritos y contorsiones del hombre asesinado. En los primeros tiempos llevaban sus manejos con cierto secreto, pero ya en la época a que se refiere esta narración obraban con absoluta ausencia de disimulo, porque los repetidos fracasos de la Justicia les habían convencido, por un lado, de que nadie se atrevería a testificar en contra de ellos y, por otro, de que disponían de un número ilimitado de testigos de completa confianza, a quienes podían recurrir en favor suyo, y de una caja bien provista de dinero de la que procedían los fondos con los que contrataban a los abogados de más talento que habla en aquel Estado. Durante largos años de atropellos, no hubo ni siquiera una sola condena, y el único peligro que alguna vez amenazaba a los Camorrones procedía de las víctimas mismas, que, a pesar de verse atacadas por sorpresa y abrumadas por el número de atacantes, podían en ocasiones dejar su señal sobre éstos.

McMurdo había sido advertido de que seña sometido a alguna dura prueba, pero nadie le dijo en qué consistiría ésta. Dos hermanos con aspecto solemne lo condujeron a una habitación exterior. Oía, a través del tabique de madera, el murmullo de muchas voces de gente reunida en asamblea. Una o dos veces oyó pronunciar su propio nombre, lo que le dio a entender que se había puesto a discusión su candidatura. Acto continuo entró donde él estaba uno de los vigilantes interiores, que tenía cruzado el pecho por una banda verde y oro.

—El gran maestro ordena que sea atado, vendados los ojos y que se le haga pasar —dijo.

Tres hombres de la guardia le quitaron la chaqueta, le subieron la manga del brazo derecho y, finalmente, le pasaron una cuerda por encima de los codos y la sujetaron. Acto continuo le cubrieron la cabeza con una caperuza de gruesa tela negra, de manera que no podía ver nada. Después le condujeron a la sala donde estaba reunida la asamblea.

La oscuridad en que se encontraba era completa, y respiraba con dificultad debajo de aquella capucha. Oyó murmullos y ruidos de personas a su alrededor, y de pronto resonó, apagada y lejana, por entre la tela que le cubría los oídos, la voz de McGinty.

—Jack McMurdo —dijo la voz—, ¿eres ya miembro de la Antigua Orden de los Hombres Libres?

Asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Pertenece a la logia veintinueve, de Chicago?

Nuevamente McMurdo se inclinó.

—Las noches oscuras son desagradables —dijo la voz.

—Sí, para que viajen los forasteros —contestó.

—Los nubarrones son oscuros.

—Sí; se aproxima una tormenta.

—¿Están satisfechos los hermanos? —preguntó el gran maestro.

Se oyó un murmullo general de conformidad, y McGinty dijo:

—Ya sabemos, hermano, por tu seña y por tu contraseña, que eres en verdad de los nuestros. Pero queremos que sepas que en éste y en otros condados de esta región tenemos ciertos ritos y también ciertas obligaciones especiales nuestras, que sólo pueden ser cumplidas por hombres de verdad. ¿Estás dispuesto a que se te someta a prueba?

—Lo estoy.

—¿Eres hombre de firme corazón?

—Lo soy.

—Demuéstralo dando un paso hacia adelante.

Al ser pronunciadas aquellas palabras sintió McMurdo que dos duros objetos puntiagudos presionaban sus ojos, produciéndole la impresión de que no le sería posible avanzar sin que se le clavasen en ellos. Sin embargo, reunió ánimos y avanzó resueltamente. Al hacerlo, desapareció la presión. Se oyó un murmullo de aplausos, y dijo la voz:

—Es hombre de firme corazón... ¿Eres capaz de soportar el dolor?

—Lo soporto tan bien como pueda soportarlo cualquiera —contestó.

—¡Ponedlo a prueba!

Tuvo que recurrir a toda su energía para no gritar, porque le corrió por todo el brazo un dolor angustioso. Fue tan repentino e inesperado, que estuvo a punto de desmayarse, pero se mordió el labio y apretó los puños para ocultar su angustia.

—Soy capaz de aguantar todavía más —dijo.

Esta vez los aplausos fueron abiertos. Hasta entonces no se había visto en aquella logia tan magnífica comparecencia. Unas manos le dieron palmadas en la espalda, y alguien le quitó de pronto la capucha de la cabeza. McMurdo, parpadeante y sonriente, se encontró rodeado de hermanos que le felicitaban.



—Una última palabra, hermano McMurdo —dijo McGinty—. Habéis jurado ya secreto y lealtad. ¿Sabéis que romper cualquiera de las cosas se castiga con una muerte inmediata e inevitable?

—Lo sé.

—¿Y aceptáis, de hoy en adelante y en cualquier circunstancia que sea, los mandatos del gran maestro?

—Los acepto.

—Pues, entonces, yo, en nombre de la logia trescientos cuarenta y una, de Vermissa, te concedo sus privilegios y te acepto a sus debates. Hermano Scanlan, poned la bebida encima de la mesa y bebamos por nuestro digno hermano.

Trajeron a McMurdo su chaqueta, pero antes de ponérsela se miró el brazo derecho, que aún le dolía muchísimo. Sobre la carne del antebrazo distinguió la clara marca de un círculo con un triángulo en su interior; la marca era profunda y roja, tal como lo había dejado el hierro de marcar. Algunos de los que estaban junto a él se levantaron las mangas y enseñaron a McMurdo las marcas a fuego que llevaban en sus brazos.

—Todos hemos pasado por ello, pero nadie lo aguantó de manera tan espléndida como usted —le dijo uno.

—¡Ha sido cosa de nada! —contestó McMurdo—; pero lo cierto era que le quemaba y le dolía.

Una vez que se dio fin a las bebidas que siguieron a la ceremonia, la logia pasó a ocuparse de sus asuntos corrientes. McMurdo, acostumbrado únicamente a las prosaicas sesiones de Chicago, escuchaba con los oídos muy abiertos y con sorpresa mayor de lo que se atrevió a demostrar.

—El primer asunto del orden del día —dijo McGinty— es leer la siguiente carta recibida del jefe del distrito Windle, del condado de Merton, logia doscientos cuarenta y nueve. Dice así:

«Querido señor: Hay una tarea que tiene que hacerse con Andrew Rae, de la firma Rae y Sturmash, propietarios de minas de estos alrededores. Recordaréis que vuestra logia está en deuda con la nuestra, porque nos sois

deudores de los servicios prestados por dos hermanos en el negocio del guardia realizado el pasado otoño. Si nos enviáis dos hombres buenos, se encargará de ellos el tesorero Higgins, de esta logia, cuya dirección ya conocéis. Él les explicará cuándo y dónde tienen que actuar.

Vuestros en libertad.

J. W. Windle. D. M. A O. F.»

—Windle nos ha servido siempre que le pedimos que nos prestase a alguno de sus hombres, y no debemos negárselos ahora.

McGinty se calló y recorrió la habitación con sus ojos apagados y malignos.

—¿Quién se ofrece voluntario para esa tarea?

Varios jóvenes alzaron sus manos. El gran maestre los miró con sonrisa de aprobación.

—Tú servirás, *Tigre Cormac*. Si lo realizas con la limpieza que realizaste el último trabajo, nada perderás. Y tú, Wilson.

—No tengo pistola —dijo el voluntario, que era nada más que un muchacho que no había llegado a los veinte años.

—Es tu primer trabajo, ¿verdad? Bien, alguna vez tienes que probar la sangre. Será un magnífico comienzo el tuyo. En cuanto a la pistola, si no me equivoco, te estará esperando. Conque os presentéis el martes, habrá tiempo suficiente, y cuando estéis de vuelta se os dará una recepción grandiosa.

—¿Hay en este caso algún premio? —preguntó Cormac, que era un joven fornido, de cara morena y de expresión brutal, habiéndose ganado por su ferocidad el apodo de *Tigre*.

—No te preocupes de la recompensa. Actúa por el honor que hay en ello, y quizá cuando hayas realizado el trabajo queden algunos dólares en el fondo de la caja.

—¿Qué es lo que ha hecho el tal individuo? —preguntó el joven Wilson.

—Ése no es asunto que incumbe a los de tu clase. Ha sido juzgado por los de allí. No es asunto nuestro. Lo que nosotros tenemos que hacer es poner por obra la sentencia, de la misma manera que ellos lo harían por nosotros. A propósito: la semana próxima vendrán dos hermanos de la logia de Merton para realizar cierto trabajo en esta zona.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó alguien.

—Créeme, es más prudente no preguntarlo. Cuando uno lo ignora todo, no puede servir de testigo contra nadie, y ninguna dificultad puede acarrear su ignorancia. Lo que importa es que se trata de hombres capaces de realizar un trabajo limpio, una vez que lo han tomado a su cargo.

—¡Y que la cosa viene a tiempo! —exclamó Ted Baldwin—. Por aquí se nos está desmandando la gente. La pasada semana, sin ir más lejos, tres de nuestros hombres fueron despedidos por el capataz Blaker. Se lo viene ganando desde hace mucho

tiempo, y recibirá su merecido sin regateos.

—¿Qué es lo que recibirá? —cuchicheó McMurdo al hermano que tenía a su lado.

—Recibirá lo que tiene en la punta un cartucho cargado de postas —exclamó el aludido con risa estrepitosa—. ¿Qué le parece nuestro sistema, hermano?

El alma criminal de McMurdo parecía haberse impregnado ya del espíritu de la miserable sociedad a la que ya pertenecía, y contestó:

—Me gusta mucho. Éste es un lugar a propósito para un hombre de pelo en pecho.

Varios de los que estaban sentados cerca oyeron sus palabras y las aplaudieron.

—¿Qué ocurre ahí? —gritó el gran maestro de negras guedejas desde el extremo de la mesa.

—Es nuestro nuevo hermano, señor, que dice que nuestros procedimientos son de su gusto.

McMurdo se puso en pie.

—Diré, si se me permite, venerable maestro, que, si se necesita un hombre, consideraría como un honor que la logia me eligiese.

Esas palabras despertaron grandes aplausos. Todos tuvieron la sensación de que un nuevo sol asomaba su cerquillo por el horizonte. Algunos de los de mayor edad opinaron que lo hacía con excesiva rapidez, y el secretario, Harraway, viejo de barba gris y cara de buitre, que se hallaba sentado junto a la presidencia, dijo:

—Propongo que el hermano McMurdo espere a que la logia tenga a bien darle trabajo.

—Sí, eso es lo que yo quería decir. Estoy en vuestras manos —dijo McMurdo.

—Ya vendrá su hora, hermano —dijo el presidente—. Os hemos señalado ya como hombre dispuesto a todo, y creemos que haréis buena labor en esta región. Si os agrada, podéis participar en un trabajillo que se realizará esta noche.

—Esperaré un trabajo que valga la pena.

—Podéis, de todos modos, venir esta noche, y ello os ayudará a que conozcáis qué causa defendemos en esta comunidad. Más tarde os explicaré de qué se trata. Entre tanto —prosiguió, mirando el orden del día—, tengo que someter a esta reunión otros dos puntos. Antes que nada, pido al tesorero que nos diga cuál es vuestro balance bancario. Hay que pagar la pensión a la viuda de Jim Carnaway. Jim cayó realizando un trabajo encomendado por la logia, y es un deber nuestro que no sea ella la que salga perdiendo.

—Jim cayó muerto a balazos el mes pasado en una tentativa nuestra para liquidar a Chester Vilcox, de Marley Creek —informó a McMurdo el hermano que tenía a su lado.

—Hay en la actualidad fondos suficientes —dijo el tesorero con la cuenta del Banco delante—. Últimamente las empresas se han mostrado generosas. Max Linder y Compañía entregaron quinientos para que no se los molestase. Walker Brothers

enviaron ciento, pero yo me encargué, sin más, de devolvérselos y pedir quinientos. Si de aquí al miércoles no recibo noticias tuyas, quizá se descomponga su caballete de cabria. El año pasado tuvimos que pegar fuego a su máquina quebrantadora antes que entrasen en razón. También la Wets Section Coaling Company ha pagado su contribución anual. Tenemos en caja suficiente dinero para atender a cualquier obligación.

—¿Y qué hay de lo de Arche Swindon? —preguntó un hermano.

—Vendió su negocio y abandonó el distrito. El pobre diablo nos dejó una carta en la que dice que prefiere ser en Nueva York barrendero voluntario en un cruce de calles, que gran propietario de minas sometido a la voluntad de una cuadrilla de chantajistas. ¡Vive Dios, que hizo bien en largarse antes que la carta llegase a nuestras manos! Supongo que no se atreverá a asomar de nuevo la cara por este valle.

Un hombre anciano, completamente afeitado, de facciones bondadosas y ceño sencillo, se levantó al extremo de la mesa en el lado opuesto al del presidente, y preguntó:

—Señor tesorero: ¿podría decirme quién ha comprado las propiedades de ese hombre al que hemos ahuyentado del distrito?

—Sí, hermano Morris. Han sido compradas por la compañía del ferrocarril del Estado y del condado de Merton.

—¿Y quién compró las minas de Todman y de Lee, que salieron al mercado de la misma manera el último año?

—La misma compañía, hermano Morris.

—¿Y quién compró las fundiciones de Manson y de Shuman, y las de Van Deher y de Atwood, que fueron vendidas recientemente?

—Todas ellas fueron compradas por la Wet Gilmerton General Minnig Company.

—Hermano Morris —dijo el presidente—, creo que nos importa una moneda de níquel quién compra todo eso, desde el momento en que no pueden llevárselo fuera de esta región.

—Con todo respeto, venerable maestro creo que nos importa muchísimo. Las cosas llevan ese curso desde hace ya diez años largos. Paulatinamente vamos echando de la industria a todos los industriales pequeños. ¿Cuál es el resultado? En lugar de ellos nos encontramos con grandes compañías como la Railroad o la General Iron, que tienen sus directores en Nueva York o Filadelfia y a los que no se les da nada de nuestras amenazas. Podemos cobrarlos de sus capataces locales, pero eso significa únicamente que los reemplazarán con otros. Y estamos así creando una situación peligrosa para nosotros. Los industriales pequeños no podían causarnos daño. No disponían ni de dinero ni de poder. Mientras nosotros no los estrujábamos hasta dejarlos secos, seguían tirando, sometidos a nuestros mandatos. Pero si estas grandes compañías se dan cuenta de que nosotros somos un obstáculo que se interpone entre ellas y sus beneficios, no ahorrarán ni trabajo ni dinero para cazarnos y llevamos ante los tribunales.

Estas palabras ominosas produjeron un silencio, y todos los rostros se ensombrecieron al intercambiar unos con otros hurañas miradas. Habían llegado a ser tan omnipotentes, sin que nadie se atreviese a hacerles frente, que llegaron a desechar de su imaginación hasta la posibilidad de que algún día tuvieran que pagarlo. Sin embargo, esa idea produjo ahora un escalofrío hasta a los más temerarios de entre ellos. El que hablaba prosiguió:

—Opino que deberíamos ser menos exigentes con los pequeños industriales. El día en que ellos desaparezcan de aquí habrá terminado la potencia de esta sociedad.

Las verdades que amargan no son recibidas con favor. Cuando el orador volvió a sentarse, se oyeron voces irritadas; McGinty se puso en pie, ceñudo.

—Hermano Morris —dijo—, usted ha sido siempre un gruñón. Mientras los miembros de la logia permanezcan unidos, no existe en Norteamérica poder capaz de quebrantarlos. ¿O es que no han hecho suficientes tentativas llevándonos a los tribunales? Yo creo que a las grandes compañías les resultará más cómodo pagar que entablar la lucha, lo mismo que ocurre con las compañías pequeñas. Y ahora, hermanos —McGinty se despojó de su negro gorro de terciopelo y de su estola mientras hablaba—, esta logia ha dado fin por esta noche a sus tareas, salvo un asuntillo del que podremos hablar cuando vayamos a separarnos. Ha llegado el momento de tomar un refrigerio fraternal entre cantos fraternales.

La naturaleza humana es realmente extraordinaria. Aquellos hombres, para quienes el asesinato era una cosa familiar, que una y otra vez habían matado a padres de familia contra quienes ningún rencor personal abrigaban; aquellos hombres, digo, sentían que las lágrimas se les venían a los ojos cuando escuchaban música tierna o patética. McMurdo tenía una hermosa voz de tenor, y si no se hubiese ya ganado antes el favor de la logia, ésta se lo habría otorgado sin remedio después que los conmovió cantando *Mari, estoy sentado en la escalera*, y *A orillas de Allan Water*. En la primera noche el nuevo iniciado se había convertido en uno de los hermanos más populares, al que todos predecían progresos y altos cargos. Sin embargo, se requerían otras cualidades, además de las de buena camaradería, para ser un digno Hombre Libre, y de ellas se le dio una muestra antes que terminase la velada. La botella de *whisky* había circulado ya muchas veces, y cuando el gran maestro volvió a levantarse para dirigir la palabra a sus hombres, éstos estaban ya excitados y maduros para hacer el mal.

—Muchachos —dijo McGinty—, hay en esta ciudad un hombre que necesita aprender una lección, y sois vosotros quienes tenéis que dársela. Me refiero a James Stanger, del *Herald*. ¿Habéis visto de qué manera vuelve a utilizar su pluma contra nosotros?

Hubo un murmullo de conformidad y más de un juramento mascullado. McGinty sacó del bolsillo del chaleco una hoja de papel.

—*Justicia y orden*. Así es cómo lo titula. «El terror reina en el distrito del carbón y del hierro. Han transcurrido doce años desde que los primeros asesinatos

demonstraron la existencia entre nosotros de una organización criminal. Desde entonces hasta hoy no han cesado esos crímenes, habiendo llegado ya a un punto tal, que nos convierten en el oprobio del mundo civilizado. ¿Para llegar a esto es para lo que nuestro gran país acoge en su seno a los extranjeros que huyen de los despotismos de Europa? ¿Es para que ellos mismos se conviertan en tiranos de los hombres que les han dado cobijo y para que un estado de terrorismo y criminalidad se establezca a la sombra de los pliegues sagrados de la bandera estrellada de la libertad, un estado de terrorismo que produciría horror en nuestras almas si leyésemos que existía bajo la más podrida monarquía del Oriente? Los hombres son conocidos. La organización está a la vista del público. ¿Hasta cuándo habremos de soportarla? ¿Podemos vivir eternamente...?». Bien, creo que ya he leído bastante de esta basura —exclamó el presidente, tirando el periódico encima de la mesa—. Eso es lo que dice de nosotros; y ahora os pregunto yo: ¿qué es lo que tenemos que responder?

—¡Matarlo! —gritaron una docena de voces enfurecidas.

El hermano Morris, el hombre de la frente serena y la barba afeitada, dijo:

—Protesto contra eso. Os aseguro, hermanos, que nuestra mano resulta ya en este valle pesada con exceso y que llegará un momento en que todos, movidos de un sentimiento de propia defensa, se unirán para aplastarnos para siempre. James Stranger es un hombre viejo, al que respetan en la ciudad y en el distrito. Su periódico defiende todo lo que hay de sólido en el valle. Si se mata a ese hombre, habrá en todo este Estado una indignación tal que acabarán destruyéndonos.

—¿Y cómo se las arreglarán para destruirnos, señor Cobardón? —exclamó McGinty—. ¿Se valdrán de la Policía? ¿Si la mitad de sus miembros está a sueldo nuestro y la otra mitad están acobardados! ¿Se valdrán de los tribunales de la justicia y de los jueces? ¿Es que no lo han intentado antes de ahora, con los resultados que están a la vista de todos?

—Existe un juez, Lynch, que quizá se encargaría del caso —dijo el hermano Morris.

Un grito de ira acogió aquella sugerencia, y McGinty gritó:

—No tengo sino que levantar un dedo, y lanzaría contra esta ciudad a doscientos hombres que la barrerían de un extremo a otro —de pronto alzó la voz y contrajo sus tupidas cejas negras con un ceño terrible—: cuidado, hermano Morris, porque no le pierdo de vista y lo vigilo desde hace algún tiempo. Usted no tiene valor, e intenta quitárselo a los demás. Será un mal día para usted, hermano Morris, aquél en que su nombre figure en nuestra orden del día, y me está pareciendo que es en él donde yo debo ponerlo.

Morris había empalidecido mortalmente y se dejó caer en su silla como si se le aflojasen las rodillas. Alzó con mano temblorosa su vaso y bebió antes de sentirse con ánimos para contestar.

—Venerable maestro, yo pido perdón a usted y a todos los hermanos de esta logia si he hablado más de lo que debiera. Soy un miembro leal (todos vosotros lo sabéis),

y lo que temo es que a la logia le ocurra algún daño, lo que me hace pronunciar palabras de inquietud. Pero yo tengo una confianza mayor en vuestro juicio que en el mío, venerable maestro, y prometo que no volveré a caer más en falta.

El ceño del gran maestro se suavizó al escuchar las humildes frases, y dijo:

—Muy bien, hermano Morris. Yo sería quien lo lamentase si fuese necesario daros una lección. Pero mientras yo permanezca en esta presidencia seremos una logia unida en palabras y en hechos. Y ahora, muchachos —prosiguió, mirando a la concurrencia que le rodeaba—, quiero decir esto: que si a Stanger se le diese todo lo que él se merece, se armaría un revuelo mayor del que nos conviene. Estos directores de periódicos se apoyan unos a otros, y no quedaría en el Estado un periódico que no pidiese a gritos policía y tropas. Pero creo que podéis darle una advertencia algo fuerte. ¿Se encargará usted, hermano Baldwin?

—¡Desde luego! —contestó con mucho entusiasmo el joven.

—¿Cuántos hombres le harán falta?

—Media docena, y dos para guardar la puerta. Vendrás tú, Gower, y tú, Mansel, y tú, Scanlan, y los dos Willaby.

—He prometido al nuevo hermano que iría él —dijo el presidente.

Ted Baldwin miró a McMurdo con ojos que demostraban que no había olvidado ni perdonado.

—Bien, que venga si lo desea —contestó con voz huraña—, con eso basta. Cuanto antes pongamos manos a la tarea, mejor.

La reunión se dispersó entre gritos, alaridos y cantos de borrachos. El bar se hallaba todavía concurrido por gente juerguista, y muchos hermanos se quedaron allí. La pequeña cuadrilla señalada para llevar a cabo la tarea salió a la calle, y fue caminando en grupos de dos y de tres por la acera a fin de no llamar la atención. La noche era de un frío crudo, con la luna en cuarto creciente brillando en un firmamento helado y salpicado de estrellas. La cuadrilla se detuvo y se reunió en un patio frontero a un alto edificio. Las palabras *Vermisss Herald* lucían en letras de oro entre las ventanas iluminadas. Llegaba desde el interior el traqueteo de la máquina de imprimir.

—Tú —dijo Baldwin a McMurdo— te quedarás aquí abajo junto a la puerta cuidando de que tengamos libre el camino. Arthur Willaby puede quedarse contigo. Vosotros, los demás, seguidme. No tengáis miedo, muchachos, porque disponemos de una docena de testigos para testimoniar que en este mismo instante nos encontramos en el bar de la Unión.

Era ya casi medianoche, y la calle estaba desierta, aparte de uno o dos noctámbulos que marchaban camino de su casa. El grupo cruzó la calle. Abriendo de un empujón la puerta de las oficinas del periódico, Baldwin y sus hombres se abalanzaron dentro y subieron la escalera que tenían delante. McMurdo y el otro se quedaron abajo. Se oyó en la habitación de arriba un grito que pedía socorro, y luego ruido de pies que pateaban y de sillas que caían. Un instante después salió corriendo

al descansillo de la escalera un hombre de cabellos grises. Antes que pudiera escapar se apoderaron de él, y sus gafas cayeron con sonido metálico a los pies de McMurdo. Se oyó un golpe y luego un gemido. El hombre había caído boca abajo, y una media docena de bastones chocaron entre sí al ser descargados sobre su cuerpo. Se retorció, y sus miembros, largos y delgados, temblaron bajo los golpes. Por fin suspendieron los demás la paliza, pero Baldwin, con una infernal sonrisa en su cara cruel, descargaba golpes sobre la cabeza del anciano, que procuraba inútilmente resguardársela con los brazos. Sus cabellos grises estaban moteados de manchas de sangre. Baldwin seguía inclinado sobre su víctima, descargando golpes cortos y malintencionados en cuanto alguna parte de la cabeza quedaba al descubierto, pero McMurdo corrió escalera arriba y lo apartó de un empujón.

—Lo estás matando. ¡Déjalo ya! —le dijo.

Baldwin le miró atónito, y gritó:

—¡Maldición!, ¿quién eres para entremeterte, tú, que acabas de entrar en la logia? ¡Atrás! —Levantó su garrota, pero McMurdo había sacado su revólver del bolsillo de la cadera, y gritó:

—¡Atrás, tú! Si me tocas, te vuelo la cabeza. En cuanto a la logia, ¿no nos dio el gran maestro la orden de que no había que matarlo? ¿Qué estás haciendo tú sino matarlo?

—Eso es verdad —exclamó otro de los atacantes.

—¡Eh, los de arriba, daos prisa! —gritó el hombre que estaba en la planta baja—. Todas las ventanas se están iluminando y dentro de cinco minutos se os vendrá encima la población entera.

Oíanse, desde luego, gritos en la calle, y en el vestíbulo de la planta baja se estaba formando un pequeño grupo de tipógrafos, animándose para entrar en acción. Dejando el cuerpo inmóvil y flácido del director en lo alto de la escalera, los criminales bajaron corriendo y se alejaron rápidamente por la calle. Al llegar a la casa de La Unión, algunos se mezclaron con la gente que había en el salón de McGinty, anunciando entre cuchicheos al *mandamás*, que se hallaba del lado de dentro del mostrador, que el trabajo había quedado cumplido satisfactoriamente. Otros, entre los cuales se contaba McMurdo, se alejaron por las calles laterales, y llegaron hasta sus casas dando rodeos.



Capítulo IV

El valle del terror

McMurdo, al despertarse a la mañana siguiente, tuvo buenas razones para recordar su iniciación en la logia. Le dolía la cabeza por efecto de la bebida, y tenía el brazo ardiendo y con hinchazón donde había sido marcado a fuego. Como disponía de una fuente propia de ingresos, atendía a su trabajo con irregularidad, y por eso se desayunó tarde y permaneció en casa toda la mañana, escribiendo una larga carta a un amigo. Después leyó el *Daily Herald* En una columna especial, insertada a última hora, leyó: «Agresión en la redacción del *Herald*. El director, gravemente herido». Era un relato breve de los hechos que McMurdo conocía mejor que lo que podía conocerlos el redactor. Terminaba con este párrafo:

«El asunto ha pasado a manos de la Policía, pero es difícil esperar que sus trabajos alcancen un éxito superior a los que ha venido alcanzando en el pasado. Algunos de los individuos fueron reconocidos, y es de desear que se consiga sentencia contra ellos. Ni que decir tiene que la agresión partió de esa vergonzosa sociedad que durante tan largo tiempo tiene esclavizada a esta comunidad, y contra la que el *Herald* ha adoptado una posición tan resuelta. Los muchos amigos de míster Stanger se alegrarán de saber que, a pesar de haber sido golpeado cruel y brutalmente y de haber recibido importantes heridas en la cabeza, su vida no se halla en peligro inmediato».

A continuación anunciaba que había sido pedida una guardia de la Policía del Carbón y del Hierro, armada de rifles Winchester, para defender la Redacción.

McMurdo había puesto a un lado el periódico y estaba encendiendo su pipa con mano temblorosa, por efecto de los excesos de la noche anterior, cuando llamaron a la puerta exterior, y su patrona le trajo una carta que un mozalbete acababa de entregarle. No traía firma, y su texto era el siguiente:

«Deseo hablar con usted, pero preferiría no hacerlo en su casa. Me encontrará en el Miller Hill, junto al asta de la bandera. Si viene ahora mismo, tengo algo que es importante para que usted lo sepa y que yo se lo diga».

McMurdo leyó la carta dos veces, poseído de máxima sorpresa, porque no podía imaginarse qué significaba aquello ni quién era el autor. Si la letra hubiese sido de mujer quizá hubiese supuesto que era el comienzo de una de aquellas aventuras que tan frecuentes habían sido en su vida anterior. Pero la letra era de hombre, y de hombre instruido. Por último, y después de algunas vacilaciones, decidió llegar hasta el fin en aquel asunto.

Miller Hill es un parque público, poco cuidado, que se encuentra en el centro mismo de la ciudad. Constituye en verano el lugar favorito del público, pero queda bastante desolado durante el invierno. Desde lo alto del mismo se domina un panorama que no sólo abarca toda la población fea y dispersa, sino también el valle serpenteante que hay debajo, con sus minas y fábricas aquí y allá, como manchas negras en la nieve que hay a uno y otro lado, y también en las montañas boscosas y cubiertas de nieve que lo flanquean. McMurdo avanzó paseando por el serpenteante camino en cuesta arriba, bordeado de un doble seto de arbustos perennes, hasta llegar al desierto restaurante que constituye el punto central de las diversiones veraniegas. Junto al mismo se alzaba un asta desnuda de bandera, y bajo el asta había un hombre con el sombrero echado hacia adelante y el cuello de su gabán levantado. Cuando volvió la cabeza, vio McMurdo que era el hermano Morris, el mismo que había incurrido la noche anterior en las iras del gran maestro. Al encontrarse, ambos se dieron e intercambiaron la señal de la logia.

«El asunto ha pasado a manos de la Policía, pero es difícil esperar que sus trabajos alcancen un éxito superior a los que ha venido alcanzando en el pasado. Algunos de los individuos fueron reconocidos, y es de desear que se consiga sentencia contra ellos. Ni que decir tiene que la agresión partió de esa vergonzosa sociedad que durante tan largo tiempo tiene esclavizada a esta comunidad, y contra la que el Herald ha adoptado una posición tan resuelta. Los muchos amigos de míster Stanger se alegrarán de saber que, a pesar de haber sido golpeado cruel y brutalmente y de haber recibido importantes heridas en la cabeza, su vida no se halla en peligro inmediato».

A continuación anunciaba que había sido pedida una guardia de la Policía del Carbón y del Hierro, armada de rifles Winchester, para defender la Redacción.

McMurdo había puesto a un lado el periódico y estaba encendiendo su pipa con mano temblorosa, por efecto de los excesos de la noche anterior, cuando llamaron a la puerta exterior, y su patrona le trajo una carta que un mozalbete acababa de entregarle. No traía firma, y su texto era el siguiente:

«Deseo hablar con usted, pero preferiría no hacerlo en su casa. Me encontrará en el Miller Hill, junto al asta de la bandera. Si viene ahora mismo, tengo algo que es importante para que usted lo sepa y que yo se lo diga».

McMurdo leyó la carta dos veces, poseído de máxima sorpresa, porque no podía imaginarse qué significaba aquello ni quién era el autor. Si la letra hubiese sido de mujer quizá hubiese supuesto que era el comienzo de una de aquellas aventuras que

tan frecuentes habían sido en su vida anterior. Pero la letra era de hombre, y de hombre instruido. Por último, y después de algunas vacilaciones, decidió llegar hasta el fin en aquel asunto.

Miller Hill es un parque público, poco cuidado, que se encuentra en el centro mismo de la ciudad. Constituye en verano el lugar favorito del público, pero queda bastante desolado durante el invierno. Desde lo alto del mismo se domina un panorama que no sólo abarca toda la población fea y dispersa, sino también el valle serpenteante que hay debajo, con sus minas y fábricas aquí y allá, como manchas negras en la nieve que hay a uno y otro lado, y también en las montañas boscosas y cubiertas de nieve que lo flanquean. McMurdo avanzó paseando por el serpenteante camino en cuesta arriba, bordeado de un doble seto de arbustos perennes, hasta llegar al desierto restaurante que constituye el punto central de las diversiones veraniegas. Junto al mismo se alzaba un asta desnuda de bandera, y bajo el asta había un hombre con el sombrero echado hacia adelante y el cuello de su gabán levantado. Cuando volvió la cabeza, vio McMurdo que era el hermano Morris, el mismo que había incurrido la noche anterior en las iras del gran maestro. Al encontrarse, ambos se dieron e intercambiaron la señal de la logia.

—Míster McMurdo, quise hablar con usted unas palabras —dijo el más anciano de los dos, hablando con un titubeo que demostraba que pisaba terreno delicado—. Ha sido usted muy amable viniendo.

—¿Por qué no firmó usted la carta?

—Señor, es preciso obrar con cautela. No se sabe nunca en estos tiempos la reacción que sobre uno pueden tener las cosas. Tampoco se sabe en quién confiar y en quién no.

—Desde luego que uno puede confiar en los hermanos de la logia, creo yo.

—No, no; no siempre —exclamó Morris con vehemencia—. Todo cuanto decimos, e incluso cuanto pensamos, parece que alguien lo lleva hasta ese hombre, hasta McGinty.

—Mire usted —dijo McMurdo con severidad—: usted sabe bien que yo he jurado completa fidelidad a nuestro gran maestro no más tarde de la noche pasada. ¿Va usted a atreverse a pedirme que falte a mi juramento?

—Si lo toma usted desde ese punto de vista —dijo Morris con tristeza—, no me queda otra cosa que decirle sino que lamento haberle ocasionado la molestia de venir a mi encuentro. Mal andan las cosas cuando dos ciudadanos libres no pueden confiarse mutuamente sus pensamientos.

McMurdo, que venía estudiando con gran fijeza a su acompañante, suavizó algo su actitud, y dijo:

—Claro esta que yo hablé únicamente por mí mismo. Soy recién llegado, como usted sabe, y lo desconozco todo. No es a mí, míster Morris, a quien toca hablar, y si usted, pensándolo bien, desea decir algo, aquí estoy yo para escucharle.

—Y para llevar mis palabras al *mandamás* McGinty —dijo Morris con amargura.

—Ahí sí que comete usted una injusticia conmigo —exclamó McMurdo—. Yo, personalmente, soy leal a la logia, y se lo digo a usted sin rodeos; pero sería un hombre ruin si fuese a repetir a nadie lo que usted pueda decirme en confianza. Dentro de mí quedará la cosa, aunque le advierto que quizá no consiga usted ayuda ni simpatía de mí.

—He renunciado a buscar la una y la otra —dijo Morris—. Quizá con lo que voy a decirle esté poniendo en sus manos mi vida; pero, por malo que usted sea (y la noche pasada me pareció que se está moldeando para serlo tanto como el que más), es usted, sin embargo, nuevo en el asunto, y no es posible que su conciencia se encuentre tan encallecida como la de ellos. Por eso se me ocurrió hablar con usted.

—¿Y qué es lo que tiene que decirme?

—¡Que caiga sobre usted una maldición si me delata!

—Ya le he dicho que yo no haría eso.

—Pues entonces le pregunto; Cuando usted ingresó en la sociedad de Hombres Libres, en Chicago, e hizo los juramentos de caridad y de lealtad, ¿cruzó acaso por su imaginación la idea de que entraba en una sociedad que lo conduciría al crimen?

—Si usted llama crimen a eso... —contestó McMurdo.

—¡Sí, lo llamo crimen! —exclamó Morris con voz vibrante de emoción—. Poco ha visto usted si es que lo llama de otro modo. ¿No fue crimen lo de la noche pasada, cuando un hombre, que podría ser el padre de usted por sus años, fue apaleado hasta que la sangre goteó de sus blancos cabellos? ¿Fue esto crimen, o qué nombre le da usted?

—Quizás algunos dirían que se traía de un acto de guerra —dijo McMurdo—. De una guerra entre dos clases y con todos los recursos, de manera que cada cual ataca lo mejor que puede.

—¿Pensaba usted en una cosa así cuando ingresó en la sociedad de Hombres Libres, en Chicago?

—No; no tengo más remedio que decir que no.

—Ni yo tampoco cuando ingresé en la de Filadelfia. Aquello no era sino un club de ayuda mutua y un lugar de reunión con los compañeros de uno. Un buen día oí hablar de esta región (maldita la hora en que su nombre sonó por vez primera en mis oídos), y vine para mejorar de posición. ¡Para mejorar de posición, vive Dios! Mi esposa y mis tres hijos vinieron conmigo. Abrí una ferretería en la plaza del Mercado y prosperé bastante. Había corrido la voz de que yo era un Hombre Libre y me vi obligado a afiliarme a la logia local, tal como lo hizo usted anoche. Llevo la divisa de la vergüenza en mi antebrazo, y algo mucho peor marcado a fuego en mi corazón. Me encontré a las órdenes de un malvado criminal y me vi enzarzado en una red de crímenes. ¿Qué podía hacer yo? Las frases que yo pronunciaba para mejorar aquel estado de cosas se tomaban como traición, igual que lo hicieron con las de la noche pasada. No puedo marcharme de aquí, porque en mi almacén está todo cuanto poseo en el mundo. Si abandono la sociedad, sé muy bien que ese acto es mi sentencia a

muerte, y quién sabe lo que sería de mi mujer y de mis hijos. ¡Es espantoso, espantoso!

Se llevó las manos a la cara, y su cuerpo se estremeció con sollozos convulsivos.

McMurdo se encogió de hombros, y dijo:

—Era usted demasiado blando. Hombres como usted no sirven para ese trabajo.

—Yo era un hombre de conciencia y de religión, pero me convirtieron en un criminal como ellos. Fui elegido para una tarea. Si yo me echaba atrás, sabía lo que aquello significaba para mí. Quizá soy cobarde. Quizá lo que me acobarda es pensar en mi pobre mujercita y en mis hijos. De todos modos, fui. Creo que ese recuerdo me perseguirá eternamente. Era una casa solitaria, a cuarenta kilómetros de aquí, al otro lado de aquella hilera de montañas. Me colocaron de centinela en la puerta, tal como lo hicieron anoche con usted. No podían confiar en mí para un trabajo semejante. Los demás entraron. Cuando salieron, sus manos estaban rojas de sangre hasta las muñecas. Cuando nos alejábamos, salió de la casa llorando, en persecución nuestra, un muchacho. Era uno de los cinco muchachos que habían visto asesinar a su padre. Casi me desmayé de espanto, pero no tuve más remedio que mantener cara audaz y sonriente, porque sabía bien que, si obraba de otro modo, sería de mi casa de donde ellos saldrían la próxima vez con sus manos ensangrentadas y que mi pequeño Fred lloraría a gritos llamando a su padre. Pero con aquel acto me convertí en un criminal; participé en un asesinato, me perdí para siempre en este mundo y me perdí también para siempre en el otro. Yo soy un buen católico, pero el sacerdote no quiso seguir hablando conmigo al enterarse de que pertenecía a los Camorreros, y me encuentro excomulgado de mi Iglesia. Tal es mi situación. Por eso, al verle a usted seguir el mismo camino, le pregunto adónde va a parar. ¿Está usted dispuesto a convertirse también en un asesino a sangre fría, o podemos hacer algo para impedir que siga usted adelante por ese camino?

—¿Y qué es lo que piensa usted hacer? ¡No será denunciarme! —preguntó McMurdo con aspereza.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Morris—. Además, sólo pensarlo me costaría la vida.

—Bien dicho —contestó McMurdo—. Estoy creyendo que usted es un hombre débil y que da demasiada importancia a las cosas.

—¡Demasiada importancia! Espere a llevar viviendo aquí más tiempo. Fíjese en el panorama de este valle. Contemple la nube del centenar de chimeneas que lo ensombrece. Le digo a usted que la nube de los asesinatos flota más espesa y más baja sobre las cabezas de la gente que esa otra nube que está usted contemplando. Éste es el valle del Terror. El valle de la Muerte. Desde que oscurece hasta que amanece, el terror está en los corazones de la gente. Espere, joven, y lo comprobará por sí mismo.

—Bien; cuando haya visto más, le diré lo que pienso del asunto —contestó al desgaire McMurdo—. Lo que salta a la vista es que usted no es hombre para estar

donde está, y que cuanto antes venda su negocio (aunque sólo saque diez centavos por cada dólar de los que vale) saldrá usted ganando. Lo que ha contado quedará bien seguro aquí dentro; pero ¡vive Dios!, que si yo creyese que es usted un confidente...

—¡No y no! —exclamó, compungido, Morris.

—Bueno, dejémoslo estar ahí. Pensaré en lo que usted me ha dicho, y quizá algún día le vuelva a hablar de ello. Yo creo que al hablarme de esa manera lo ha hecho movido de una buena intención. Y ahora me vuelvo a mi casa.

—Unas palabras más antes que se marche —dijo Morris—. Quizá nos hayan visto juntos y quieran saber de qué hemos estado hablando.

—Eso está bien pensado.

—Le he ofrecido a usted un empleo de escribiente en mi almacén.

—Y yo lo rechazo. Ése ha sido nuestro trato. Bien, hermano Morris, adiós, y que en lo por venir le vayan mejor las cosas.

Aquella misma tarde, cuando McMurdo, absorto en sus pensamientos, fumaba junto a la estufa de su cuarto de estar, se abrió de pronto la puerta, y la voluminosa figura del mandamás McGinty llenó el hueco de la misma. Saludó con el signo y, acto seguido, tomó asiento frente por frente del joven, y le estuvo mirando un rato con fijeza. McMurdo sostuvo con la misma fijeza aquella mirada.

—Hermano McMurdo, yo no soy muy dado a visitas —dijo por último—. Me llevan demasiado tiempo quienes me visitan a mí. Pero pensé hacer una excepción y dejarme caer por aquí para hacerle una visita en su propia casa.

—Me enorgullece verlo por aquí, consejero —contestó McMurdo cordialmente, sacando su botella de *whisky* del armario—. Es un honor que yo no esperaba.

—¿Cómo va ese brazo? —preguntó el *mandamás*.

McMurdo hizo una mueca, y dijo:

—Pues, la verdad, no me he olvidado todavía. Pero la cosa vale la pena.

—Sí, vale la pena —contestó el otro— para todos aquellos que son leales y saben llegar hasta el fin, ayudando a la logia. ¿Qué hablaba usted esta mañana con el hermano Morris en el Miller Hill?

Tan de improviso cayó la pregunta, que fue una suerte que McMurdo se tuviese preparada la respuesta. Rompió a reír cordialmente, y dijo:

—Morris ignoraba que yo puedo ganarme aquí la vida sin salir de casa. Y no quiero que lo sepa, porque para los que son como yo, resulta él un individuo de excesiva conciencia. Pero es un viejo de buen corazón. Se imaginó que yo estaba en mala situación y que me haría un gran favor ofreciéndome un empleo de escribiente en su ferretería.

—¡Ah!, ¿era eso?

—Sí, eso fue.

—¿Y usted rehusó?

—Naturalmente. ¿No puedo yo ganar diez veces más sin salir de mi cuarto y trabajando cuatro horas al día?

—Claro que sí. Sin embargo, yo no frecuentaría el trato de Morris.

—¿Por qué razón?

—Bueno, creo que como razón basta que yo se lo diga. Son muchos por aquí los que con ello tienen bastante.

—Quizás eso baste para mucha gente, consejero, pero no es suficiente para mí —dijo valientemente McMurdo—. Se dará usted cuenta de ello si sabe juzgar a los hombres.

El gigantón moreno le miró fijamente, y su mano velluda apretó un instante el vaso, como si fuese a tirárselo a la cabeza a su compañero. Pero de pronto soltó una carcajada estrepitosa y que sonaba a falso como todas las suyas.

—Estoy viendo que es usted un individuo raro —dijo—. Pues bien: si quiere razones, se las daré. ¿No le habló Morris nada contra la logia?

—No.

—¿Ni contra mí?

—No.

—Bueno, eso es porque no se atrevió a confiarse con usted. Pero ese hombre no es un hermano leal en el fondo de su corazón. Eso lo sabemos muy bien, y por eso le vigilamos y aguardamos el momento de darle una advertencia. Estoy creyendo que ese tiempo está a punto de llegar. En nuestro redil no hay sitio para las ovejas sarnosas. Pero si usted mantiene trato con un individuo desleal, podríamos pensar que también usted lo es. ¿Me comprende?



—No hay probabilidad de que yo mantenga trato con ese hombre, porque me desagrada —contestó McMurdo—. En cuanto a que yo pueda ser desleal, si me lo hubiese dicho otra persona y no usted, no habría tenido tiempo para repetirme el calificativo.

—Bien, basta de esto —dijo McGinty, echándose al cuerpo el contenido de su vaso—. Vine a hacerle una advertencia a tiempo, y ya se la he hecho.

—Me agradecería saber —dijo McMurdo— cómo diablos llegó usted a enterarse de que yo había hablado con Morris.

McGinty rompió a reír, y dijo:

—Es obligación mía enterarme de lo que ocurre en esta ciudad. Será mejor que usted sepa que yo lo escucho todo. Bien; no tengo más tiempo, y sólo le diré...

Pero su despedida fue bruscamente cortada de un modo completamente inesperado. La puerta se abrió súbitamente con estrépito y tres caras ceñudas clavaron en ellos sus miradas amenazadoras por debajo de las puntiagudas gorras de policía.

McMurdo se puso en pie de un salto, y medio sacó su revólver, pero su brazo se detuvo a mitad de camino al darse cuenta de que dos rifles Winchester le apuntaban a la cabeza. Un hombre de uniforme avanzó dentro del cuarto, empuñando un revólver. Era el capitán Marvin, el que había pertenecido a la Policía de Chicago y que ahora pertenecía a la del Carbón y de Hierro. Movi6 la cabeza y mir6 a McMurdo con un asomo de sonrisa, dici6ndole:

—Ya me parecía que se iba usted a meter en líos, señor maleante McMurdo, de Chicago. De modo que no se puede salir de esa vida, ¿verdad? Tome su sombrero y acompáñenos.

—Capitán Marvin, esto lo pagará usted —dijo McGinty—. ¿Quién es usted, me gustaría saberlo, para entrar por la violencia en una casa, molestando a unos hombres honrados y respetuosos de la ley?

—Consejero McGinty, usted se queda fuera de este negocio —dijo el capitán de Policía—. No es por usted por quien venimos, sino por este individuo, McMurdo. La obligación de usted es ayudar y no entorpecer nuestra misión.

—Es un amigo mío, y yo respondo de su conducta —dijo el *mandamás*.

—En todo caso, míster McGinty, quizá tenga usted que responder cualquier día de estos de la suya propia —le contest6 el capitán de Policía—. Este McMurdo era un maleante antes de venir a esta población, y un maleante sigue siendo. Guardias, apuntadle mientras yo lo desarmo.

—Ahí tiene mi revólver —dijo con frialdad McMurdo—. Quizá, si estuviésemos los dos solos y cara a cara, no me prendería tan fácilmente, capitán Marvin.

—¿D6nde est6 la orden de detención?... —pregunt6 McGinty—. ¡Por vida de..., que da igual vivir en Rusia o en Vermissa estando la Policía mandada por hombres como usted! Esto es una agresión capitalista, y creo que no va acabar ahí la cosa para usted.

—Consejero, cuídese de cumplir usted con su obligación lo mejor que pueda. Nosotros nos cuidaremos del cumplir con la nuestra.

—¿De qué se me acusa? —pregunt6 McMurdo.

—De estar complicado en la paliza que dieron al viejo director Stanger en la Redacción del *Herald*. No es culpa de usted que la acusación no sea de asesinato.

—Si es eso lo que tiene usted contra él —gritó McGinty, rompiendo a reír— puede ahorrare mucho trabajo dejando a un lado la cosa ahora mismo. Este hombre estuvo en mi salón jugando al póquer hasta la medianoche, y puedo presentar una docena de testigos para demostrarlo.

—Eso es asunto suyo, y creo que puede usted arreglarlo mañana con el juez. Mientras tanto, vamos, McMurdo, y camine tranquilo, si no quiere encontrarse con un culatazo en la cabeza. Usted, míster McGinty, hágase a un lado, porque le advierto que no tolero resistencia cuando estoy cumpliendo con un deber.

La expresión del capitán era tan resuelta, que lo mismo McMurdo que el *mandamás* se vieron obligados a aceptar la situación. Este último se las arregló para

cuchichear unas palabras, al preso antes que se marchase.

—¿Y qué hay de...? —dijo, dando un respingo con el pulgar hacia arriba, para darle a entender que hablaba del herramental para falsificar dinero.

—No hay cuidado —le contestó por lo bajo McMurdo, que había dispuesto un escondite seguro debajo del entarimado.

—Adiós, entonces —dijo McGinty, estrechándole la mano—. Me entrevistaré con Reilly, el abogado, y correré con los gastos de la defensa. Esté seguro de que no podrán mantenerlo preso.

—Yo no apostaré nada. Vosotros dos estad al cuidado del preso, y si intenta cualquier jugarreta, disparáis. Registraré la casa antes de marcharme.

Así lo hizo Marvin; pero, por lo visto, no descubrió rastro alguno del herramental oculto. Luego bajó a la calle, y él y sus hombres escoltaron a McMurdo hasta la Jefatura de Policía. La noche había cerrado, y soplaban un viento cortante: las calles estaban casi desiertas, pero no faltaron algunos desocupados que siguieron al grupo y que, animados por la invisibilidad, gritaron imprecaciones al preso:

—¡Linchad al condenado Camorrero! ¡Linchadlo!

Y cuando los guardias metieron a éste en la Comisaría, se rieron con burlonas carcajadas. Después de un breve interrogatorio de pura fórmula, hecho por el oficial de guardia, fue trasladado a la celda común. Allí encontró a Baldwin y a otros tres criminales de la noche anterior. Todos habían sido detenidos por la tarde, y esperaban comparecer a la mañana siguiente ante el juez.

Pero el largo brazo de los Hombres Libres llegaba incluso hasta el interior de aquella fortaleza de la ley. Ya avanzada la noche, entró un carcelero con un fajo de paja con que hacerles la cama, y del interior del mismo sacó dos botellas de *whisky*, algunos vasos y un paquete de naipes. Aquellos hombres pasaron una noche alegre, sin la menor preocupación sobre el juicio que iba a tener lugar la mañana siguiente.

Ni tampoco tenían motivo para preocuparse, según iba a demostrarlo el resultado del mismo. Ante las pruebas y declaraciones, no había medio de que el magistrado pronunciase la sentencia que habría prometido para que aquel asunto pasase a un tribunal superior. Por otro lado, los cajistas e impresores tuvieron que confesar que la luz era insegura, que ellos se encontraban en aquel momento muy desconcertados y que les resultaba difícil afirmar bajo juramento terminante quiénes eran los asaltantes, aunque creían que el acusado se encontraba entre ellos. Repreguntados por el hábil abogado que McGinty contrató, mostráronse todavía más nebulosos en sus declaraciones. El herido había declarado ya que lo súbito del ataque lo tomó tan de sorpresa, que no podía afirmar otra cosa fuera de que el primero que le golpeó era un hombre que llevaba bigote. Agregó que le constaba que eran Camorreros, puesto que no era posible que nadie en aquella comunidad sintiese animadversión contra él, y porque desde tiempo atrás venía siendo amenazado con motivo de sus valientes editoriales. Por otra parte, las declaraciones concordes y terminantes de seis ciudadanos, incluido el alto funcionario municipal consejero McGinty, demostraron

claramente que aquellos hombres habían participado en una partida de cartas en la Casa de la Unión hasta una hora mucho más tardía que aquélla en la que tuvo lugar el asalto. No hará falta decir que los acusados fueron absueltos con palabras que andaban muy cerca de ser una disculpa que el Tribunal les presentaba por las molestias que habían sufrido, y que constituían al propio tiempo una censura implícita para el capitán Marvin y la Policía por su celo oficioso.

El veredicto fue acogido con gran aplauso por una concurrencia en la que McMurdo vio muchas caras familiares. Los hermanos de la logia sonreían y saludaban con la mano. Pero hubo otros que permanecieron sentados, apretando los labios y con ojos preocupados cuando aquellos hombres desfilaron fuera del banquillo de los acusados. Uno de éstos, hombre pequeño, de barba negra y ánimo resuelto, expresó con palabras lo que él y sus camaradas pensaban en el momento en que los expresos cruzaban por delante de él.

—¡Malvados asesinos! —dijo—. Aún hemos de poder arreglaros las cuentas.

Capítulo V

La hora más oscura

Si algo faltaba para dar empuje a la popularidad de McMurdo entre sus compañeros, eran su detención y su absolución. El hecho de que un hombre, la noche misma de su afiliación a la logia, hubiese hecho algo capaz de conducirlo ante el juez, constituía un nuevo récord en los anales de la sociedad. Había ganado ya fama de excelente compañero de juerga, de alegre parrandero y, sobre todo, de hombre de mucho genio, que no toleraba un insulto ni siguiera viniendo del todopoderoso *mandamás* en persona. Pero, además de todo eso, produjo en sus camaradas la impresión de que no había entre todos ellos ninguno con el cerebro tan dispuesto para concebir un plan sanguinario ni cuya mano fuese más capaz que la suya para ponerlo por obra. «Es un muchacho de los que harán el trabajo limpio», se dijeron unos a otros los ancianos, y esperaron el momento de poder ponerlo a la obra. McGinty disponía de suficiente número de instrumentos, pero tuvo que reconocer que éste era el de suprema destreza. Se sintió como quien retiene en la trailla a un fiero sabueso. Disponía de gozquejos para el trabajo menudo, pero algún día soltaría a este animal contra su presa. Algunos miembros de la logia, y entre ellos Ted Baldwin, experimentaron resentimiento por el auge rápido del forastero, y aborrecían a éste por esa causa, pero se apartaban de él, porque McMurdo tenía tan buena disposición para pelear como para reír.

Pero si se había ganado el favor de sus compañeros, lo había perdido entre otras personas, que suponían algo más vital para él. El padre de Ettie Shafter no quiso ya más tratos con McMurdo y le negó la entrada a la casa. Ettie, por su parte, se hallaba poseída de un amor demasiado profundo hacia McMurdo para romper con él por completo; pero su buen sentido le advertía cuáles serían las consecuencias de una boda con un hombre considerado como criminal. Cierta mañana, y después de una noche de insomnio, la joven tomó la resolución de entrevistarse con él, quizá por última vez, para realizar una fuerte tentativa que lo arrancase de las malvadas influencias que lo arrastraban hacia abajo. Se presentó en su casa, tal como él se lo había suplicado muchas veces, y entró en la habitación que él empleaba como cuarto de estar. Estaba McMurdo sentado delante de una mesa, vuelto de espaldas a la puerta y con una carta delante. Ettie sólo tenía diecinueve años, y la acometió súbitamente la comezón de hacer una diablura propia de muchacha. McMurdo no la había oído cuando ella abrió la puerta. Avanzó, pues, de puntillas, y puso suavemente su mano

sobre sus hombros, inclinados hacia adelante.

Si la joven esperaba sorprenderlo, en verdad que lo consiguió, pero fue para sobresaltarse ella a su vez. McMurdo se volvió y se lanzó como un tigre sobre ella, buscando su cuello con la mano. Al mismo tiempo, hizo una pelota con el papel que tenía delante. Se quedó un instante mirando furioso. Pero, de pronto, el asombro y la alegría, reemplazaron a la ferocidad que había convulsionado los rasgos de su cara; una ferocidad que hizo retroceder a Ettie horrorizada, como en presencia de algo con que jamás había tropezado su amable vida.

—¡Eres tú! —exclamó él, disipando su ceño—. ¡Y pensar que has venido a mí, corazón de mi corazón, y que no se me ha ocurrido nada mejor sino lanzarme a estrangularte! —McMurdo tendió hacia ella sus brazos—. Déjame compensarte.

Pero la joven no se había recobrado todavía de aquella súbita visión de miedo culpable que había leído en la cara de aquel hombre. Todo su instinto de mujer le decía que aquel sobresalto no era el simple acceso de temor de un hombre. Aquello era culpabilidad —sí, eso era—, culpabilidad y miedo.

—¿Qué es lo que te ha ocurrido, Jack? —exclamó—. ¿Por qué tuviste tal miedo de mí? ¡Oh Jack, si tu conciencia estuviese tranquila, no me habrías mirado como me miraste!

—Sí, yo estaba pensando en otras cosas, y cuando avanzaste pisando levemente con estos tus piecitos de hada...

—No, no, Jack; fue más que eso.

Una súbita sospecha se apoderó de ella.

—Déjame leer la carta que estabas escribiendo.

—No puedo hacerlo, Ettie.

Las sospechas de la joven se convirtieron en certidumbre, y exclamó:

—¡Es para otra mujer! Lo sé. ¿Por qué, si no es por eso, no ibas a dejar que yo la leyera? ¿Es que estabas escribiendo a tu esposa? ¿Cómo voy a saber yo que tú no eres casado; tú, un forastero al que nadie conoce?

—No estoy casado, Ettie, Mira, lo juro. Tú eres para mí la única mujer que hay sobre la tierra. ¡Lo juro sobre la cruz de Cristo!

Se había puesto pálido y se expresaba con tan apasionada seriedad, que ella no pudo menos de creerle.

—Pues entonces —exclamó Ettie—, ¿por qué no me enseñas la carta?

—Te lo diré, *acushla* —le contestó—. He jurado no mostrarla, y de la misma manera que yo no rompería una palabra dada a ti, también cumplo mi palabra con aquellas otras personas a quienes se la doy. Es un asunto de la logia, que debe permanecer secreto incluso para ti. Si, al sentir tu mano sobre mí, fue tal mi temor, ¿no comprendes que fue porque, en lugar de la tuya, podría haber sido la mano de un detective?

La joven tuvo la sensación de que le decía la verdad. Él la recogió en sus brazos y disipó a fuerza de besos sus temores y sus dudas.

—Vamos, siéntate aquí, a mi lado. Es un trono extraño para una reina como tú, pero es el mejor que tu pobre enamorado ha podido encontrar. Creo que cualquier día de éstos conseguirá algo mejor para ti. Y ahora me imagino que tu alma se habrá tranquilizado otra vez, ¿verdad?

—¿Cómo puede tranquilizarse, Jack, sabiendo como sé que tú eres un criminal que vive entre otros criminales? ¿Cuando cualquier día me pueden anunciar que estás en el banquillo por asesinato? «McMurdo el Camorrero», así te llamó hoy uno de nuestros huéspedes, y eso me traspasó el corazón como un cuchillo.

—Claro que las palabras duras no quebrantan huesos.

—Pero eran verdaderas.

—Mira, querida, la cosa no es tan mala como tú te la figuras. Somos nada más que unos hombres pobres que se esfuerzan a su manera por conseguir sus derechos.

Ettie echó sus brazos al cuello de su enamorado.



—¡Renuncia a eso, Jack! ¡Por amor mío, por amor de Dios, renuncia! Hoy he venido aquí para pedírtelo. ¡Oh Jack, te lo suplico de rodillas! Me arrodillo delante de ti para implorarte que renuncies a ello.

McMurdo la levantó y la acarició, arrimando la cabeza de la joven a su pecho.

—Mira, corazón, que no sabes lo que me estás pidiendo. ¿Cómo puedo renunciar, si eso equivaldría a romper mi juramento y a abandonar a mis camaradas? Si tú supieras mi situación, no me lo pedirías nunca. Además, aunque yo lo quisiera, ¿cómo podría hacerlo? No supondrás que la logia consentiría que un

hombre se largase de ella llevándose todos sus secretos, ¿verdad?

—He pensado en ello, Jack. Lo he dispuesto todo. Mi padre tiene economizado algún dinero. Está cansado de este lugar, en el que nuestras vidas están ensombrecidas por el terror que nos inspira esa gente. Está dispuesto a marcharse. Huiríamos juntos a Filadelfia o a Nueva York, poblaciones en las que estaríamos a salvo de ellos.

McMurdo se echó a reír.

—La logia tiene el brazo largo. ¿Piensas que no podría alargarlo desde aquí hasta Filadelfia o Nueva York?

—Pues entonces nos iremos al Oeste, a Inglaterra o a Suecia, país de origen de mi padre. A cualquier lugar, con tal de alejarnos de este valle del Terror.

McMurdo pensó en el viejo hermano Morris, y dijo:

—Ya es la segunda vez que oigo llamar así al valle. Por lo visto, la sombra se proyecta verdaderamente angustiosa sobre algunos de vosotros.

—Ensombrece todos los momentos de nuestras vidas. ¿Te imaginas que Ted Baldwin nos ha perdonado? Si no fuera porque te teme a ti, ¿qué probabilidades crees que serían las nuestras? ¡Si tú vieras la expresión de aquellos ojos negros y hambrientos cuando se clavan en mí!

—¡Por Dios vivo, que le voy a enseñar mejores modales si alguna vez lo sorprendo! Pero mira, pequeña. Yo no puedo marcharme de aquí. No puedo. Créemelo de una vez y para siempre. Pero si tú dejas que yo encuentre mi propio camino, procuraré el modo de salir honrosamente de esta situación.

—En este asunto no caben consideraciones de honor.

—Bueno, eso es desde el punto de vista que tú lo miras. Pero si me das un plazo de seis meses, me las compondré de manera que pueda abandonar todo sin que tenga que sentirme avergonzado de mirar a la cara de nadie.

La joven rompió a reír de gozo, y exclamó:

—¡Seis meses! ¿Me lo prometes?

—Bueno, pudieran ser siete u ocho, pero lo más tarde en el plazo de un año dejaremos el valle a nuestra espalda.

Eso fue todo lo más que Ettie pudo conseguir de él, pero ya era algo. Tenía aquella luz lejana para alumbrar las oscuridades del futuro inmediato. Regresó a la casa de su padre con el corazón más ligero que en ningún momento desde que Jack McMurdo había entrado en su vida.

Cualquiera habría pensado que, en su calidad de miembro, sería informado de todas las actividades de la sociedad, pero no tardó en descubrir que la organización era más extensa y más complicada que la simple logia. Incluso McGinty ignoraba muchas cosas, porque existía un cargo con el título de delegado de distrito, que vivía en Hobson's Patch, estación más abajo de la misma línea, que mandaba en varias logias, a las que regía de manera imperiosa y arbitraria. Sólo una vez tuvo ocasión McMurdo de tratar con él: era un hombrecito astuto que parecía una rata de cabellos blancos; caminaba como escurriéndose y miraba de soslayo con unos ojos llenos de malignidad. Llamábase Evans Pott, y hasta el gran *mandamás* de Vermissa experimentaba hacia él algo así como la repulsión y el temor que el voluminoso Danton debió de sentir por el minúsculo, pero peligroso, Robespierre.

Scanlan, el compañero de pensión de McMurdo, recibió cierto día una carta de McGinty, acompañando a otra de Evans Pott, en la que le informaba que le enviaba dos buenos hombres, Lawler y Andrews, con instrucciones para actuar en aquella zona, aunque era mejor para la causa que no se diesen detalles sobre sus objetivos. ¿Quería el gran maestro cuidarse de que se tomasen las medidas convenientes para alojarlos y para que viviesen con comodidad hasta que llegase la hora de la acción? McGinty agregaba que resultaba imposible que nadie permaneciese oculto en la casa de la Unión, y, por consiguiente, les quedaría muy agradecido a McMurdo y Scanlan si alojaban a los forasteros por algunos días en la misma casa en que estaban de pensión.

Los dos hombres llegaron aquella misma noche, cada cual con su maleta. Lawler era un hombre más bien anciano, astuto, callado y reservado; vestía una vieja levita negra, que combinaba con su sombrero blando de fieltro, y su barba entrecana y enmarañada le daba un aspecto general de predicador ambulante. Su acompañante, Andrews, era poco más que un muchacho de expresión franca y alegre, con las maneras garbosas de quien ha tomado una excursión de vacaciones y dispone de elementos para disfrutarlas en todo momento. Los dos hombres eran totalmente abstemios y se conducían corrientemente como miembros ejemplares de la sociedad, con la única excepción de que eran unos asesinos que habían demostrado en repetidas ocasiones ser los instrumentos más capaces de aquella asociación de criminales. Lawler había cumplido ya catorce encargos de esa clase, y Andrews, tres.

McMurdo se encontró con que ambos estaban muy dispuestos a conversar sobre sus hazañas pasadas; las relataban con el orgullo algo vergonzoso de hombres que han realizado buenos y generosos servicios en favor de la comunidad. Sin embargo, se mostraban reticentes acerca del trabajo inmediato que se traían entre manos.

—Nos eligieron porque ni yo ni el muchacho este bebemos —explicó Lawler—. Saben que nosotros no diremos más de lo que necesitamos hablar. No lo tomen ustedes a mal, pero nosotros obedecemos las órdenes del delegado del distrito.

—Claro; todos somos solidarios en todo —dijo Scanlan, el compañero de McMurdo, cuando los cuatro iban a sentarse a cenar.

—Así es, y podemos hablar, hasta que las vacas se recojan, de la muerte de Charlie Williams, o de la de Simón Brid, o de cualquier otro trabajo del pasado. Pero hasta que un trabajo se realiza, nosotros no podemos decir palabra acerca del mismo.

—Hay por aquí media docena de individuos a los que me gustaría decirles cuatro verdades —dijo McMurdo, lanzando un juramento—. ¿No será ese Jack Knox, de Ironhill, al que ustedes buscan? Haría una buena caminata por ver cómo le daban su merecido.

—No; a ése no le ha tocado todavía.

—¿Será Hermán Strauss?

—No; tampoco es ése.

—Bien; si ustedes no quieren decírnoslo, nosotros no podemos obligarlos, pero me gustaría saberlo.

Lawler se sonrió y movió negativamente la cabeza. No era hombre que se dejase sonsacar.

A pesar de las reticencias de sus huéspedes, Scanlan y McMurdo estaban completamente resueltos a hacer acto de presencia en lo que ellos llamaban la juega. Por eso, cierta mañana en que McMurdo les oyó bajar furtivamente la escalera a una hora muy temprana, despertó a Scanlan, y ambos corrieron a vestirse. Una vez vestidos, descubrieron que los otros dos se habían largado, dejando abierta la puerta de la calle. No había alboreado todavía y pudieron distinguir a los dos hombres a cierta distancia calle adelante, gracias a la luz de las lámparas. Siguieron tras ellos

con mucha cautela, pisando sin ruido en la espesa capa de nieve.

La casa de pensión estaba situada casi al borde de la ciudad, y no tardaron los forasteros en llegar al cruce de carreteras existente más allá de los límites de la misma. Esperaban allí tres hombres, con los que Lawler y Andrews sostuvieron una conversación breve y animada. Luego avanzaron todos juntos. Por lo visto, se trataba de alguna tarea extraordinaria, que requería cierto número de ejecutantes. Arrancaban de aquel lugar varios caminos que conducían a distintas minas. Los forasteros tomaron el que iba a parar a Crow Hill, importante empresa que se hallaba en manos fuertes y que había conseguido, gracias a su enérgico y valeroso gerente, Josiah H. Dunn, de Nueva Inglaterra, mantener cierto orden y disciplina durante el largo reinado del terror.

Empezaba a romper el día, y una hilera de trabajadores marchaban lentamente, aislados y en grupos, por el ennegrecido sendero.

McMurdo y Scanlan caminaron con los demás, sin perder de vista a los hombres a quienes iban siguiendo. Una espesa bruma cerníase sobre ellos, y del corazón de la misma brotó de pronto el súbito chillido de una sirena de vapor. Era la señal que se daba diez minutos antes que descendiesen las jaulas y empezase la labor del día.

Cuando llegaron al espacio abierto en tomo de la torre de la boca-mina, se encontraron con un centenar de mineros que aguardaban, dando patadas en el suelo y soplándose en las puntas de los dedos, porque hacía un frío crudelísimo. Los forasteros formaban un pequeño grupo al socaire de la casa de máquinas. Scanlan y McMurdo treparon a una escombrera, desde la que dominaban todo el escenario que tenían delante.



Vieron al ingeniero de la mina, que era un escocés barbudo y grandullón que se llamaba Menzies, salir de la casa de máquinas y dar la señal con su silbato para que se bajasen las jaulas. En ese mismo instante avanzó vivamente hacia la boca del pozo

un joven alto, desgarbado, de cara afeitada y seria. Al avanzar, sus ojos se posaron en el grupo, callado e inmóvil, que estaba bajo la casa de máquinas. Aquellos hombres se habían echado hacia la cara sus sombreros y se habían levantado los cuellos para que sirviesen de pantalla a sus caras. El presentimiento de la muerte apretó un instante su mano helada sobre el corazón del gerente. Pero lo arrojó de sí en el acto, y sólo vio la obligación que tenía que cumplir con aquellos intrusos desconocidos.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó, avanzando hacia ellos—. ¿Qué hacéis ahí perdiendo el tiempo?

No obtuvo contestación, pero el mozalbete Andrews avanzó y le hirió a tiros en el estómago. Los cien mineros que esperaban siguieron tan inmóviles y desamparados como si se hubiesen quedado paralíticos. El gerente se sujetó la herida con ambas manos y se desplomó. Luego se alejó tambaleándose, pero otro de los asesinos hizo fuego, y el hombre cayó de costado, pateando y clavando las uñas entre un montón de escoria. Menzies, el escocés, lanzó un bramido de rabia y se abalanzó hacia los asesinos blandiendo una llave de hierro, pero recibió dos balazos en la cara que le hicieron caer muerto a los pies mismos de los agresores. Se produjo un arranque hacia adelante de algunos de los mineros y una exclamación general de compasión y de ira, pero dos de los desconocidos vaciaron sus revólveres de seis tiros disparando por encima de las cabezas de la multitud, y ésta se deshizo y desbandó, habiendo algunos que en su alocada fuga retrocedieron hasta sus casas en Vermissa. Cuando algunos de los más animosos se reagruparon y la gente regresó a la mina, la cuadrilla de asesinos había desaparecido entre las brumas de la mañana, sin que ni un solo testigo fuese capaz de afirmar bajo juramento que reconocía a aquellos hombres que habían cometido el doble crimen en presencia de un centenar de espectadores.

Scanlan y McMurdo emprendieron el camino de vuelta. Scanlan se mostraba algo alicaído, porque era aquél el primer asesinato que había presenciado con sus propios ojos, y la cosa le resultó menos divertida de lo que él creía. Los espantosos alaridos de la esposa del gerente asesinado los persiguieron mientras regresaban precipitadamente a la ciudad. McMurdo iba pensativo y callado, pero no dio muestras de simpatía ante aquel ablandamiento de su compañero.

—Es como en la guerra —repetía—. ¿Qué en esto sino una guerra entre ellos y nosotros? Devolvemos los golpes donde mejor podemos.

Aquella noche hubo gran cuchipanda en la sala de la logia de la Casa de la Unión. No sólo se celebró la muerte del gerente y del ingeniero de la mina de Crow Hill, lo que obligaría a esta sociedad a seguir la norma de las demás compañías del distrito, amenazadas y aterrorizadas, sino también por otro triunfo lejano conseguido por manos de la logia misma. Entonces se supo que, cuando el delegado del distrito envió cinco hombres seguros para dar el golpe de Vermissa, había pedido a cambio que se eligiese en Vermissa secretamente a tres hombres y se los enviase para matar a William Hales, de Stake Royal, uno de los propietarios de minas más conocidos y más populares del distrito de Gilmerton, hombre que no se creía que tuviese un solo

enemigo en el mundo, porque desde cualquier punto de vista era un patrono modelo. A pesar de ello, había insistido en que los obreros debían producir y había despedido a algunos borrachos y haraganes que eran miembros de la todopoderosa sociedad. No modificó su resolución, a pesar de que aparecieron en la parte exterior de su puerta esquelas de defunción. Se encontraba, pues, en un país libre y civilizado, condenado a muerte.

La ejecución acababa de ser realizada debidamente. El jefe del grupo había sido Ted Baldwin, que se esponjaba en el sitio de honor al lado del gran maestro. Su rostro encendido y sus ojos vidriosos y sanguinolentos delataban la falta de descanso y abuso de la bebida. Él y sus dos camaradas habían pasado la noche anterior en las montañas. Estaban desaseados y sucios por efecto de la intemperie. Pero ni aunque hubiesen sido héroes que regresaban después que ya se les daba por perdidos, habrían encontrado una acogida más calurosa por parte de sus compañeros. Una y otra vez hicieron el relato de su expedición entre gritos de alegría y risas estruendosas. Se habían puesto al acecho de su hombre para cuando éste regresase al caer la noche a su domicilio; se situaron en lo alto de una colina de pronunciada pendiente, porque el caballo que tiraba del coche de aquél tenía que subirla a paso lento. Iba el hombre tan envuelto en pieles para defenderse del frío, que no le fue posible echar mano a su revólver. Lo tiraron del coche y le dispararon una y otra vez.

Ninguno de ellos conocía a la víctima, pero en esto del matar hay un drama eterno, y aquellos hombres habían demostrado a los Camorrones de Gilmerton que los hombres de Vermissa eran gente en la que se podía fiar. Les ocurrió un contratiempo, porque, cuando estaban descargando sus revólveres contra la víctima silenciosa, llegaron en su coche un hombre y una mujer. Alguien apuntó la idea de matarlos a los dos, pero se trataba de gente inofensiva y sin relación alguna con las minas; por ello se limitaron a ordenarles con severidad que siguiesen viaje y guardasen silencio, no sea que les fuera a ocurrir a ellos algo peor. Dejaron, pues, allí el cuerpo manchado de sangre como una advertencia para los patronos tan duros de corazón como él, y acto continuo los tres magníficos vengadores se metieron a toda prisa en las montañas, donde la Naturaleza todavía virgen llega hasta el borde mismo de los hornos y de las escombreras.

Había sido aquél un gran día para los Camorrones. La sombra se había cernido más negra todavía por encima del valle. Pero de la misma manera que un general inteligente aprovecha el momento de la victoria para redoblar en sus esfuerzos, a fin de no dar tiempo a sus enemigos para rehacerse después del desastre, así también el mandamás McGinty, contemplando el escenario de sus actividades con ojos pensativos y malignos, había planeado un nuevo ataque contra sus adversarios. Aquella misma noche, cuando la concurrencia medio ebria se disolvió, McGinty tocó a McMurdo en el brazo y lo condujo a la misma habitación interior en que habían celebrado su primera entrevista.

—Vamos a ver, muchacho —le dijo—. Por fin tengo un trabajo que es digno de ti:

encomendaré su ejecución a tus manos.

—Me enorgullece oírse lo decir —contestó McMurdo.

—Puedes tomar contigo dos hombres: Manders y Reilly. Se les ha dado ya el aviso de servicio. En este distrito no lograremos nunca que marchen las cosas bien hasta que se le hayan arreglado las cuentas a Chester Wilcox, y te ganarás el agradecimiento de todas las logias de la región carbonífera si consigues tumbarlo.

—Por lo menos, haré cuanto de mí dependa. ¿Quién es él y dónde lo encontraré?

McGinty se quitó de la comisura de sus labios el eterno cigarro medio masticado, medio fumado, y procedió a dibujar un ligero boceto en una página arrancada de su libro de notas.

—Se trata del primer capataz de la Iron Dyke Company. Es un fulano duro, fue en la guerra sargento abanderado, es una pura cicatriz y tiene el cabello blanco. Hemos intentado tumbarlo en dos ocasiones, pero tuvimos mala suerte, y Jim Carnaway perdió en ello la vida. Ahora te encargarás tú del asunto. La casa se encuentra situada aquí, completamente aislada en el cruce de la carretera de Iron Dyke, tal como lo ves en este mapa, sin que haya ninguna otra al alcance de la voz. De día no se presta. Este hombre va armado, y dispara rápido y bien, sin andarse en preguntas. Pero por la noche, por la noche, él está en su casa con su mujer, tres hijos y una criada. No hay elección. O todos o ninguno. Si pudieras colocar un saco de pólvora explosiva en la puerta delantera, aplicándole una mecha...

—¿Qué es lo que ha hecho ese hombre?

—¿No te he dicho que mató a Jim Carnaway?

—¿Por qué lo mató?

—¿Y qué diablos te importa eso a ti? Carnaway andaba aquella noche alrededor de la casa de ese individuo, y él disparó. A ti y a mí nos basta con esto. Es preciso que el asunto quede como es debido.

—En la casa habrá dos mujeres y los niños. ¿Han de volar también?

—No hay más remedio, porque, de otro modo, nada se puede hacer contra él.

—Parece la cosa dura por lo que respecta a ellas, que no han hecho ningún mal.

—¿Qué manera de hablar es ésta? ¿Es que te echas atrás?

—Poco a poco, consejero, poco a poco. ¿Me ha oído decir alguna vez o hacer cosa que le permita pensar que yo me echo atrás cuando recibo un mandato del gran maestro de mi propia logia? Si es justo o si es injusto, es cosa que usted tiene que decidirla.

—¿Lo harás entonces?

—Naturalmente que sí.

—¿Cuándo?

—Bueno, creo que sería preferible que me diese una o dos noches para que yo pueda ver la casa y trazar mis planes. Después...

—Perfectamente —dijo McGinty, estrechándole la mano—. A tu cargo lo dejo; será un gran día aquél en que nos traigas la noticia. Es precisamente el golpe final que

los hará caer a todos de rodillas delante de nosotros.

McMurdo meditó larga y profundamente en el encargo que tan repentinamente habían puesto en sus manos. La casa aislada donde vivía Chester Wilcox hallábase a unos diez kilómetros de distancia, en un valle contiguo. Aquella misma noche emprendió el viaje completamente solo para prepararse a cumplir su misión. Ya había amanecido cuando regresó de su reconocimiento. Al siguiente día se entrevistó con sus dos subordinados. Manders y Reilly, que eran dos mozalbetes temerarios y se mostraban tan alegres como si se tratase de una cacería de ciervos. Dos noches después se reunieron fuera de la ciudad; iban los tres armados, y uno de ellos llevaba un saco lleno de pólvora de la que se emplea en las canteras. Eran las dos de la madrugada para cuando llegaron a la casa solitaria. Hacía una noche de viento, y las nubes en jirones cruzaban rápidas por delante de una luna casi llena. Les habían advertido que tuviesen cuidado con los sabuesos, y por eso avanzaron cautelosamente, con los revólveres en la mano y con los gatillos levantados. Pero no se oyó otro ruido que el gemir del viento, ni se advirtió más movimiento que el de las ramas que se balanceaban por encima de ellos. McMurdo se puso a escuchar a la puerta de la casa solitaria, pero en su interior reinaba un silencio absoluto. Acto continuo arrimó el saco de pólvora a la puerta, abrió en el mismo un agujero con su cuchillo y aplicó la mecha. Cuando estuvo bien encendida, él y sus dos acompañantes se dieron a la fuga, y tuvieron tiempo de ponerse a salvo dentro del cobijo de una zanja antes que se oyese el atronador estrépito de la explosión, seguido del rumor profundo del edificio que se venía abajo, anunciándoles así que habían realizado su obra. En los anales sangrientos de la sociedad no se había realizado ningún trabajo más limpiamente que aquél. Pero ¡ay!, aquel trabajo tan bien organizado y tan atrevidamente concebido había sido del todo inútil. Chester Wilcox, advertido por la suerte que habían corrido las otras víctimas, y sabiendo que estaba condenado a morir, se había trasladado con su familia el mismo día anterior a vivir en lugar más seguro y menos conocido, donde un guardia de Policía cuidaba de ellos. La explosión de la pólvora había derribado una casa desierta, y el adulto sargento abanderado de la guerra seguía enseñando disciplina a los mineros de Iron Dyke.

—Dejadlo de mi cuenta —dijo McMurdo—. Ese hombre es cosa mía, y lo mataré aunque tenga que esperar la ocasión un año.

En la logia se aprobó un voto de gracias y de confianza, de modo que por el momento acabó allí el asunto. Cuando, semanas más tarde, publicaron los periódicos la noticia de que habían hecho varios disparos contra Wilcox al abrigo de una emboscada, fue un secreto a voces el de que McMurdo seguía empeñado en dar fin a su trabajo.

Tales eran los métodos de la Sociedad de Hombres Libres, y tales las hazañas de los Camorrones; gracias a ellos extendían su régimen de terror por aquel grande y rico distrito, que se vio castigado durante tanto tiempo por la pesadilla de su presencia. ¿Para qué voy a seguir manchando estas páginas con nuevos crímenes? ¿No he dicho

ya lo bastante para retratar a aquellos hombres y sus métodos? Todos estos hechos forman parte de la historia escrita, y existen relatos en los que se pueden leer los detalles de los mismos. Allí nos podemos enterar de la muerte a tiros de los guardias de Policía Hunt y Evans, que se habían arriesgado a detener a dos miembros de la sociedad, doble agresión planeada en la logia de Vermissa y llevada a efecto a sangre fría contra dos hombres desarmados e indefensos. También se puede leer allí cómo fue muerta a tiros *mistress* Larbey mientras cuidaba a su esposo, al que por orden de McGinty habían apaleado hasta dejarlo moribundo. El asesinato del mayor de los Jenkins, seguido muy pronto por la de su hermano, la mutilación de James Murdoch, la voladura de la familia Staphouse y el asesinato de los Stendals, se siguieron en rápida sucesión durante aquel mismo y terrible invierno. La sombra se cernía oscura sobre el valle del Terror. Había llegado la primavera, con sus arroyos juguetones y sus árboles en flor. Toda la Naturaleza, oprimida durante tanto tiempo por una garra de hierro, se animaba de esperanzas; pero no las había por parte alguna para los hombres y las mujeres que vivían sometidos al yugo del terror. Aquella nube no se había mostrado nunca tan negra y tan implacable como a principios del verano de 1875.

Capítulo VI

Peligro

Se estaba en la cúspide del reinado del terror. McMurdo, que había sido ya nombrado diácono interior, con todas las perspectivas de suceder algún día a McGinty como gran maestro, se había hecho ya tan indispensable en los consejos de sus camaradas, que nada se realizaba sin su ayuda y su consejo. Sin embargo, cuanto más popular se iba haciendo entre los Hombres Libres, con mayores mofas era acogido al pasar por las calles de Vermissa. A pesar de su terror, los ciudadanos iban cobrando ánimos para ligarse contra sus opresores. Llegaron a la logia rumores de reuniones secretas celebradas en la Redacción del *Herald* y de la distribución de armas de fuego entre las gentes de orden. Pero a McGinty y a sus hombres no les preocupaban tales noticias. Eran muchos, resueltos y bien armados, mientras que sus adversarios estaban dispersos e impotentes. Todo acabaría, al igual que en el pasado: charlas sin finalidad y posiblemente en detenciones importantes. Eso aseguraban McGinty, McMurdo y todos los hombres más atrevidos.

Era la noche de un sábado del mes de mayo. Los sábados eran siempre noches de logia, y McMurdo se disponía a salir de su casa para acudir a ella, cuando se presentó de visita Morris, el hombre más débil de la orden. La preocupación le hacía fruncir el ceño, y su rostro bondadoso aparecía alargado y asustado.

—¿Puedo hablarle con libertad, McMurdo?

—Claro que sí.

—No puedo olvidar que en una ocasión le descubrí mi corazón, y que usted guardó el secreto, a pesar de que el mismo mandamás vino a preguntárselo.

—¿Qué otra cosa podía hacer yo, habiéndose usted confiado a mí? Pero eso no significaba que yo estuviese de acuerdo con lo que usted me dijo.

—Lo sé perfectamente. Pero usted es la única persona a la que yo puedo hablar con seguridad. Tengo un secreto aquí dentro —se puso la mano sobre el pecho— y ese secreto me está consumiendo la vida. ¡Ojalá que hubiese llegado a cualquiera de ustedes, antes que a mí! Si lo revelo, con seguridad que ello equivaldrá a un asesinato. Si no lo revelo, quizá traiga con ello la ruina de todos nosotros. ¡Que Dios me ayude, porque me trae casi fuera de mí!

McMurdo miró con seriedad a aquel hombre, que temblaba en todo su cuerpo. Escanció algo de *whisky* en un vaso y se lo ofreció, diciendo:

—Ésta es la medicina para algunos de

ustedes. Y ahora, venga ese secreto.

Morris bebió y su pálida cara se tiñó de color.

—Se lo puedo manifestar todo con una sola frase —dijo—. Hay un detective dedicado a seguimos la pista.

McMurdo le miró con asombro, y exclamó:

—¡Está usted loco, hombre! ¿No está la región llena de policías y de detectives? ¿Y qué daño nos han hecho jamás?

—No, no; no se trata de un individuo del distrito. Como usted, dice, nosotros los conocemos a éstos, y poco es lo que pueden hacer. Pero ¿ha oído usted hablar de Pinkerton?

—Sí, he oído hablar de algún individuo de ese nombre.

—Pues bien; créame si le digo que cuando su gente le sigue a uno la pista, cae sin remedio. No es una organización como esas del Gobierno que o se salen con la suya en el acto, o se olvidan inmediatamente del asunto. Son gente, que, si se meten en un negocio, lo hacen resueltamente y hasta conseguir el resultado sea como fuere, por las buenas o por las malas. Si un agente de los Pinkerton anda en este negocio, podemos darnos por perdidos.

—Tenemos que matarlo.

—¡Ya ve usted cómo es ésa la primera idea que se le ha ocurrido! En esta misma forma se planteará en la logia. ¿No le dije yo que esto terminaría en asesinato?

—¿Y qué significa un asesinato? ¿No es una cosa corriente por aquí?

—Sí que lo es, pero no seré yo quien señale al hombre que ha de ser asesinado. Ya no volvería a tener sosiego en toda mi vida. Sin embargo, son nuestras cabezas las que están en juego. Por amor de Dios, ¿qué debo hacer? —En las angustias de su indecisión, aquel hombre movía el busto a derecha e izquierda.

Pero sus palabras habían conmovido profundamente a McMurdo. Era fácil de ver que compartía la opinión de su visitante acerca del peligro y de la necesidad de hacerle frente. Agarró a Morris por el hombro y le sacudió lleno de interés.

—Venga acá, hombre; nada ganará con estarse ahí lloriqueando como una viuda en un velorio —gritó, chillando casi, de excitado que estaba—. Vengan los hechos. ¿Quién es el individuo? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo oyó usted hablar de él? ¿Por qué vino a buscarme a mí?

—Vine a buscarle a usted porque es el único hombre capaz de aconsejarme. Le dije a usted que yo había tenido un almacén en la región del Este, antes de venir aquí. Dejé por aquellas tierras buenos amigos, y uno de ellos está colocado en Telégrafos.



He aquí la carta que recibí ayer de él. Fíjese aquí, en la parte superior de la carta. Puede leer usted mismo.

Lo que McMurdo leyó fue esto:

«¿Cómo siguen por ahí los Camorreros? Los periódicos hablan mucho de ellos. De usted para mí, le diré que aguardo noticias tuyas antes que pase mucho tiempo. Cinco grandes corporaciones y dos compañías de ferrocarril han tomado el asunto en sus manos con el más vivo interés. Se proponen arreglarlo, y puede usted apostar a que lo conseguirán. Se han metido en ello hasta los codos. Pinkerton se encargó del asunto. Por órdenes tuyas y el mejor de sus hombres, Edwards *el Pajarraco*, han entrado en acción. Es preciso cortar inmediatamente la cosa».

—Y ahora lea usted la posdata.

«Naturalmente que esta noticia yo la he averiguado en mis funciones de operador, de modo que no pasa de ahí. La clave en que envía todos los días sus mensajes es rarísima y no consigo descifrarla».

McMurdo permaneció algún tiempo sentado y en silencio con la carta en sus manos inquietas. La niebla se había alzado por un instante y descubría ante él un abismo.

—¿Ha hablado usted a alguien más de esto? —preguntó.

—A nadie más.

—Pero esta persona, su amigo, ¿conoce a alguien a quien es probable que escriba?

—Sí, yo creo que conoce a una o dos personas más.

—¿De la logia?

—Es bastante probable.

—Se lo preguntaba porque es verosímil que haya dado alguna descripción de este tal Edwards *el Pajarraco*. En ese caso podríamos descubrir su pista.

—Sí, es posible, aunque yo no creo que él lo conozca. Se limita a darme en la carta noticia de que se enteró en el curso de su trabajo. ¿Cómo es posible que él conozca a este hombre Pinkerton?

McMurdo pegó un violento respingo, y exclamó:

—¡Por vida de..., que ya lo tengo! ¡Qué estúpido he sido en no darme cuenta! ¡Y vaya suerte la nuestra! Le arreglaremos las cuentas antes que pueda causarnos daño alguno. Bueno, Morris, ¿quiere usted dejar esto en mis manos?

—¡Claro que sí, con tal que usted quiera quitarlo de las mías!

—Lo haré. Usted se hace por completo a un lado y me deja a mí que lo lleve

adelante. No es preciso siquiera que suene su nombre. Yo cargaré con todo, como si esta carta me hubiese sido enviada a mí. ¿Le satisface eso?

—Es precisamente lo que yo quería pedirle.

—Quedamos, pues, así, y usted no se deje ver para nada. Y ahora me voy a la logia, y ya verá cómo hacemos pronto que ese individuo, Pinkerton, esté pesaroso de haberse metido en esto.

—Pero no lo mataréis, ¿verdad?

—Amigo Morris, cuanto menos sepa usted, más tranquila estará su conciencia y mejor dormirá. No haga preguntas y deje que las cosas se arreglen por sí solas. El asunto está ya en mis manos.

Morris movió tristemente la cabeza al despedirse, y gimió:

—Me siento como si su sangre cayera sobre mis manos.

—Obrar en propia defensa no es asesinato —dijo McMurdo, sonriéndose ceñudamente—. La cuestión es ésta: o él o nosotros. Creo que si permitiésemos que este hombre permaneciese mucho tiempo en el valle, acabaría con todos nosotros. Hermano Morris, vamos a tener que elegirlo gran maestro de la logia, porque con seguridad que usted la ha salvado.

Sin embargo, la manera de conducirse McMurdo demostraba que miraba aquel entremetimiento con mayor seriedad de la que mostraban sus palabras. Quizá fuese su conciencia culpable; quizá, la fama de que gozaba la organización Pinkerton; quizá, la noticia de que unas corporaciones grandes y ricas se habían entregado a la tarea de acabar con los Camorreros; fuesen cuales fueren sus razones, obraba como hombre que se prepara a enfrentarse con lo peor. Antes de salir de casa destruyó todos los documentos que pudieran servir para acusarle. Hecho eso, dejó escapar un suspiro de satisfacción, pareciéndole que estaba ya a salvo; sin embargo, aún debía sentir la presión del peligro, porque, camino de la logia, se detuvo frente a la casa del viejo Shafter. Entrar en ella le estaba prohibido, pero cuando dio unos golpecitos en la ventana, Ettie salió a reunirse con él. La joven observó que había desaparecido del rostro de su enamorado la picardía irlandesa. Leyó en su seriedad la señal de peligro.

—¡Algo ha ocurrido! —exclamó—. ¡Oh Jack, tú estás en peligro!

—Sí, pero no es nada grave, corazón. Sin embargo, quizá conviniese que tomásemos alguna medida antes que las cosas empeoren.

—¡Tomar alguna medida!

—En una ocasión te prometí que me marcharía de aquí algún día. Esta noche he recibido noticias, malas noticias. Preveo dificultades.

—¿La Policía acaso?

—Algo por el estilo, uno de los Pinkerton. Pero tú, *acushla*, ignoras seguramente lo que es esto y lo que supone para los hombres como yo. Estoy demasiado metido en este asunto y tengo que salir del mismo a escape. Tú me dijiste que, si me marchaba de aquí, vendrías conmigo.

—¡Ésa sería tu salvación, Jack!

—Ettie, yo soy en ciertos aspectos un hombre honrado. No sería capaz de dañar a un cabello de tu bondadosa cabeza por todo lo que el mundo pueda dar ni hacerse descender jamás ni siquiera un centímetro del trono de oro sobre el que yo te veo siempre encima de las nubes. ¿Tendrás fe en mí?

La joven puso su mano en la de McMurdo sin decir una palabra.

—Pues, entonces, escucha lo que voy a decirte y obra como yo te mando, porque no hay otro camino para nosotros. En este valle van a ocurrir cosas. Me lo dice el corazón. Muchos de nosotros tendrán que mirar por sí mismos. Yo, por lo menos. ¡Si yo me marcho, lo mismo si es de día que si es noche, tendrás que venir conmigo!

—Iré detrás de ti, Jack.

—No, no; tendrás que venir conmigo. Si este valle se me cierra y ya nunca puedo regresar al mismo, ¿cómo voy a dejarte aquí, mientras estoy, quizá, en un lugar oculto, sin medios siquiera para hacer llegar hasta ti un mensaje? Tienes que venir en mi compañía. En la población de donde procedo conozco yo una buena mujer, y con ella te dejaré hasta que nos casemos. ¿Vendrás?

—Sí, Jack, iré.

—¡Que Dios te bendiga por la confianza que en mí tienes! Si yo abusase de ella, sería un demonio salido del infierno. Pues bien: Ettie, ten en cuenta que mi mensaje será nada más que de una palabra, y cuando llegue a ti lo dejarás todo y marcharás en línea recta a la sala de espera de la estación, donde permanecerás hasta que yo vaya en busca tuya.

—Lo mismo si es de día que si es de noche, yo acudiré a tu llamada, Jack.

Con el alma ya más tranquila, una vez que había iniciado sus preparativos para la fuga, McMurdo marchó a la logia. Ésta se hallaba ya reunida, y sólo después de complicados signos y contrasignos pudo cruzar a través de la guardia exterior y de la guardia interior, que la tenían cerrada a cal y canto. Fue acogido al entrar con un rumor de satisfacción y de bienvenida. La alargada habitación estaba muy concurrida, y por entre el humo del tabaco distinguió las enmarañadas melenas negras del gran maestro, las facciones crueles y malévolas de Baldwin, la cara de buitre de Harraway, el secretario, y una docena más de los dirigentes de la logia. Se alegró de que todos estuviesen allí para que deliberasen acerca de la noticia que les traía.

—La verdad, hermano, que nos alegramos de verle —dijo el presidente—. Tenemos entre manos un negocio que requiere toda la sabiduría de un Salomón para resolverlo.

—Es el pleito de Lander y de Evan —le explicó el que tenía a su lado, una vez que tomó asiento—. Ambos reclaman él premio que ofreció la logia por matar a tiros al viejo Crabbe en Stylestown, ¿y quién es capaz de señalar al que disparó la bala?

McMurdo se puso en pie y levantó la mano. La expresión de su rostro fijó en el mismo la atención del auditorio. Reinó un silencio mortal de expectación.

—Venerable maestro —dijo con voz solemne—, pido hablar para una cuestión de urgencia.

—El hermano McMurdo pide la palabra para una cuestión de urgencia —dijo McGinty—. Según los reglamentos de la logia, esta petición tiene precedencia. Te escuchamos, hermano.

McMurdo sacó la carta del bolsillo, y dijo:

—Venerable maestro y hermanos, hoy soy portador de una mala noticia, pero es preferible que la conozcáis y la discutáis antes que descarguen sobre nosotros de improviso un golpe que sería nuestra destrucción. He sido informado de que las organizaciones más poderosas y ricas de este Estado se han coligado para destruirnos y que en este mismo instante se encuentra en este valle un detective de Pinkerton, un tal Edwards *el Pajarraco*, dedicado a recoger pruebas como para echarnos a muchos de nosotros el dogal al cuello y para enviar a cuantos se encuentran aquí reunidos a un presidio. Tal es la noticia para cuya discusión he solicitado la urgencia.

Reinó en la sala un silencio de muerte, que fue roto por la presidencia, preguntando:

—¿Cuáles son las pruebas que tiene de lo que afirma, hermano McMurdo?

—Esta carta que ha caído en mis manos —contestó McMurdo. Leyó en voz alta el párrafo—. Es para mí una cuestión de honor no dar más detalles acerca de la carta ni entregársela, pero os aseguro que no hay en ella nada más que pueda afectar a los intereses de la logia. He expuesto ante vosotros el caso tal y como hasta mí ha llegado.

Uno de los hermanos habló así:

—Permítame decir, señor presidente, que he oído hablar de Edwards *el Pajarraco* y que éste tiene fama de ser el hombre que más vale de todo el personal de Pinkerton.

—¿Hay alguien que lo conozca de vista? —preguntó McGinty.

—Sí —dijo McMurdo—, yo lo conozco.

Corrió por la sala un murmullo de asombro. McMurdo prosiguió, con sonrisa de triunfo:

—Creo que lo tenemos en el hueco de nuestras manos. Podemos cortar este asunto en flor si actuamos con rapidez y habilidad. Poco tenemos que temer si me otorgáis vuestra confianza y vuestra colaboración.

—Pero ¿qué es lo que tenemos que temer? ¿Qué puede saber él de nuestros asuntos?

—Esa pregunta estaría bien si todos fuesen tan firmes como usted, consejero. Pero este individuo tiene a su espalda todos los millones de los capitalistas. ¿Cree usted que entre todas nuestras logias no hay algún hermano más débil y que podría ser comprado? Ese hombre conseguirá todos nuestros secretos; quizá los tiene ya en su poder. Sólo hay un remedio.

—Que no salga del valle —dijo Baldwin.

McMurdo asintió con la cabeza.

—Bien dicho, hermano Baldwin. Usted y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero es usted quien ha pronunciado esta noche la frase eficaz.

—¿Dónde, pues, está él? ¿Cómo podemos conocerlo?

—Venerable maestro —dijo McMurdo con solemnidad—, yo me permito sugerir a usted que éste es un asunto demasiado vital para ser tratado en logia abierta. Que Dios me libre de arrojar una duda sobre ninguno de los aquí presentes; pero sí llegase a oídos de ese individuo el más ligero rumor, allí acabarían todas nuestras posibilidades de hacernos con él. Yo pido a la logia que nombre un comité de confianza, señor presidente, compuesto, si se me permite concretar, por usted mismo, por el hermano Baldwin y cinco más. Entonces podré yo hablar libremente de lo que sé y de lo que aconsejo que se haga.

La proposición fue adoptada en el acto y nombrado el comité. Lo formaban, además del presidente y de Baldwin, el cara de buitre Harraway; Cormac, *el Tigre*, el joven bestial y asesino; Cárter, el tesorero, y los hermanos Willaby, hombres temerarios y desesperados que no reparaban en nada.

La cuchipanda habitual de la logia fue breve y poco ruidosa. Se cernía sobre todas las imaginaciones una nube, y eran muchos los que por vez primera descubrían esa vengadora nube de la justicia avanzando por el cielo sereno bajo el que llevaban viviendo tanto tiempo. Los horrores de que habían hecho víctimas a los demás habían llegado a ser parte integrante de sus vidas, y el pensamiento de que tuvieran que pagar por ello se había hecho remotísimo. Por eso se sobresaltaron aún más ahora, que lo veían tan cerca. Se disolvieron a una hora temprana y dejaron a sus jefes reunidos en consejo.

—Venga ya, McMurdo —dijo McGinty cuando estuvieron a solas.

Los siete hombres permanecieron rígidos en sus asientos.

—Dije hace un momento que conocía a Edwards *el Pajarraco* —explicó McMurdo—. No hará falta que les diga que él no vive aquí bajo ese nombre. Es un individuo valeroso, os lo aseguro, pero no es un loco. Pasa por ser Steve Wilson, y se hospeda en Hobson's Patch.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque trabé conversación con él. En aquel instante estuve muy lejos de pensarlo, y no habría vuelto a acordarme de ese hombre de no haber sido por esta carta, pero ahora estoy seguro de que es el hombre en cuestión. Tropecé con él en uno de los vagones del tren. Fue el miércoles, y... y yo iba para un asunto difícil si los hay. Me dijo que era periodista. Se lo creí entonces. Quería enterarse de todo lo referente a los Camorrones y a lo que él calificaba de sus *tropelías*, para el periódico *New York Press*. Me hizo toda clase de preguntas para sacar algo con destino a su periódico. Ya pueden apostar a que no solté prenda. «Yo pagaría, y lo pagaría bien, a quien me proporcionase algún material que le conviniese a mi director», me dijo. Yo entonces le contesté lo que me pareció que a él le gustaría más, y él me pagó con un billete de veinte dólares por mis informes, y agregó: «Si usted me proporciona los datos que busco, le pagaré esa suma multiplicada por diez».

—¿Y qué fue, pues, lo que le dijiste?

—Todas las mentiras que se me ocurrieron de momento.

—¿Y cómo sabes que no era un periodista?

—Veréis. Se apeó en Hobson's Patch, y lo mismo hice yo. Tuve casualmente que entrar en la oficina de Telégrafos, y él salía en ese momento.

—«Fíjese —me dijo el telegrafista después que él se marchó—. Yo creo que esto se les debería cobrar a doble tarifa». «En efecto» —le contesté—. Aquel hombre había llenado la hoja del formulario con un texto que debía de ser chino, porque no se entendía una sola palabra. «Y nos larga todos los días una hoja como ésta», me dijo el empleado. Yo le contesté: «Sí, son noticias especiales para su periódico, y tiene miedo de que alguien se las pise». Eso es lo que en aquel momento pensábamos el telegrafista y yo, pero ahora pienso de muy distinta manera.

—¡Por vida de..., que creo que está en lo cierto! —exclamó McGinty—. ¿Y qué cree que deberíamos hacer?

—¿Por qué no ir ahora mismo y liquidarlo? —apuntó alguien.

—Sí, cuanto antes, mejor.

—Si supiese dónde podíamos encontrarlo, yo saldría sin perder un minuto —dijo McMurdo—. Vive en Hobson's Patch, pero ignoro en qué casa. Sin embargo, tengo un plan, por si queréis seguir mi consejo.

—¿Cuál es?

—Iré mañana por la mañana a Patch y daré con él valiéndome del telegrafista. Creo que a éste no le será difícil dar con su dirección. Averiguada ésta, me entrevistaré con él y le diré que yo soy uno de esos Hombres Libres. Me ofreceré a entregarle todos los secretos de la logia por una cantidad. Podéis estar seguros de que ahí resbalará. Le diré que tengo los documentos en mi casa, pero que venir él a ella cuando anda la gente por la calle equivale a jugarme la vida. Él comprenderá que eso es de sentido común. Que venga a las ocho de la noche, y entonces se lo mostraré todo. Estoy seguro de que eso bastará para hacerle venir.

—¿Y luego?

—Lo demás pueden planearlo ustedes mismos. La casa de la viuda McNamara está muy retirada. Ella es tan leal como el acero y tan sorda como un poste. En la casa sólo vivimos Scanlan y yo. Si le arranco la promesa, y en caso afirmativo os lo haré saber mañana, no tenéis sino ir los siete a mi casa a eso de las nueve. Lo acorralaremos. Y si sale de allí con vida, tendrá razón para ponderar durante el resto de sus días que Edwards *el Pajarraco* es un hombre de suerte.

—O mucho me equivoco, o está a punto de producirse una vacante en el personal de Pinkerton —dijo McGinty—. Aceptado todo, McMurdo. Mañana a las nueve nos tendrá allí. Usted ciérrelo dentro, y deje lo demás de cuenta nuestra.

Capítulo VII

Edwards «el pajarraco» cae en la trampa

Tal y como había dicho McMurdo, la casa en que vivía estaba en un lugar solitario y era muy a propósito para el crimen que planeaban. Alzábase en el extremo límite de la población y bastante retirada de la carretera. De no haber sido así, los conspiradores se habrían limitado a hacer que su víctima saliese de la casa, y entonces habrían vaciado sus revólveres en su cuerpo; pero en esta ocasión era preciso averiguar qué era lo que sabía y de qué medios se había valido para saberlo, además de lo que había comunicado ya a sus jefes. Quizá llegaban demasiado tarde, y el detective había dado fin a su labor. En este caso, podrían, por lo menos, tomar venganza en el autor de aquello. Sin embargo, confiaban en que nada de verdadera importancia hubiese llegado todavía a conocimiento del detective. De no ser así, se decían, no se habría tomado el trabajo de copiar y telegrafiar una información tan fútil como la que McMurdo aseguraba haberle dado. Todo eso podrían saberlo de sus propios labios. Una vez que se apoderasen de él, ya encontrarían la manera de hacerle hablar. No era aquélla la primera vez que habían tenido que habérselas con un testigo reacio a declarar.

Según habían convenido, McMurdo marchó a Hobson's Patch. Esa mañana pareció que la Policía se interesaba por él de una manera especial, y el capitán Marvin (el mismo que afirmaba ser un viejo conocido suyo en Chicago) llegó incluso a hablarle cuando estaba esperando en la estación. Pero McMurdo le volvió la espalda, negándose a contestar. Por la tarde regresó de su misión, y se entrevistó con McGinty en la Casa de la Unión.

—Vendrá —dijo a éste.

—¡Magnífico! —dijo McGinty.

El gigantón estaba en mangas de camisa, con el amplio chaleco atravesado por pulidas cadenas y sellos, y un brillante titilando por entre el fleco de su encrespada barba. El alcohol y la política le habían convertido en un hombre riquísimo, y tan rico como poderoso. Por ello tenía que antojársele todavía más terrible aquella rápida visión de la cárcel o de la horca que se había alzado ante él la noche precedente.

—¿Crees que es mucho lo que sabe? —preguntó con ansiedad.

McMurdo movió sombríamente la cabeza.

—Lleva ya aquí algún tiempo, seis semanas por lo menos. Yo creo que él no vino a esta región para contemplar el panorama. Si ha estado entre nosotros todo ese

tiempo trabajando respaldado por el dinero de los ferrocarriles, creo que ha debido de conseguir resultados y que se los ha comunicado a ellos.

—En la logia no hay un solo hombre débil —exclamó McGinty—. Firmes como el acero todos ellos. Y, sin embargo, ¡vive Dios!, que tenemos a ese cobardón de Morris. ¿Qué opinas de él? Si alguien se va de la lengua, será él. Estoy por enviar a un par de muchachos antes de la noche para que le den una paliza y vean lo que pueden sacar de él.

—Sí, no habría ningún mal en ello —contestó McMurdo—. No niego que siento cierta simpatía por Morris y que lamentaría que se le causase perjuicio. En una o dos ocasiones conversó conmigo sobre asuntos de la logia, y, aunque quizás él no tenga sobre ellos el mismo criterio que usted o que yo, no me produjo, sin embargo, la impresión de ser un chivato. Pero, en fin, yo no tengo por qué interponerme entre usted y él.

—Le voy a arreglar las cuentas a ese mamarracho —dijo McGinty, lanzando un juramento—. Lo tengo entre ceja y ceja desde hace un año.

—Sobre eso sabe usted más que nadie —contestó McMurdo—. Pero lo que haga, tiene que hacerlo mañana, porque tenemos que permanecer agazapados hasta que se acalle el asunto ese de Pinkerton. Si en alguna ocasión no debemos hacer que la Policía se meta a huronear es hoy.

—Eso es cierto —dijo McGinty—. Además, sabremos de la boca misma de Edwards *el Pajarraco* en qué fuente bebió sus noticias, aunque para ello tengamos antes que arrancarle el corazón. ¿Dio señales de husmear una trampa?

McMurdo se echó a reír, y dijo:

—Creo que lo tomé por su lado flaco. Es hombre que, si logra rastrear una buena pista de los Camorberos, llegará por ella hasta el fin. Recibí su dinero, y me entregará otro tanto más cuando haya examinado los documentos —McMurdo se sonrió con malicia, sacando un paquete de billetes de dólares.

—¿Qué documentos?

—No hay tales documentos. Pero yo le atiborré con constituciones, reglamentos y formularios de solicitud de ingreso. El calcula poder llegar hasta el fondo del asunto antes de marcharse de aquí.

—Ahí sí que tiene razón —dijo McGinty con expresión torva—. ¿Y no le preguntó por qué razón no había llevado usted mismo esos documentos?

—¡Como si yo pudiese llevar encima semejantes cosas, siendo como soy un sospechoso, y habiéndome dirigido la palabra hoy mismo en la estación del ferrocarril el capitán Marvin!

—Sí, ya me lo habían dicho —dijo McGinty—. Me parece que va a caer sobre usted la parte pesada de este asunto. Nosotros podríamos tirarlo por algún pozo de mina abandonado, una vez que lo hayamos liquidado; pero, hagamos lo que hagamos, siempre irá a parar la cosa a que ese hombre vivía en Hobson's Patch y en que usted estuvo hoy allí.

McMurdo se encogió de hombros.

—Si hacemos las cosas bien, no podrán demostrar jamás que ese hombre ha sido muerto —dijo—. Nadie lo verá venir a casa después de oscurecido, y yo apostaría cualquier cosa a que nadie lo verá salir. Mire, consejero. Voy a exponerle mi plan, y usted se encargará de que los demás se adapten al mismo. Ustedes todos vendrán a su debido tiempo. Muy bien. Él llega a las diez. Llamará con tres golpes, y yo abriré la puerta. Entonces le dejaré pasar, me quedaré detrás y la cerraré. Y ya es hombre nuestro.

—Todo eso es fácil y sencillo.

—Sí, pero la etapa siguiente necesita ser meditada. El hombre no es una cosa fácil. Va bien armado. Yo le he hecho morder bien el cebo, pero es probable que se mantenga en guardia. Supongamos que yo le hago pasar a una habitación y se encuentra en ella con siete hombres, cuando esperaba encontrarse solo conmigo. Habrá tiros, y alguien resultará herido.

—Exacto.

—Al oír los disparos se nos vendrán encima todos los condenados guardias que hay en la población.

—También creo que está en lo cierto.

—Yo haría las cosas de esta manera. Ustedes estarán todos en la habitación grande, la misma que usted vio cuando estuvo allí charlando conmigo. Yo le abro la puerta, lo paso a la salita que hay junto a aquélla y lo dejo allí mientras voy por los documentos. Así tendré oportunidad de informarles a ustedes de la situación. Luego vuelvo yo a la salita con algunos documentos fingidos. Mientras él está leyéndolos, me abalanzo y le sujeto el brazo del revólver. Ustedes me oirán llamarlos, y acudirán corriendo. Cuanto más rápido, mejor, porque es un hombre tan fuerte como yo, y quizá me encuentre con algo superior a mí. Pero yo creo que seré capaz de sujetarlo hasta que ustedes lleguen.

—Es un buen plan —dijo McGinty—. La logia quedará en deuda con usted por esto. Creo que cuando yo deje mi sitio podré decir quién es el hombre que me sucederá.

—Consejero, yo soy poco más que un simple recluta —contestó McMurdo, pero en su cara se retrataba la opinión que le merecía aquel cumplido del gran hombre.

De vuelta en su casa, hizo sus propios preparativos para la peligrosa noche que se le presentaba. En primer lugar, limpió, engrasó y cargó su revólver Smith-Wesson. Luego examinó la habitación en la que iba a quedar encerrado el detective. Era esta muy amplia, con una larga mesa de madera en el centro y una gruesa estufa al final. En los otros dos lados había ventanas. Éstas no tenían persianas, sino cortinas ligeras que se corrían lateralmente. McMurdo las examinó con gran cuidado. Debió, sin duda, de parecerle que la habitación estaba demasiado a la vista para tratar un asunto tan reservado. Sin embargo, la distancia a que estaba de la carretera quitaba importancia a este detalle. Por último, discutió el asunto con su compañero de

hospedaje. Scanlan, aunque pertenecía a los Camorrones, era un hombrecito inofensivo y demasiado débil para ir en contra de la opinión de sus camaradas; pero allá, en su interior, estaba horrorizado de los crímenes de sangre a que en ocasiones tuvo que asistir por la fuerza. McMurdo le dijo en breves palabras lo que se preparaba, agregando:

—Yo, en su caso, Mike Scanlan, permanecería ausente esta noche y me mantendría alejado de todo. Antes que amanezca correrá aquí la sangre.

—La verdad, Mac —contestó Scanlan—, que no me falta voluntad, pero me flaquea el valor. La ocasión aquella en que vi caer al gerente Dunn allá en la mina, pudo más que yo. Yo no he nacido para eso, como han nacido usted y McGinty. Si con ello no van a formar mala opinión de mí en la logia, haré lo que me aconseja, y los dejaré solos por esta noche.

Los hombres llegaron a su tiempo, según se había convenido. Exteriormente parecían ciudadanos respetables, bien vestidos y limpios, pero quien fuese un buen fisonomista habría descubierto muy poca esperanza para Edwards *el Pajarraco* en aquellas bocas duras y en aquellos ojos implacables. No había en el cuarto un solo hombre cuyas manos no se hubieran teñido de sangre una docena de veces. Eran tan insensibles al asesinato de un hombre como el carnicero a la muerte de una oveja. Destacábase entre todos, como es natural, tanto por su aspecto como por sus crímenes, el formidable mandamás. Harraway, el secretario, era hombre enjuto y agrio, de cuello largo y asarmentado y de miembros nerviosos y respingantes. Un hombre de incorruptible fidelidad, siempre que se tratase de las finezas de la Orden, y sin la menor idea de justicia o de honradez para ninguna otra persona fuera de la Orden. El tesorero, Carter, era de mediana edad, de facciones impasibles y bastante ceñudas, y de piel amarilla apergaminada. Era un organizador muy capaz, y de su cerebro calculador habían brotado los detalles concretos de casi todas las tropelías cometidas. Los dos Willaby eran hombres de acción, altos, jóvenes y ágiles, de cara resuelta, mientras que su compañero, Cormac, *el Tigre*, joven moreno y voluminoso, era temido hasta por sus propios camaradas a causa de su temperamento feroz. Éstos fueron los hombres que se reunieron aquella noche bajo el techo de McMurdo para matar al detective de Pinkerton.

Su huésped había colocado *whisky* en la mesa, y ellos se apresuraron a ponerse a punto para el trabajo que los esperaba. Baldwin y Cormac estaban ya medio borrachos, y el alcohol había sacado a la superficie toda su ferocidad. Cormac acercó sus manos durante un momento a la estufa (que había sido encendida), porque las noches primaverales eran todavía frías.

—Ésta nos servirá —dijo, y acompañó sus palabras con un juramento.

—Sí —dijo Baldwin, comprendiendo el alcance de aquellas palabras—. Si lo atamos a la estufa, vomitará la verdad.

—Sobre eso no tengáis cuidado; le arrancaremos la verdad —dijo McMurdo.

Este hombre tenía nervios de acero: todo el peso del asunto recaía sobre él, pero

sus maneras eran ahora tan serenas y despreocupadas como siempre. Los demás lo advirtieron y le aplaudieron.

—Eres el hombre indicado para llevar este asunto —dijo McGinty en tono de aprobación—. No se dará cuenta de nada hasta que le pongas la mano en la garganta. Es una lástima que las ventanas no tengan persianas.

McMurdo fue de una a otra ventana y corrió más las cortinas.

—Nadie puede ahora espiarnos. La hora se acerca.

—Quizá no venga. Quizá barrunte el peligro —dijo el secretario.

—Vendrá, no teman —contestó McMurdo—. Está con tantas ganas de venir como ustedes de que venga. ¡Atención!

Todos permanecieron sentados lo mismo que figuras de cera; algunos, incluso, con los vasos levantados y a mitad de camino de los labios. Tres fuertes golpes sonaron a la puerta.

—¡Silencio!

McMurdo levantó la mano en un gesto de precaución. Una expresión jubilosa recorrió el círculo de hombres y las manos palparon armas ocultas.

—¡No hagan el menor ruido, por vida suya! —cuchicheó McMurdo al salir de la habitación, cerrando cuidadosamente tras él la puerta.

Los asesinos esperaron con los oídos en tensión. Contaron los pasos de su camarada al avanzar por el pasillo. Luego le oyeron abrir la puerta exterior. Se oyeron algunas palabras de saludo. Después llegó hasta ellos ruido de pasos extraños en el interior y una voz que no conocían. Un instante después dieron un portazo y se oyó girar una llave en la cerradura. Su presa estaba segura dentro de la trampa. Cormac, *el Tigre*, dejó escapar una risa espantosa, y McGinty le tapó la boca con la mano, cuchicheando:

—¡Silencio, estúpido! Aún vas a echarlo todo a perder.

Desde la habitación contigua llegaba el murmullo de una conversación. Parecía que no iba a acabar nunca. Luego se abrió la puerta y apareció McMurdo con el dedo índice en los labios. Se acercó hasta el extremo de la mesa y los miró a todos. Un cambio sutil se había realizado en él. Sus maneras venían a ser las de un hombre que tiene ante sí una gran tarea que realizar. Su rostro había adquirido dureza de granito. Le brillaban los ojos con intensa excitación detrás de los cristales de las gafas. Se había convertido en un destacado conductor de hombres. Ellos se quedaron mirándole con intenso interés, pero nada dijeron. Él los fue mirando uno a uno con aquella mirada fija y extraña.

—Bueno —exclamó por fin McGinty—. ¿Está aquí? ¿Está aquí Edwards *el Pajarraco*?

—Sí —contestó lentamente McMurdo—. Está aquí. ¡Yo soy Edwards *el Pajarraco*!

Después de estas breves palabras hubo diez segundos durante los cuales se hubiera dicho que la habitación estaba completamente desierta, de tan profundo como

era el silencio. El siseo de una olla encima de la estufa golpeaba los oídos, áspero y estridente. Siete rostros pálidos, alzados todos ellos hacia este hombre que los dominaba, permanecían inmóviles por efecto de un terror absoluto. De pronto, y con un súbito quebrarse de cristales, asomó por cada una de las ventanas un erizamiento de brillantes cañones de rifle, mientras que las cortinas eran arrancadas de sus varillas. McGinty, al ver aquello, lanzó un rugido como de fiera herida y se abalanzó hacia la puerta entreabierta. Allí tropezó con un revólver que le apuntaba y con los fríos ojos azules del capitán Marvin, de la Policía del Carbón y del Hierro, que brillaban detrás del punto de mira. El *mandamás* retrocedió y cayó de espaldas en su silla.



—Consejero, ahí está usted más seguro —dijo el hombre al que ellos conocían por el apellido de McMurdo—. Y usted, Baldwin, si no retira la mano de su revólver, quizá defraude todavía al verdugo que le ha de ahorcar. Fuera esa mano, o, por el Dios que me crió... Bien, así está bien. La casa está rodeada por cuarenta hombres armados, de modo que ustedes mismos pueden calcular las probabilidades que tienen. ¡Marvin, quíteles las armas!

No cabía resistencia alguna bajo la amenaza de aquellos rifles. Los hombres estaban desarmados. Huraños, avergonzados y atónitos, seguían sentados alrededor de la mesa. El hombre que les había hecho caer en la trampa les dijo:

—Antes de separarnos querría decirles unas palabras. Creo que quizá no volvamos a encontrarnos hasta que me vean en estrados. De aquí para entonces les quiero dar materia de meditación. Saben ya a qué atenerse sobre mi persona. Por fin puedo poner las cartas boca arriba. Yo soy Edwards *el Pajarraco*, de la agencia Pinkerton, Fui elegido para destruir vuestra cuadrilla. Era un juego difícil y peligroso el que tenía que hacer. Nadie, ni una sola persona, ni siquiera las que están más cerca

de mí y las que me son más queridas, sabían la partida que yo me jugaba, con excepción del capitán Marvin, aquí presente, y de mis jefes. Pero esta noche termina, gracias a Dios, y yo soy el ganador de la partida.

Los siete rostros pálidos y rígidos se alzaban, con la vista fija en él. Había en sus ojos un odio insaciable. Él leyó aquella amenaza, que nada sería capaz de aplacar.

—Quizás ustedes piensen que aún no ha terminado el juego. Bueno sobre este punto yo corro mis riesgos. De todos modos, algunos de vosotros no actuarán ya más, y otros sesenta hombres, además de los que estáis aquí, dormirán esta noche en la cárcel. Quiero decir que cuando me encargaron de esta tarea yo no creí jamás que existiese una sociedad como la vuestra. Pensaba que eran habladurías de los periódicos y que yo podría demostrarlo. Me dijeron que vuestra sociedad pertenecía a la de los Hombres Libres, y por eso me dirigí a Chicago y me inicié allí. Entonces adquirí una seguridad todavía mayor de que se trataba nada más que de habladurías de los periódicos, porque en esa sociedad no descubrí nada malo y sí mucho de bueno. Sin embargo, tenía que realizar el trabajo que me habían encomendado, y vine a los valles del carbón. Cuando llegué a esta ciudad vi que estaba equivocado y que no había en esto nada de novedad. Me quedé, pues, para ver lo que ocurría. Yo no maté jamás a nadie en Chicago. Ni acuñé en mi vida un dólar. Los que os entregué eran tan buenos como los demás, pero nunca hubo dinero mejor gastado. Me di cuenta del camino que tenía que seguir para ganarme vuestras simpatías, y por eso fingí ser un perseguido de la Justicia. Todo salió como yo había calculado... Ingresé, pues, en vuestra logia infernal y tomé parte de vuestros consejos. Quizá digan algunos que yo era tan malo como vosotros. Pueden decir lo que gusten, con tal que yo os tenga entre mis manos. Pero ¿cuál es la verdad? La noche que yo ingresé apaleasteis al anciano Stanger. Yo no pude avisarle, porque no había tiempo para ello, pero detuve tu mano, Baldwin, cuando estabas a punto de matarlo. Si alguna vez he sugerido ideas, como para conservar mi situación entre vosotros, siempre fueron cosas que yo sabía que me sería posible evitar. No pude salvar a Dunn y a Menzies porque no estaba lo suficientemente enterado, pero ya me cuidaré de que sus asesinos sean ahorcados. Di aviso a Chester Wilcox, de manera que, cuando yo volé la casa, él y su gente estaban ocultos en otro lugar. Hubo muchos crímenes que yo no pude evitar, pero si volvéis la vista hacia atrás y os fijáis en las muchas veces que vuestras presuntas víctimas regresaron a casa por otro camino, o se encontraban en el barrio comercial de la ciudad cuando vosotros fuisteis a su casa, o que no salieron de ella cuando calculabais que saldrían, descubriréis en todo ello mi mano.

—¡Condenado traidor! —siseó McGinty, por entre sus dientes apretados.

—Sí, John McGinty, puedes llamarme así, si con ello se suaviza tu dolor. Tú y los semejantes tuyos habéis sido en esta región los enemigos de Dios y de los hombres. Hacía falta uno para interponerse entre vosotros y los pobres hombres y mujeres que teníais sujetos con vuestra garra. Sólo había una manera de llevarlo a cabo y yo lo hice. Me llamas traidor, pero yo creo que serán muchos millares los que me llamarán

libertador, que bajé hasta el infierno para salvarlos. Tres meses he estado metido en esto, pero no volvería a pasar otros tres meses así, ni aunque me pagasen con todo el dinero que hay en el Departamento del Tesoro, de Washington. No tuve más remedio que permanecer en mi puesto hasta ser dueño de todo; de todos los hombres y de todos los secretos; hasta tenerlo todo en esta mano. Habría esperado algún tiempo más, si no hubiese llegado a mi conocimiento la noticia de que mi secreto estaba dejando de serlo. Había llegado a la ciudad una carta que os habría abierto los ojos. No tuve, pues, más remedio que actuar, y actuar rápidamente. Nada más tengo que decir sino que, cuando me llegue la hora, moriré más tranquilo pensando en el trabajo que he realizado en este valle. Y ahora, Marvin, no quiero hacerle perder más tiempo. Que entren sus hombres, y den fin al asunto.

Poco más es lo que hay que decir. McMurdo había entregado a Scanlan una carta lacrada para que la entregase en casa de mis Ettie Shafter; misión que él aceptó guiñando un ojo y sonriéndose con malicia. En las primeras horas de la mañana, una hermosa mujer y un hombre muy embozado subieron a un tren especial que había sido enviado por la compañía del ferrocarril, y realizaron un viaje rápido sin detenerse en ninguna parte hasta salir de la zona de peligro. Ni Ettie ni su enamorado volvieron a poner jamás los pies en el valle del Terror. Diez días después contrajeron matrimonio en Chicago, siendo el anciano Jacob Shafter testigo de la boda.

Los Camorrones fueron juzgados lejos del lugar donde sus partidarios habrían podido aterrorizar a los guardianes de la ley. Fue inútil que el dinero de la logia — dinero arrancado por medio del chantaje a toda la región— se gastase como el agua en el intento de salvarlos. La declaración fría, clara y desapasionada de quien conocía sus vidas con todo detalle, lo mismo que su organización y sus crímenes, no pudo ser destruida a pesar de todas las astucias de sus defensores. Finalmente, y al cabo de muchos años, se había conseguido deshacerlos y desbandados. La nube se esfumó para siempre en aquel valle. McGinty acabó su vida en el cadalso, mostrándose bajuno y lloriqueante cuando le llegó la última hora. Ocho de sus principales colaboradores sufrieron su misma suerte. Cincuenta y tantos fueron condenados a diversas penas de encarcelamiento, Edwards el Pajarraco había realizado su trabajo a la perfección.

Sin embargo, y como él lo había previsto, la partida no había terminado. Aún quedaban por jugar otros muchos juegos. Por de pronto, Ted Baldwin se había salvado del cadalso, y también los Willaby, además de algunos de los elementos más feroces de la cuadrilla. Permanecieron apartados del mundo durante diez años, pero llegó por fin el día en que recobraron la libertad. Edwards, que conocía a sus hombres, sabía perfectamente que ese día iba a marcar el fin de su propia vida pacífica. Aquellos hombres habían hecho un juramento, por todo lo que para ellos era más sagrado, de que derramarían su sangre como acto de venganza de sus camaradas. Y se esforzaron en cumplir su juramento. Lo ahuyentaron de Chicago, después de dos tentativas que estuvieron tan cerca del éxito, que auguraban que a la tercera no se les

escaparía. Desde Chicago, y con nombre diferente, se dirigió a California, y allí desapareció por algún tiempo la alegría de su vida, al morir Ettie Edwards. Una vez más estuvo a punto de ser asesinado, y, una vez más bajo el nombre de Douglas, trabajó en un cañón solitario donde, con un socio inglés apellidado Barker, reunió una fortuna. Pero un día le llegó el aviso de que aquellos sabuesos volvían a estar sobre su pista, y desapareció de allí —muy a tiempo— para venir a Inglaterra. Y a Inglaterra vino el John Douglas, que contrajo segundas nupcias con una digna compañera, y vivió por espacio de cinco años como un caballero campesino de Sussex. Esa vida suya terminó con los extraños sucesos que ya conocemos.

Epílogo

Terminaron los trámites del Tribunal de Policía, que envió el caso de John Douglas a otro Tribunal superior. También terminó de verse la causa ante el Jurado, y en ella fue absuelto por haber actuado en defensa propia. Holmes escribió a su esposa:

«Sáquelo de Inglaterra a toda costa. Existen aquí fuerzas que quizá sean más peligrosas que esas otras de las que se ha salvado. En Inglaterra no habrá salvación para su marido».

Habían transcurrido dos meses y el caso quedaba ya hasta cierto punto olvidado para nosotros. Pero una buena mañana fue echada en nuestro buzón una carta enigmática: «¡Pobre de mí, míster Holmes! ¡Pobre de mí!». Decía aquella singular epístola. No llevaba ni fecha ni firma. Aquel extraño mensaje me hizo reír, pero Holmes mostró una sorprendente seriedad.

—¡Maldad tenemos, Watson! —comentó, y permaneció largo rato sentado y ceñudo.

Aquella misma noche, y ya muy tarde, *mistress* Hudson, patrona nuestra, entró a decirnos que un caballero deseaba ver a Holmes, y que se trataba de un asunto de máxima importancia. Casi inmediatamente entró míster Cecil Barker, nuestro amigo de la casa solariega del foso. Venía serio y ojeroso.

—Míster Holmes, he tenido malas noticias; noticias horribles —dijo.

—Me lo temía —dijo Holmes.

—¿No ha recibido usted un cable?

—He recibido una carta de alguien que recibió un cable.

—Es el pobre Douglas. Me dicen que su apellido es Edwards, pero para mí será siempre Jack Douglas, de Benito Canyon. Ya le dije que habían salido juntos para el África del Sur hace tres semanas, en el *Palmyra*.

—Exactamente.

—El barco llegó anoche a Ciudad de El Cabo. Esta mañana recibí este cable de *mistress* Douglas:

«*Jack fue arrastrado por la borda durante una tempestad a la altura de Santa Elena. Nadie sabe cómo ocurrió el accidente,*

Ivy Douglas».

—¡Ah! ¿De modo que fue así? —dijo Holmes, pensativo—. No me cabe duda de que ha sido bien montada la escena.

—¿De modo que usted cree que no fue accidente?

—Ni muchísimo menos.

—¿Fue asesinado?

—Con toda seguridad.

—También yo lo creo. Estos Camorrones infernales, esta maldita camada de criminales vengativos...

—No, no, mi buen señor —dijo Holmes—. Aquí actúa una mano maestra. No intervienen escopetas serradas ni torpes revólveres de seis cápsulas. Se puede reconocer a los maestros antiguos de la pintura por la mancha de su pincel. Yo reconozco una obra de Moriarty con sólo ver su realización. Este crimen se ha preparado en Londres, no en Norteamérica.

—Pero ¿por qué razón?

—Porque ha sido ejecutado por un hombre que no puede fallar nunca; por alguien cuya posición única depende del hecho de que tiene éxito en todo. Un gran cerebro y una enorme organización se han aplicado a acabar con la vida de un hombre. Ha sido como partir la nuez con el martillo. Una extravagancia absurda en el empleo de la energía, pero la nuez ha quedado, efectivamente, deshecha.



—¿Y cómo es que ese individuo ha llegado a tener intervención en este acto?

—Yo sólo puedo decir que la primera advertencia que recibimos de este asunto procedía de uno de sus subtenientes. Estos norteamericanos han sabido lo que se hacían. Como tenían que realizar un trabajo inglés, dieron entrada a un socio: a esta gran autoridad en la ejecución de crímenes. Eso puede hacerlo cualquier criminal extranjero. Desde el mismo instante el hombre al que perseguían estaba perdido. Al principio el socio inglés se limitó a emplear su organización para averiguar el paradero de su víctima. Luego les indicó de qué manera podían realizar su obra. Por último, al leer en los periódicos el fracaso de este agente, entró en acción él mismo con su habilidad de maestro. Usted me oyó en la casa solariega de Birlstone advertir a su amigo que el peligro futuro era mayor que el pasado. ¿Estaba en lo cierto?

Barker, presa de rabia impotente, se golpeó la cabeza con el puño cerrado.

—¿Me quiere usted decir con eso que tenemos que tolerar semejante cosa resignadamente? ¿Me quiere usted decir que nadie conseguirá nunca devolverle el golpe a ese demonio?

—No, yo no digo eso —contestó Holmes, y pareció que sus ojos escrutaban en las lejanías del futuro—. Yo no digo que no pueda ser vencido. Pero deben darme tiempo, deben ustedes darme tiempo.

Todos permanecimos algunos minutos en silencio, mientras aquellos ojos proféticos seguían esforzándose por rasgar el velo.

THE VALLEY
OF FEAR

A. CONAN DOYLE

APÉNDICES

Historia y primeras ilustraciones

Apéndice 1

Portada de *The Strand Magazine* de septiembre de 1914. En este número comenzó a serializarse en Inglaterra *The Valley of Fear*.

New Sherlock Holmes Serial

"THE VALLEY OF FEAR"

Begins
This
Month

Our
Mutual
Friend:

FRY'S
Pure Breakfast
Cocoa

See Page 22.

SOUTHAMPTON
STREET

THE STRAND MAGAZINE

September
1914.

SIXPENCE.

Subscription
Rate (post free)
to any part of the
World except
Canada, 10/- per
annum; Canada
8/6 per annum



AN · ILLUSTRATED · MONTHLY

Published monthly by GEORGE NEWNES, Ltd., 8 to 11, Southampton Street, Strand, London, England.

Apéndice 2

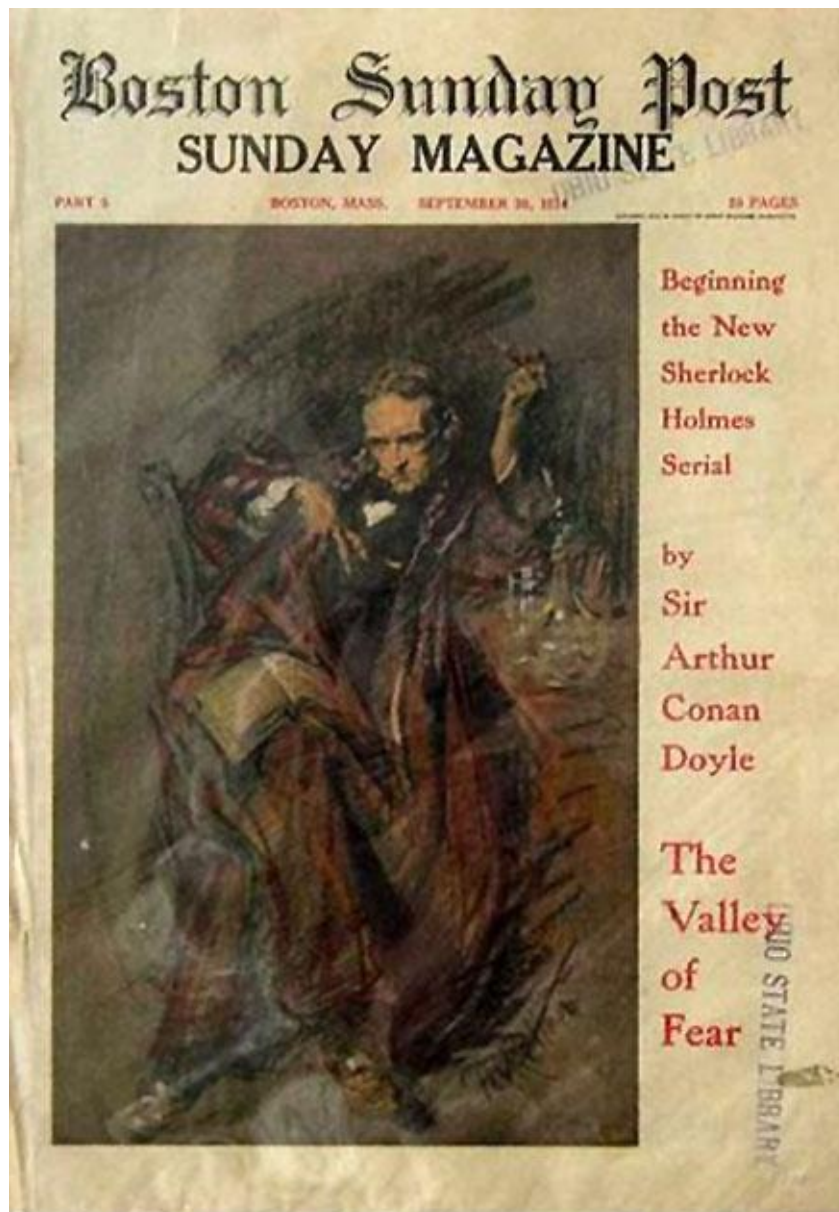
Cubierta de la primera publicación en volumen de *The Valley of Fear* en Inglaterra. Smith, Elder & Co., Londres, 3 de junio de 1915. La edición contó con las ilustraciones de Frank Wiles aparecidas en *The Strand Magazine*.

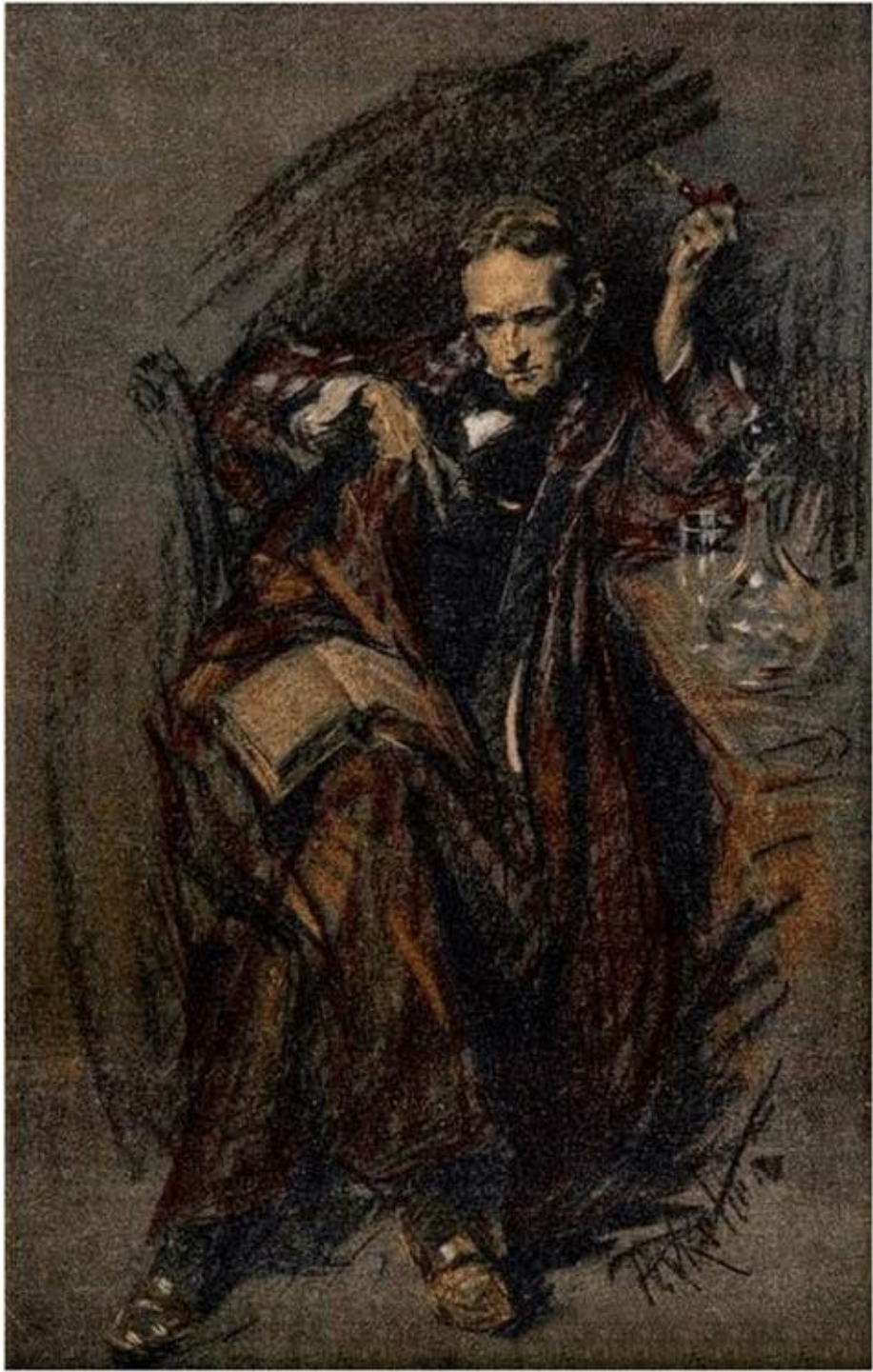
THE VALLEY
OF FEAR

A. CONAN DOYLE

Apéndice 3

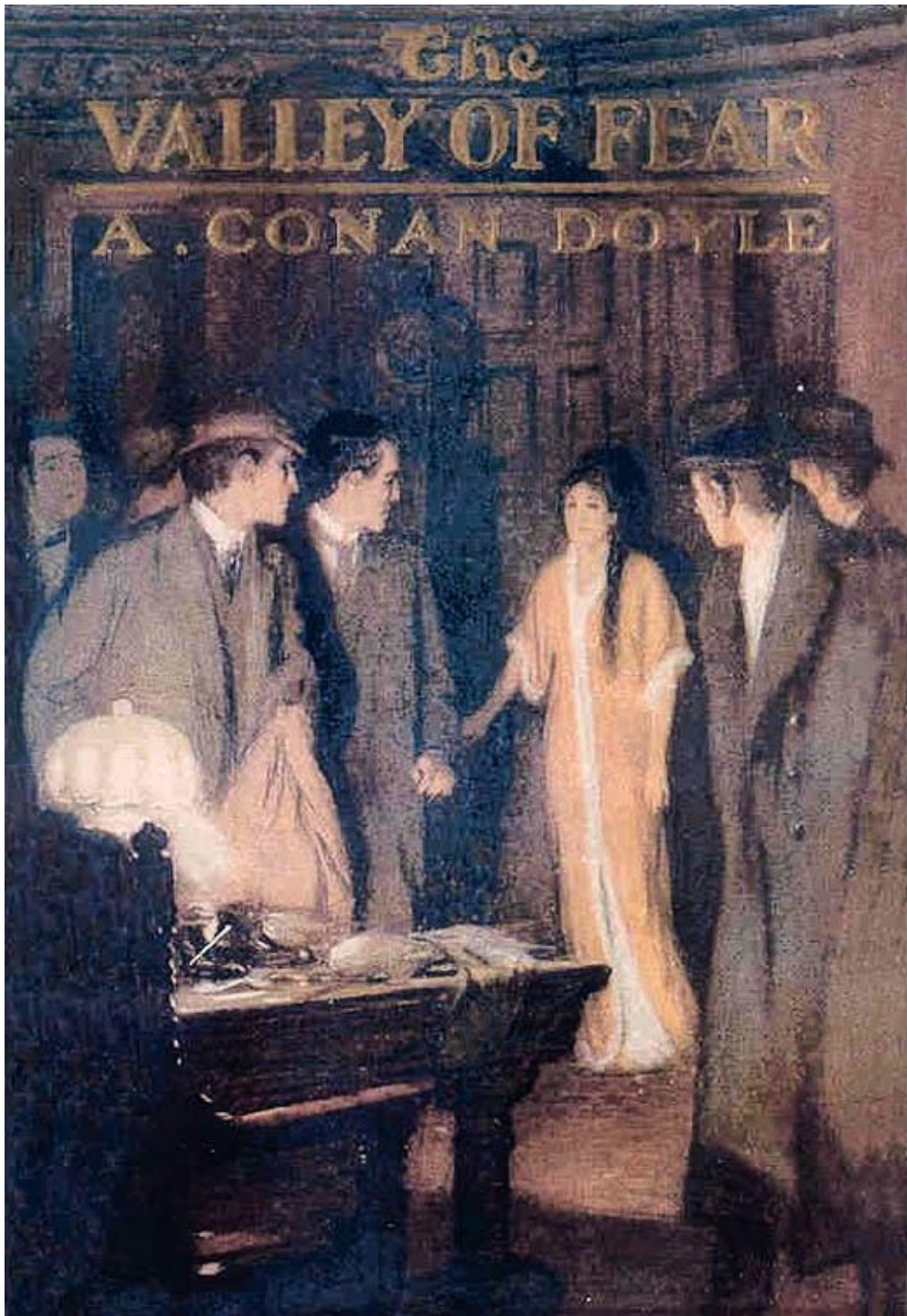
Portada del dominical del *Boston Post* del 20 de septiembre de 1914, uno de los periódicos norteamericanos que serializaron *The Valley of Fear*. La ilustración de portada vino a cargo de Arthur I. Keller.





Apéndice 4

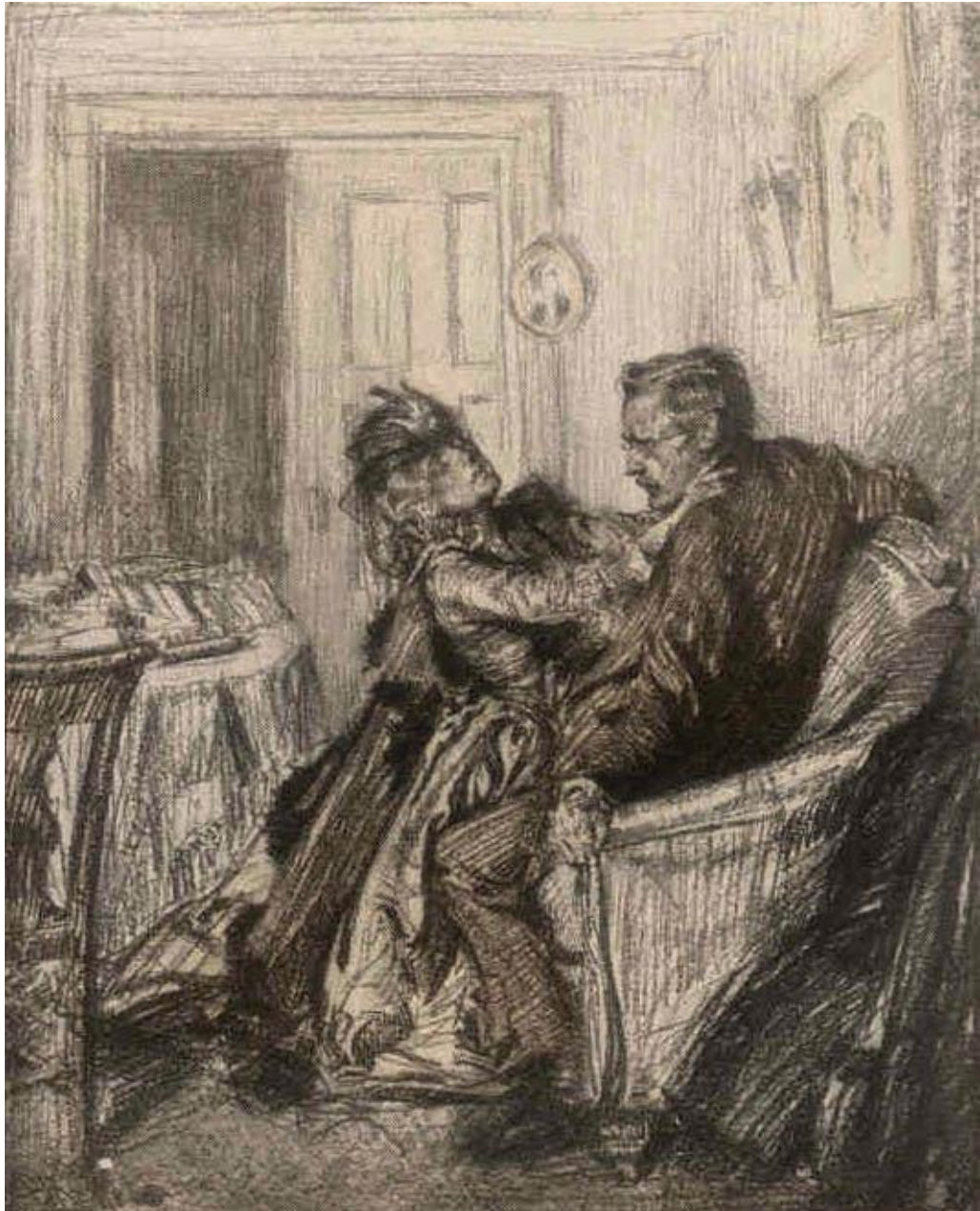
Cubierta de la primera publicación en volumen de *The Valley of Fear* en Estados Unidos. George H. Doran Co., Nueva York, 27 de febrero de 1915. La edición contó con ilustraciones de Arthur I. Keller.

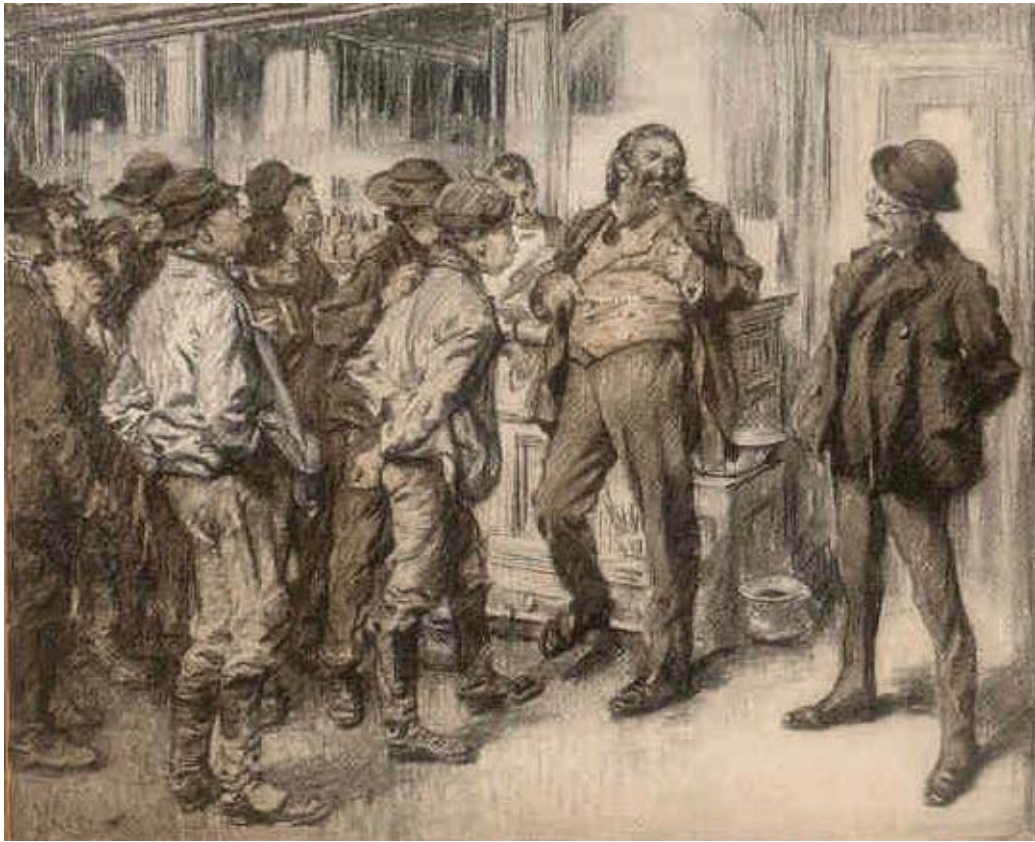


















ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial

escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).

Notas

[1] Departamento de Investigación Criminal. <<

[2] La traducción de la palabra «*scowrers*» empleada en el original en inglés ha dado lugar a una amplia e imaginativa gama de apodos de los malvados entre los traductores de Conan Doyle: se les ha llamado *Batidores*, *Chirrioneros*, etc. El editor digital se ha tomado la licencia de cambiar el nombre de la banda usado en la traducción empleada (*Chirrioneros*) por uno más ajustado a nuestro tiempo (*Camorrones*, palabra usada por el traductor Miguel Ángel Pérez para la edición de Alianza Editorial), pues la traducción más aproximada del concepto es maleante, vándalo, *hooligan*, *gamberro*. <<